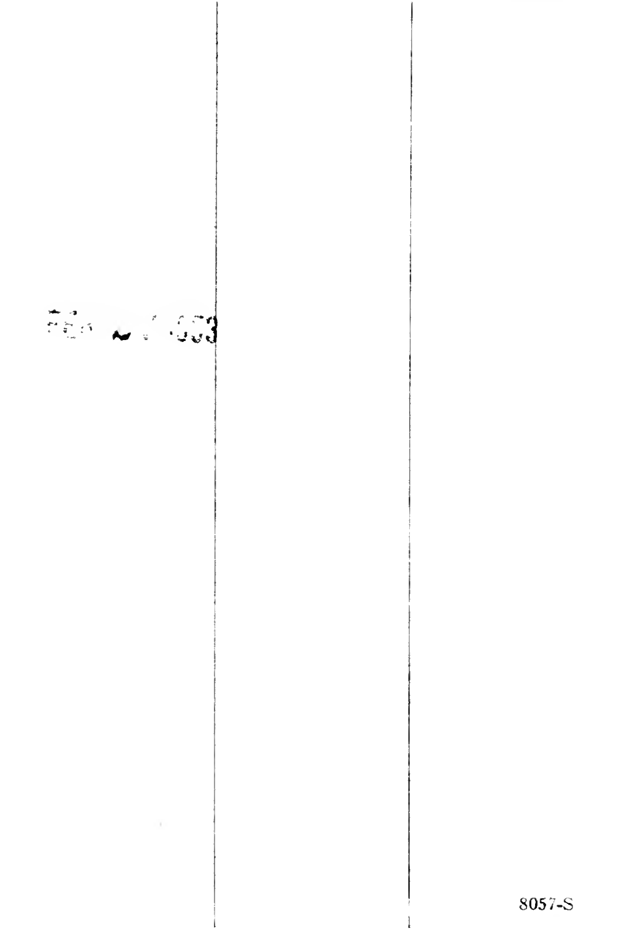


NOVIA DE VACACIONES

NOVELAS DE HUGO WAST

Alegre, Nilsson, París, 24.° millar.
Novia de Vacaciones, Buenos Aires, 17.° millar.
Flor de Durazno, Nilsson, París, 38.° millar.
Fuente Sellada, Nilsson, París, 14.° millar.
La Casa de los Cuervos, Buenos Aires, 12.° millar.
La Casa de los Cuervos, edición de La Novela Semanal, 68.° millar.
La Casa de los Cuervos, edición de "La Prensa", Lima 5.° millar.
Valle Negro, Buenos Aires, 9.° millar.
Valle Negro, edición de La Novela del Día, 25.° millar.
Ciudad Turbulenta, ciudad alegre, Buenos Aires, 11.° millar.

Traducciones

Al alemán: Flor de Durazno, Fuente Sellada.
Al francés: La Casa de los Cuervos, Flor de Durazno, Valle Negro.
Al húngaro: Flor de Durazno.
Al inglés: La Casa de los Cuervos, Ciudad Turbulenta, Ciudad alegre.
Al italiano: Flor de Durazno, Fuente Sellada, Valle Negro.
Al portugués: La Casa de los Cuervos.

Adaptaciones al cinematógrafo

Flor de Durazno, por Patria Film.
La Casa de los Cuervos, por Martínez y Gunche (en preparación).

Adaptaciones al teatro

La Casa de los Cuervos, drama en 4 actos y en prosa, por Luis Montpellier.
La Casa de los Cuervos, drama en 4 actos y en verso, por Ivo Pelay.
Flor de Durazno, drama en 3 cuadros y en prosa, por Germán Berdiales y Pedro T. Inchauspe.
Valle Negro, drama en 3 actos y en prosa, por Luis Montpellier.

HUGO WAST pseud

NOVIA DE VACACIONES

17º MILLAR

BUENOS AIRES
AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
1571 - Rivadavia - 1573

I

JUNTO AL ARROYO

Vibraba el aire puro con el estridente chirrido de las cigarras pegadas a los árboles, gorjeaban los pájaros y del fondo del sauzal venía como un lamento el arrullo de las palomitas.

Angelina, sentada sobre una de las piedras que el arroyo teñía de verde, escuchaba las frases apasionadas de Julio, que espiaba con ansiedad los pensamientos de ella, en sus ojos esquivos.

—¿Por qué mira tanto el arroyo? El es más feliz que yo, él se quedará siempre aquí y yo me tengo que ir; ¿por qué no deja para mí algunas de esas miradas que el arroyo no necesita?

Angelina sonrió y sus ojos apacibles, llenos de luz, endulzaron los celos de su amigo.

—El se quedará siempre aquí — repitió distraídamente y volvió a mirar el arroyo.

¡Qué penetrante poesía tiene el agua que corre en la montaña!

La miramos entristecidos, como si viéramos huir la vida; como si cada una de las florecitas silvestres que pasan en ella, fuera una de las propias alegrías, y como si los berros de la orilla fuesen la imagen de los pesares que quedan en el alma adheridos a sus tenaces y amargas raíces.

Esa mañana Angelina sentíase triste, y las palabras cariñosas del amigo no encendían en su corazón las ilusiones que habían sido la luz de su alma durante los tres meses de aquellas vacaciones inolvidables.

—Esta es la última vez que podré hablarla — decíale él — y apenas me oye. ¿En qué piensa?

—¡En tantas cosas!

—¿Se podría saber...?

—¡Son tantas!

—¿Tristes quizás?

—Sí.

—Entonces cuéntemelas; ¿por qué vive tan lejos de mí?

Aquellas palabras entraban como un fulgor en el alma de la niña.

¿Pero por qué le preguntaba eso? ¿No sabía, acaso, adivinar sus secretos?

Aquella desconocida alegría de sentirse vivir; aquel fuego que subía en su sangre a su rostro cuando alguien nombraba a su compañero; aquel conjunto indefinible de sensaciones profundas, no podía explicarlo a nadie, mas quería que él lo adivinara.

Tres meses antes, ella, que desde hacía cinco años no salía del rincón de la sierra donde su padre, un inglés, administraba las propiedades de un rico compatriota, tres meses antes, ella no sabía nada del mundo misterioso en donde ahora vivía su espíritu.

Había heredado de su madre, una porteña muerta hacía muchos años, toda la gracia del tipo criollo, los cabellos castaños y los ojos de un obscuro transparente, y de su padre la seriedad altiva y aristocrática que la hacía aparecer indiferente o desdeñosa.

Amiga de la soledad, adoraba los largos paseos a caballo por todos los caminos de la sierra.

Siempre iba sola; pero era tan digno su porte, que nunca oyó una palabra ni vió un gesto que no estuvieran impregnados del respetuoso cariño con que la trataban los paisanos, antiguos amigos que la miraban como a la princesa de algún cuento.

Tanto, que si alguna vez la musa del hogar se despertaba para hacer dormir a los niños, y había en el cuento reyes y princesas, era de cajón comenzar así: "Este era un rey que tenía una hija, linda como la niña Angelina del gringo Smith"...

Su padre, ocupado en perseguir una fortuna que no alcanzó nunca, no coartaba aquella libertad de golondrina que era toda la felicidad de

la joven; y la segunda esposa de su padre, no se preocupaba de ella.

John Smith, en un viaje que hiciera a Buenos Aires tres años antes, hospedóse en casa de su principal. Por una singular casualidad, llamábanse ambos de idéntico modo, sin que jamás lograran comprobar que una sola gota de sangre de los antepasados del uno corriera por las venas del otro; y las gentes les designaban así: John Smith, rico, y John Smit, pobre.

Sucedió, pues, que John Smith, pobre, hospedado en casa de su homónimo, le refirió las dificultades con que tropezaba en su hogar por la falta de una mujer de la casa, ya que no se podían considerar tales ni a las campesinas que le servían ni a la selvática Angelina, de doce años en aquel tiempo.

Mr. John Smith, rico, le hallaba razón.

—¿Por qué no se casa usted?

¡Hum! ¡casarse! lo había hecho una vez a título de ensayo; no le había ido mal del todo; no podía quejarse; pero una vez libre por obra y gracia de la Parca, no sentía el más leve deseo de repetir.

Sin embargo, la propuesta comenzó a estudiarse, y surgieron las candidatas al empedernido corazón de Mr. John Smith, pobre.

Esta era la parte ardua del problema, y se estudió con mayor empeño del que habitualmente ponía el presunto novio en cosas como ésa, y con gran desinterés por parte de Mr. John

Smith, rico, que tenía a mano un par de cuñadas solteronas.

Pero a pesar de todo ese desinterés, gracias a la omnipotente influencia de misia Tere, la mujer del rico Smith, que había logrado, sin saber cómo, imponerse a su voluntad, se resolvió que en el mundo no había más mujeres que una de las cuñadas, "la más joven", decía misia Tere; "la menos vieja", pensaba su marido; y el pobre Smith, que nunca tuvo suerte, concluyó por casarse con Bernardita González, que se trocó después de la boda en una mujerona dominante. egoísta y celosa.

Felizmente Smith, el pobre, incapaz de pensar mucho tiempo en cosas que no fueran de negocios, a las arremetidas de su consorte poco confortable, como solía decir contemplando su figura acartonada y seca, contestaba con un encogimiento de hombros.

Había acabado por no hacer caso. ¿A él qué se le daba de todas sus historias? Y las oía como quien oye llover.

Angelina aguantaba más de cerca los chaparrones. Pero ella, que tenía algo de la serenidad de alma de su padre, también sabía encogerse de hombros.

Sólo que a veces, harta de reproches, ensillaba su cabalgadura, una hermosa jaca alazana. y se iba a galopar por los caminos de la sierra.

Un año después, Bernarda presentó a Mr. John un chiquillo.

El inglés sonrió fríamente, satisfecho de que su mujer tuviera con eso algo en qué ocuparse.

Angelina alegróse al principio del hermanito, pero pronto comprendió que aquel muñeco no era para ella, y se alejó con displicencia.

La jaquita alazana seguía siendo toda su familia.

Por su parte la madre, con toda la fuerza de su egoísmo, adoró al hijo tardío como a un reflejo de sí misma, y el abismo abierto entre ella y su desamorada hijastra se hizo más hondo. En realidad sentíase feliz de ser la única en querer a su hijo; pero aquel despego la hería, y escupía al rostro de la niña estas rencorosas palabras:

—¡Egoísta como tu padre!, ¡alma pequeña!

Rechazada por su madrasta, ignorada por su padre, Angelina seguía encogiéndose de hombros: "¿A mí qué?" Cuando le llegara la hora sabría amar también ella; pero libremente, a sus anchas, con todo su corazón que entonces era como un árbol que presiente la primavera.

La vida era triste y monótona en la sierra, mientras el verano no venía a romper esa monotonía poblándola de huéspedes distinguidos y rumbosos, que en los meses de moda hacían olvidar con sus fiestas la aburrida paz del invierno.

Bernarda aguardaba con ansia esa resurrección de vida social. Hambrienta de bailes, de tertulias, de chismes, de todo aquello que durante tantos años formara la levadura de su vida

estéril, con anticipación preparaba sus galas, dispuesta a prestar el encanto de su presencia a cuanta fiesta se celebrara en diez leguas a la redonda, en cualquiera de los bullangueros pueblecitos escalonados en la línea del ferrocarril de Cosquín a Capilla del Monte.

Su hijastra era la compañera obligada de sus peregrinaciones.

Tenía por entonces quince años, y en sus ojos y en su frente y en su silueta armoniosa esplendía la juventud.

Una noche, en un baile, conoció a Julio Ocampo, joven porteño, distinguido y rico.

Su corazón latía con violencia, como si le anunciara el peligro.

¿Era acaso la primavera? Con un vago presentimiento de cosas que ignoraba, tembló por la fría tranquilidad de que gozara hasta entonces. Tuvo miedo cuando al salir del baile sintió que abandonaba con pena el brillante salón donde lo había conocido y donde él se quedaba. Tuvo miedo, seguido de una loca alegría, porque oyó decir "¡hasta el domingo!"...

Sentíase arrebatada en un torrente de vida nueva.

Era jueves; volvería, pues, dentro de tres días.

Pero cuando se aproximó la hora, comprendió la vanidad de sus fantasías; ¿quién se iba a fijar en ella? ¿Pero no era eso mismo una fortuna? Así sería libre y seguiría viviendo su vida soli-

taria, egoísta, cuya dulzura había gustado, a punto de perderla.

Y mientras arreglaba su vestido, pensaba en que todas o casi todas irían mejor puestas que ella; y se le llenaba el corazón de pena, que no quería confesarse.

Por eso sintió una inmensa gratitud hacia él, cuando al verla llegar se le acercó y sentándose a su lado la habló sencillamente, como si su amistad viniera de tiempo atrás.

Después se encontraron en otras reuniones; y una noche él le declaró su amor, y ella, inexperta en esas campañas, le dejó adivinar el suyo. ¿Para qué ocultarlo?

No le pesó, porque desde ese día vivió en la gloria.

Cuando el sol enrojecía los cristales de su ventana que daba al Oriente, ella, que había dormido con la mente acariciada por visiones muy dulces, se levantaba gozosa como los pájaros, porque sabía que ese mismo sol iría a despertar a un alma amiga.

Sentíase otra; pero ante las gentes refrenaba su alegría y guardaba su secreto.

Una mañana en que había ido a llevar su jaquita para que bebiera en el arroyo que cruzaba por la huerta de su casa, sintióse sorprendida por un joven cazador. Era Julio, que perseguía las torcaces del sauzal.

La niña, que no tenía madre que le enseñara las almidonadas prácticas sociales, no halló

nada de malo en conversar a solas con aquel joven respetuoso que le decía cosas tan gratas que hacían latir de gozo su corazón recién despierto.

Allí fué donde Julio un día le anunció su regreso a Buenos Aires. Ella escuchó en silencio y se puso a temblar; mas nada dijo.

Allí, junto al arroyo, fué la cita de la despedida. La mañana anterior él le preguntó si vendría.

—Sí, vendré — le contestó, — y después que usted se vaya, seguiré viniendo ¡todos los días!

El guardó silencio. Sabíase dueño de aquella alma y no se sentía digno. Pensaba que si volvía por allí diez años más tarde, había de encontrarla fiel, en el lugar de la cita, y empezaba a creer que no volvería.

¿Adivinó Angelina los pensamientos de su amigo?

Ella también callaba.

A la mañana siguiente — esa mañana — ensilló su jaquita y se fué al arroyo.

Julio, que la esperaba, la ayudó a apearse. Era la última vez que ella podría hablar con él, y, sin embargo, callaba, escuchando en silencio los reproches de su amigo, celoso del arroyo, porque ella seguía mirando correr el agua.

Todo el cuadro de su vida cruzó por la memoria de Angelina.

Una ramita en flor, que huía en la corriente, tropezó con su látigo hundido en el agua y se

detuvo dando vueltas, como sorprendida de aquel entreacto en el drama de su pequeña vida.

Angelina quiso salvarla robándola al arroyo; pero ese era su destino, y la flor se escapó de entre sus dedos.

Cuando la perdió de vista, pensó que era la imagen de su vida, que el tiempo se llevaba sin que pudiera saber adónde.

Los ojos se le llenaron de lágrimas; sintió la necesidad de confiar al amigo sus tristezas, y sin volverse, porque tenía vergüenza de que la viera llorar, le contó la historia de aquella flor que el arroyo se llevaba; y al concluir se atrevió a mirar a Julio, y viendo su emoción en sus ojos húmedos, en aquellos hermosos ojos leales que la envolvían en cariño, se atrevió a preguntarle:

—¿Me olvidará?

—¡No, nunca! — contestó él con vehemencia, — ¡nunca, nunca; aunque pasaran cien años!

—¡Ay, si me olvidara! — añadió ella sonriente, queriendo disimular la protesta de su alma ante aquel pensamiento.

II

EL RETRATO

Oyó el silbido del tren que partía, dió un pequeño rodeo, y por una escalerita oculta subió a la azotea, para dilatar un momento el radio de acción de sus miradas, demasiado corto en aquellos vericuetos de la sierra.

No lo vería a él, pero vería al monstruo que se lo llevaba.

Cuando llegó a lo alto, aun se divisaba el tren que huía a lo lejos.

Pero nada más; ni un pañuelo blanco agitado que dijera adiós a aquellos lugares, abandonados con pena.

Era un reproche para su amigo, y Angelina lo desechó; ¿cómo iba a imaginarse que ella espiaba su partida?

Siguió con la mirada al tren hasta que se perdió tras una lomada, y aun se quedó con los ojos fijos en el punto obscuro donde desapareciera.

Era la oración. La sombra se espesaba en el fondo de los valles, y en la cumbre de los montes se agrisaban los últimos tonos del día.

Angelina, mirando las estrellas como lejanas lamparitas que temblaran al viento, permaneció largo rato.

Pensaba en él; pensaba si allá arriba se encontraría su mirada con la de él y si él miraría el paisaje triste, como ella, con el alma en los ojos y con el llanto pronto a brotar, y sentía que un presentimiento la ahogaba.

¡Ay, si la olvidara! Era el grito de su alma, donde él mandaba como un rey; la queja de su vida obscura y solitaria, que un momento había iluminado el amor y que ahora volvía al misterio.

La campana que anunciaba las horas de comedor la tornó a la realidad con un seco tañido. No queriendo que la echaran de menos, bajó atropelladamente. A pesar de eso, llegó al comedor cuando ya su padre y Bernarda estaban sentados a la mesa.

—¡Siempre tarde!

Agachóse sobre su plato y empezó a comer sin apetito, temerosa de que adivinaran su pena.

¡Vano temor! Allí no había quien la comprendiera ni quien pudiera traducir el pliegue de su frente.

Terminada la cena pretextó un dolor de cabeza y se fué a su cuarto. Y allí, junto a su cama,

con la cabeza en la almohada, dejó correr su angustia.

—¡Dios mío! — decía mojando con sus lágrimas el trapo insensible; — ¿no es pecado querer tanto?

Sentíase grande, capaz de todas las cosas grandes, pero sólo por él, y el mundo y la vida y el tiempo y todo lo demás le parecía mezquino.

—¡Que nunca, que nunca lo olvide!—suplicó desde lo más íntimo de su corazón, creyendo que la suprema infelicidad de su vida sería perder aquel afecto; — ¡que nunca lo olvide, aunque él se olvide de mí!

Sintió frío en el alma, pero repitió la frase cruel "aunque él se olvide de mí", como sí en ella estuviera la verdad.

El cuarto de Angelina, en un ángulo de la casa, tenía una ventana que daba sobre la huerta. La noche, muy avanzada ya, habíase puesto fresca. Los grillos chirríaban en el campo, donde todo dormía bajo la indiferente mirada de la luna.

¿Era acaso la luna, en la serenidad de aquel mar azul, la imagen de su amor?

—No—pensó ella,—porque si fuera así la luna llenaría el cielo, y el cielo no estaría tan sereno.

Sonrió ante aquella ocurrencia y envidió al astro amigo, que desde lo alto podía verlo a él.

Un vientecito triste, como un huérfano extraviado, erraba en el monte.

¿Pensaría Julio en las cosas en que ella pensaba?

¡Oh, no! El viaje lo distraería. Es sin duda más fácil irse que quedarse. El que se va encuentra mil cosas nuevas que considerar; el que se queda, sólo ve lo que siempre ha visto, lleno de recuerdos.

Cerró la ventana y se acostó. Había lágrimas en sus ojos, pero sonreía, porque a la certidumbre de que él no se acordaría tanto de ella como ella de él, uníase el pensamiento de que ella sabía amar mejor y esto la hacía feliz.

Y se durmió repitiendo su súplica: "¡Dios mío, que nunca lo olvide, aunque él me olvide a mí!"

—¡Injusta, injusta! — se dijo al siguiente día. — Injusta, que he temido que me pudiera olvidar...

Lo decía mirando una tarjeta postal en que un manojito de "no me olvides" y unas cuantas palabras le hablaban más al corazón que todos los libros que había leído en su vida.

Julio le había prometido que al llegar a Córdoba se la mandaría; y ella, esa siesta, a la hora en que venía el correo, se fué al arroyo, que corría cerca del camino real.

Previamente, con algunas sonrisas, había conquistado al muchacho que traía la correspondencia para que se la dejara ver antes que a nadie.

Cuando lo vió aparecer sobre la loma, tembló de ansiedad, y cuando oyó que desde lejos le

decía: "Niña Angelina, aquí hay una cosa para usted", su pobre corazón se puso a latir como loco.

—Gracias, Ambrosio—contestó ella sonriendo al chico y apoderándose de la tarjeta;—¡toma! —agregó dándole un cartuchito de caramelos robados a Bernarda con el fin de granjearse la voluntad del rústico Mercurio; y sin perder un segundo se fué a lo más tupido del sauzal a esconderse con su tesoro.

—"¡Remember me!" — había escrito él en un ángulo de la tarjeta y más abajo una estrofa:

Con sed de tu mirar busco sus huellas
en las estrellas dulces y calladas;
pero dice mi amor: "¿Dónde hay estrellas
que brillen como brillan tus miradas?"

Repitiendo esos versos, pasó todo aquel día. Al siguiente no le trajeron nada; al otro tampoco; corrió una semana y... lo mismo.

—¡Dios mío!—pensaba la inocente—¿costarán tan caras las tarjetas postales?

Algunos días después llegó la segunda. Angelina, echando sus cuentas, vió que los siglos que había aguardado su impaciencia no fueron tantos, en realidad, y perdonó el olvido. Pero una voz decíale en el fondo del corazón que ella siempre habría encontrado un minuto para borronear la tarjeta y otro para echarla al correo: ¡el día tiene tantos minutos!

La tercera se hizo aguardar mucho más. La cuarta no llegó; ¿se perdió acaso?

¡Y cuánto la necesitaba! ¡Cuánto soñaba con aquella pobre tarjeta extraviada!

Había entrado el invierno un poco prematuramente y ya no podía ir sino de tarde en tarde a esperar el correo. Era el mes de los vientos y hacía mucho frío. Las más de las tardes se quedaba en su cuarto.

Desde allí veía venir a Ambrosio con su cartera a la espalda. ¿Habría algo para ella?

Al pasar por su ventana abierta, el muchacho le decía que no, siempre que no.

Fueron tantas las veces que hizo su triste pregunta y tantos fueron sus desengaños, que al fin tuvo vergüenza. Pasaba el muchacho con su cartera llena de cartas para otros más felices que ella, y eran sólo sus ojos los que se atrevían a hablar:

—¿Ambrosio? ¿Hay algo para mí?

Y Ambrosio sonreía, sacudiendo la cabeza.

—Nada, niña Angelina.

También él lamentaba que no hubiera, por la recompensa perdida.

¡Qué fuente de sentimientos y de consuelos no hubiera hallado la pobrecita en una sola palabra, en una sola letra!... Ahora sabía lo que vale una carta que no llega.

Las tres primeras tarjetas habían sido leídas tantas veces que tenía miedo de releerlas. La sensación de que las frases cariñosas del amigo habían caído en el pasado, le nacía punzante y a cada palabra que le venía a la memoria surgía

en su alma una humilde protesta: ¡Mentira, ahora no!

Las primeras lecturas no habían dejado huellas; mas después que tuvo la certidumbre del olvido, lloró sobre sus pobres tarjetas gruesas lágrimas que caían sobre la tinta y la borraban.

A los días ventosos y ásperos del otoño, habían sucedido días serenos y crudísimos. El monte, despojado, daba pena. ¡Qué lúgubre gemía el cierzo de la montaña arañando las ramas desnudas y negras de los espinillos! El arroyo, como una cadena de plata, aparecía tendido, inmóvil casi, a lo largo de la ribera escarchada. No había pájaros; alguna vez vibró entre los sauces silvestres, color de azafrán, el lamento de alguna tortolita extraviada; pero después calló y nadie habría podido decir si se había muerto o había emigrado. El pensamiento, como aterido de frío, se refugiaba en sí mismo buscando un poquito de calor.

Angelina volvía a sus paseos, pero de tarde en tarde. Su espíritu realista no se impregnaba de la tristeza del bosque talado; pero llevaba tanta en sí misma, que más bien parecía que de la suya nacían las tristezas de las cosas.

Ya no aguardaba más al correo; le era tan duro ver morir una a una sus ilusiones, que un día las mató a todas y Ambrosio no volvió a ver por la ventana, cerrada ya, del cuarto de Angelina, su mirada interrogadora, casi suplicante: "¿Hay algo para mí, Ambrosio?"

Por eso una tarde en que hubo algo para ella, el muchacho tuvo que correr por toda la casa buscándola. Hallóla por fin a orillas del arroyo, sentada sobre las lajas adonde tantas veces había ido a dar de beber a la jaquita. Estaba sola, mirando el agua escarchada, y aunque hacía un frío cruel, en aquel sitio reparado ella no lo sentía; por otra parte, tenía un grueso abrigo y luego no se ocupaba mucho del frío que hiela las manos, pensando en el frío que hiela los corazones.

—¡Niña Angelina! — gritó triunfalmente el chico; — aquí hay una cosa para usted.

—¿Para mí? ¿De quién será?—preguntóse ella, porque no se atrevía a pensar que pudiera ser del antiguo compañero.

Habían corrido cuatro meses; ¿cómo podía ya creer en él?

Tomó la carta y no quiso ni mirar la letra de miedo a traicionar su secreto delante del muchacho; y cuando estuvo sola, con una ramita de sauce abrió aquel sobre que había esperado tanto tiempo y que ahora llegaba, un poco tarde quizás.

Adentro no venía ni carta ni tarjeta postal; era un retrato con una dedicatoria: "A la amiga estimada", etcétera.

Volvió la tarjeta y miró el retrato... ¡Dios santo, qué tarde y qué mal llegaba aquello! Su instinto le decía que no era una ofrenda de amor, sino un capricho; habíase encontrado

buen mozo en el retrato, y allá se lo mandaba a la amiga de vacaciones para que en las horas de recuerdos sus ojos volvieran a ver al amigo... ¡Cómo! ¿No se acordaba ya de nada? ¿No se acordaba de que jamás habían sido amigos, simplemente amigos? Habían sido algo mejor, y él lo había olvidado todo, todo... ¡Qué mala memoria tienen los hombres!

No, aquel retrato no era para ella; no era para la novia; era para la amiga, y ella no había sido ni sería nunca su amiga. No podía guardarlo con su dedicatoria fría como el agua del arroyo...

Estaba llorando a su pesar y algunas lágrimas cayeron en la tarjeta, sobre la tinta, esparciéndola.

Inocentemente comenzó a borrar, frotándolas con los dedos, las palabras que le hacían daño, como si borrándolas de allí pudiera borrarlas de su memoria.

¡Imposible! No podía ella guardarlo ni borrando aquello. Le dolía como un insulto el pensar en la frívola causa que lo había determinado a mandárselo. ¿Para qué quería ella retrato de él cuando tenía su imagen bien grabada en el fondo de su corazón, donde jamás cabría otra? Le bastaba con ésa.

Al romperla con enojo, se detuvo; fué débil; un minuto, un minuto más para mirarlo intensamente como si no lo fuera a ver en la eternidad y no quisiera olvidarlo nunca. Una nube de lágrimas le enturbiaba la vista; lo acercó a sus ojos

mojándolo con su llanto, y toda avergonzada se dejó arrastrar por su ternura y lo oprimió contra sus labios, besándolo honda y silenciosamente, y después lo rompió en pedazos chiquitos y lo arrojó al arroyo, que se lo llevó.

Se acordó de la flor, imagen de su vida, y cuando sobre el agua, entre los cristales de la escarcha rota que más abajo se quebraban saltando entre las peñas, el último pedacito se perdió de vista, escondió la cara y lloró; lloró como en su vida había llorado...

Había arrojado al agua la última de sus ilusiones, y el agua, como a la ramita florida, se la había llevado.

III

TRES AÑOS DESPUES

Era la hora del almuerzo, y en el lujoso comedor del palacete que Mr. John Smith, rico, se había hecho construir en una esquina de la avenida Alvear, la familia se hallaba congregada.

Presidía Mr. John desde la cabecera de la mesa, ajeno a todo lo que pasaba a dos cuartas de su plato, y descansando en la voluntad de misia Tere, que se había acaparado la suma del poder doméstico.

Su noble fisonomía británica adquiría en los solemnes momentos en que su cuchillo buscaba la coyuntura de alguna presa apetitosa, un aire de preocupación semejante al de Alejandro ante el nudo gordiano.

Cuando Mr. John Smith, rico, comía, lo hacía metódica y sabiamente, sin pensar en nada.

En cambio el resto de la familia traía a ventilar en la mesa todas las cuestiones de la vida pública y privada.

Misia Tere, la dueña de casa, tenía motivos para no comer; era gruesa en demasía, gordura fofa, adquirida en las largas horas de inacción que se pasaba sentada en su silla hamaca, tan perezosa que parecía identificada con la humanidad remolona de su dueña. Debido a esa falta de ejercicio, jamás tenía apetito, como no fuera para algunas golosinas y sobre todo para las frutas de pleno verano cuando estaban en invierno, y de lo más crudo del invierno cuando estaban en verano, porque le halagaba lo caro y lo difícil.

Javierita, cuñada de Mr. John, la última de las solteras por lo mismo que en el orden de edades era la primera de las tres hermanas, también tenía motivos para no comer; era muchacha y no le convenía engrosar; decíanle que le sentaba el ser delgada y ella se había tomado tan a pechos la tarea de conseguir lo que le sentara, que había acabado por asemejarse a una espingarda árabe.

Lidia, la hija mayor de misia Tere, también se disculpaba de no tener apetito; esa mañana, al volver de las tiendas, entraron con Javierita en el Gas y comió sandwiches con oporto, y ya se ve, dejar de comer por haber comido... También a ella le sentaba el ser delgada, y como, por otra parte, tomaba yemas de huevo con jerez, era innecesario cargarse el estómago.

La que no tenía disculpa era María Esther, que en la otra punta de la mesa se batía briosa-

mente con todos los platos; también ella tomaba yemas de huevo como Lidia, pero comía de todo, sin poner reparos.

Sus nueves años lucían en sus mejillas rosadas, en sus ojos azules e inteligentes, en su cabellera rubia, siempre volando en rizos alborotados alrededor de su frente.

Sin embargo, cuando por haber despachado ya su parte se quedaba con las armas en pabellón, saltaba misia Tere:

—¡Niña! ¿por qué no comes?; te va a venir la calandria.

La calandria era la tisis.

—¡Pero mamá, si ya he acabado!

Servíanle de nuevo, y ella, sin hacerse rogar, volvía a la carga. Aquel día la inapetencia general tenía un motivo más.

A cada coche que pasaba, Lidia corría al balcón para espiar si se detenía frente a su casa, mientras misia Tere y Javierita aguzaban el oído.

—Pero niña, si aun no son las doce—observaba la señora. — El tren llega a las doce.

—Podría llegar adelantado, mamá.

—Como no se desencuentre con tu padrino, que fué a buscarla.

— ¿Viene sola? — preguntó Mr. John sin mayor curiosidad.

—Sí, viene sola; ¿quién la va a comer? A los veinte años una muchacha puede ya viajar sola...

—Como que más vale ir sola que mal acompañada—agregaba Mr. John.

—Mamá — preguntó Lidia — ¿no tiene diez y ocho como yo?

—Así dice ella, pero...

—Esto es—añadía Javierita, cuyas respuestas iban siempre a continuación de las de su hermana, precedidas de un "esto es", aun cuando fuera para replicarle; — esto es, así dice, pero no hay que creérselo.

A Javierita le quemaba la sangre el oir hablar de esa edad florida, que ella había perdido de vista hacía tanto tiempo.

—¿Es bonita, mamá?

—Hija, no sé; puede ser, su madre era una linda mujer; ¿te acuerdas, Javierita, de Camila?

—Era muy chica entonces — contestó secamente la aludida.

—¡Mujer!—fué a exclamar escandalizada su hermana; pero se contentó con decir: — Es verdad; y a más Mr. John no es feo.

—Esto es, pero no siempre las hijas salen a los padres—insinuó Javierita, que tampoco gustaba de hablar de Mr. John, pobre, por quien ella había puesto los ojos en blanco más de una vez.

—Dicen que es un poco romántica—prosiguió Lidia.

—¡Ella, qué ha de ser! Lo que dicen es que es una... vamos, en confianza, no lo repitan—dijo la solterona bajando mucho la voz para que

Mr. John no la oyera, — dicen que es una gaucha, una gauchita, imagínense, a caballo el día entero, por esos montes de Dios, en relación con todo el paisanaje...

—¡Jesús, Javierita!—exclamó a media voz misia Tere, indicando con un gesto a su marido.

—Lo sé por Bernardita—continuó la otra imperturbable; — dice también que es una despreocupada, egoísta....

—¡Oh!—protestó misia Tere, horrorizada ante el pecado más grande que para ella existía.—Ha de ser mentira.

—¡Esto es, mentira! Imagínate que al nene, en cinco años, no ha tenido corazón para darle un beso.

—¡Seca como su padre!—indicó misia Tere, que no tenía valor para colaborar en aquella carnicería.

—¡No, no! ¡Egoísmo, egoísmo! A tí, que eres puro corazón, ya verás cómo te choca esa mujer; ya ves tú, una gauchita; yo no sé cómo se te ocurrió llamarla...

En realidad no había sido misia Tere la de esa idea, sino Mr. John, que bastante tuvo que luchar; pero una vez hecha la cosa, la dama quería quedarse con el honor de la jornada, más por atractivo de la novedad que por el deseo de hacer una obra buena.

—¡Ay, Javierita!—contestó con un suspiro.—Así soy yo, puro corazón; veía que la muchacha se pasaría la vida entera en los montes,

echándose a perder, y he querido hacer esta buena obra; a nuestro lado se desbastará...

—¡Esto es! Ya verás cómo se desbastará—replicó la implacable Javierita; — la cabra tira al monte; a los veinte años no se cambia tan fácilmente de carácter. No sé cómo se te ocurrió...

—Yo soy así; es una caridad. Ama a tu prójimo, diré como dice el padre Jordán; ama a tu prójimo como a tí mismo.

Pasaba otro coche, y mientras Lidia corría al balcon Javierita murmuraba al oído de su hermana:

—Lo que siento es por Lidia.

—Lidia es un ángel.

—Esto es, un ángel; pero la compañía de esa muchacha criada con tanta libertad...

—¡Bueno, bueno! Yo soy la madre y velaré por ella.

—Esto es, velaremos.

El carruaje se detuvo ante la portada del palacete.

—¡Allí viene!—gritó radiante Lidia y corrió.

—¡Lidia, Lidia!; no conviene que esa muchacha crea que la aguardamos como al Mesías; basta que la esperemos aquí.

Estas palabras, dichas en un tonito gangoso e impertinente, helaron el entusiasmo con que Lidia se aprestaba a recibir a su nueva compañera.

Hacía días que sólo pensaba en ella; criada

entre mujeres grandes, sin amigas casi, sentía necesidad de una que tuviera sus años, a quien deslumbrar con sus trajes, a quien hablar de sus novios y a quien confiar los pequeños secretos de su corazón, también pequeño.

—Tienes razón, Javierita — murmuró, volviéndose a sentar, pero de espaldas a la mesa, vuelto el rostro a la puerta, influenciada también por la general hostilidad; — sería darle demasiada importancia.

Se oyó la voz del padrino de Lidia, don Víctor Blay, coronel retirado, que daba órdenes a los sirvientes, y luego el ruido de pasos.

—¡Ahí está la pobre!—exclamó misia Tere.

La noble presencia de Angelina, más alta, más linda y ligeramente más triste que cuando la conocimos, rompió la artificiosa reserva impuesta a Lidia, que corrió a abrazarla y a cubrirla de besos, que ella devolvió contagiada por el entusiasmo de su nueva amiga, de su prima, como le decían ya que la llamara.

Ella también había pasado días enteros pensando en eso. ¿Cómo sería Lidia? ¿Fea, linda, buena? ¿Sería sobre todo buena y leal? ¿Hallaría por fin alguien que la comprendiera, que la tratara con la dulzura que ella pedía en cambio de toda su dulzura, que le diera un poquito de cariño en cambio de todo su cariño?

Miró a Lidia buscando todo esto y la encontró bonita, con sus ojos azules, que ella movía para hacerlos lucir; con sus cabellos rubios y su palidez

aristocrática, frágil, fina, elegante, pero aniñada y nerviosa.

También su tía parecióle afectuosa, aunque expansiva hasta el exceso.

Mr. John Smith habíase contentado con decirle tres palabras de bienvenida; pero su fisonomía seria y afable le inspiraba confianza.

Sólo aquella mujer que apenas la saludó, estirándole la mano pegajosa y fría, le infundió una rara repulsión; ¡qué falsa debía de ser con todo su aire candoroso!

En sus ojos penetrantes, que se entornaban con una dulzura estudiada; en su boca achicada como por una jareta; en su nariz fuerte, un tanto desviada; en sus arrugas desesperantes, inocultables, que eran como un mapa de su corazón, porque mostraban su malignidad en los ángulos plegados de los ojos, su tenacidad en las tres rayas verticales de la frente y su causticidad y desdén en los rasgos que prolongaban hacia abajo la comisura de sus labios; en toda ella se veía el esfuerzo y la ficción.

Le dió miedo. Contestó su saludo y se volvió

Don Víctor, detrás de ella, se retorcía el bigote muy satisfecho.

Era todo un buen mozo; sus cuarenta y cinco años se portaban admirablemente. Alto, bien plantado, presumido como un alférez, el ex coronel, que por revoltoso habíase visto dos o tres veces en el trance de ser fusilado, era la esperanza y la desesperación de Javierita.

Por él desplegaba la solterona los recursos de su táctica; contra las murallas de hielo que defendían aquel corazón de veterano, hacía estallar como obuses sus inadvertidos encantos; para él eran sus actitudes cándidas y su aire primaveral, y no perdía ocasión de ofrecerle humeante su corazón de virgen...

Y el buen hombre ni se daba cuenta; él, que presumía delante de todas las muchachas, por la dulce Javierita, que lo envolvía con sus miradas de torcaz, nunca se torció ni un pelo del bigote.

¿Qué ilusión podía sentir, amante de las frescas bellezas, por aquella prima, compañera de los juegos de su infancia, que más de una vez, cuando iban a la escuela, una modesta escuela de provincia, habíale corregido sus temas, como hermana mayor, y que ahora, empeñada en no pasar de los treinta años, lo dejaba adelantarse por el camino de la vida que habían comenzado juntos y que parecía destinado a seguir él solo? ¡Ahí es nada, la primita se le había rezagado en quince años!

Angelina, volviéndose hacia él, le pagó con una sonrisa la amabilidad que había mostrado llevándole hasta entonces su valijita de mano.

—Gracias, señor — díjole; — sin usted no me habría entendido en el tumulto de la estación.

—No vale la pena, señorita, digo, mi sobrina; ¿verdad, Tere, que Angelina es sobrina mía?

—¡Sí, sí! ¡Sobrina de un coronel!—exclamó misia Tere queriendo deslumbrar a la muchacha, —¡y sobrina de los Smith!

—¡Hija de un Smith!—respondió Angelina recordando a la señora el apellido de su padre.

—¡Ah, pero esos son otros Smith!—saltó Javierita.

—Sí, los Smith pobres;—contestó sencillamente la joven.

La había entristecido, no el recuerdo de la humilde posición de su padre, sino el presentimiento de que el acercar ambas familias no sería fácil empresa.

Por todos los suyos habíase propuesto ser dulce y mostrarse agradecida para con sus protectores, ya que ni su padre, ni ella ni nadie podría recompensar de otro modo el bien que le hacían. Ya no era su padre el antiguo administrador de sus propiedades en la sierra; ahora, gracias al desinterés de su rico compatriota, era el dueño de una buena parte de ellas. Pero empeñado en una tarea gigantesca de explotación de minas de mármol que decían muy abundantes en aquellas montañas, cada día necesitaba más el firme apoyo del millonario inglés, que había venido a ser el principal accionista de la empresa.

Pero el pensamiento evocado por las palabras hostiles de la solterona se fundió al calor del entusiasmo de Lidia y aun de misia Tere, porque los sentimientos de la majestuosa señora nacían así, por impresiones momentáneas, sinceras y ruidosas, aunque más tarde se los llevara la trampa, con la mayor facilidad, como decía su marido.

La única que aun no había saludado a la recién

llegada era María Esther. Sin moverse de su sitio, impasible en medio del alboroto, habíase contentado con mirarla, para ver si le gustaba o no le gustaba la prima, porque no comprometía así no más su amistad.

Cuando hubo formado su juicio se arrimó.

—¿Cómo te va?—le dijo sentándose en sus faldas y besándola; y fué tan cariñoso el saludo y hubo tanta lealtad en sus ojos profundos, y tal discreta seriedad en su gesto, que Angelina se quedó mirándola.

—Si alguna vez—pensó—bajo el techo hospitalario de los Smith ricos, la desbordaba alguna pena, su confidente no sería la acre Javierita, ni la impresionable tía Tere, ni la nerviosa Lidia, que no la comprenderían.

A aquel corazón de nueve años, que ella, con esa intuición rápida de las personas que han vivido mucho recluídas en sí mismas, había adivinado tal como era, confiaría su secreto.

—Si alguna vez... — repitió mentalmente, porque aquello le parecía muy remoto, tan segura estaba de que en aquella casa hallaría la amable calma que ansiaba.

IV

EL SEÑOR PAGANINI

El primer día fué muy ocupado para ella. Tuvo que arreglar su cuarto, una piecita que daba sobre el jardín interior y en que antes se guardaban esa cantidad de cosas que se guardan cuando no se sabe adónde tirarlas.

El palacete de los Smith estaba edificado en una esquina, rodeado por un vasto jardín, con verja de hierro que llegaba sobre la calle transversal hasta donde comenzaba la muralla de la huerta.

Separado del cuerpo grande y lujoso del edificio, hacia la parte de adentro, había un pabelloncito donde estaban las dependencias humildes de la casa y el cuartito que habían destinado a Angelina.

No era muy grande, y a ella le pareció delicioso.

Su puerta quedaba sobre la galería del pabellón; pero la ventana, sombreada por una cortina de madreselvas, caía sobre el jardín, junto a los

rosales que la sahumaban con el perfume de las rosas y de los naranjos que el año entero alfombraban la escalinata con sus azahares.

Aquella parte del jardín era más modesta que la del frente de la casa, pero tenía, en lugar del laguito con los cisnes de la otra, una glorieta entoldada de jazmines del país, efímeros y fragantes.

Llena de ilusión se dedicó Angelina a arreglar su cuarto. Si a ella le hubieran dado a elegir, habría elegido aquel rincón lleno de luz y de paz, entre los árboles tranquilos.

Para los caracteres como el de ella, amigos de la soledad y de los pensamientos que los llevan lejos del mundo, aquel cuartito independiente, fragante como un ramo de flores, que hasta tenía su balconcito hacia la calle, desde donde podría espiarla, era una maravilla.

Por cierto que Lidia había mostrado inútilmente la hilacha.

Misia Tere quiso dar a la recién venida una habitación junto a la de su hija, ya que no le parecía del todo bien—¡ cosas de Javierita !—alojarla en la misma de ella. Pero era el cuarto de pintura, donde la muchacha guardaba arrumbados y cubiertos de polvo los abigarrados mamarrachos que habían dado en llamar "los cuadros de Lidia", majestuosamente asentados en sus caballetes.

—Pero mamá, ese cuarto lo necesito — clamó la artista afligida ;—¿ dónde voy a poner mis cuadros ?

—¡Jesús, niña! ¿Qué cuadros? Irán al desván.

—¡Qué esperanza! De allí no pueden salir, mamá.

—¿Y Angelina? ¿Dónde?...

Angelina estaba presente.

—Tía — dijo usando por primera vez aquella palabra, — tiene razón Lidia; ¿por qué se han de esconder estos cuadros tan bonitos?

Tampoco le agradaba mucho la habitación.

—¿No ves, mamá?, y luego hay tantos cuartos; por ejemplo, el del jardín.

Fueron "al cuarto del jardín", como lo llamaban. Felizmente poco antes lo habían pintado, y como estaba casi libre de cachivaches, tenía un aspecto bonito.

¡Qué bien se podía soñar allí, lejos de las turbulencias de Lidia, la soberana de la casa, según iba pareciendo!

Esa noche tuvo Angelina un encuentro.

Se había despedido para acostarse temprano, pretextando el cansancio del viaje, pero en realidad porque deseaba quedarse sola un momento antes de dormir, cuando al llegar a su puerta sintió la música de un despertador que ella tenía.

Tocaba "Tutte le feste al tempio", de "Rigoletto".

¡Cuántas veces había escuchado enternecida la música sencilla e intensa, la historia de amor de Gilda, en que las notas salen como empapadas en ingenuidad, en dolor, en arrepentimiento, en ternura, todo junto, porque el gran arte de Verdi

consiste en unir y amasar en una sola frase los sentimientos más complejos!

Detúvose en el umbral: era noche de luna, y la primavera que comenzaba había llenado de flores los jazmines y los rosales y los naranjos del jardín; el aire era dulce, y sobre el fondo azul del cielo se recortaban las copas regulares de las palmeras y los flecos deshilachados de las casuarinas dormidas en la calma; y la música se derramaba con tanta suavidad en el silencio, que Angelina sintió las nostalgias de los días felices y en un minuto evocó toda su vida.

A lo lejos bullía la inmensa capital, pero el clamoroso rumor de la gran resaca no llegaba hasta ella, que sólo oía la confesión de Gilda.

Aquel despertador tenía una historia; había sido de Julio, y en una rifa que hicieron en Capilla del Monte a beneficio de los pobres, para la que cada uno de los veraneantes ofreció algún objeto, le había tocado a ella.

¡Cómo bendijo la buena suerte que se lo dió! Julio, que le contó el argumento de la ópera, la llamó Gilda desde entonces, y tan bien se le grabó en el alma la historia de la hija de Rigoletto, que cuando ella le confesó que lo amaba, entre el rumor del arroyo que corría a sus pies y el lamento de las tortolitas del sauzal, sonaba en su oído aquella música.

Habían pasado tres años durante cuyo tiempo el reloj calló, porque desde el día en que ella es-

tuvo cierta de que todo había sido menos que un sueño, no quiso volverlo a oir.

¿Por qué tocaba a esa hora? En su corazón aquella música tenía un poder evocador terrible.

¡Cómo volaron, oyéndola, las cenizas de tres años que cubrían el fuego que ella creyó apagado!

¿Por qué había sonado? ¿Por qué?

Y, sin embargo, a la luz de la luna, en el silencio de la noche tranquila, la escuchaba con arrobamiento, porque le traía la dulzura de los tiempos idos.

Sintió que las lágrimas temblaban en sus párpados; hizo un esfuerzo para arrancarse a la influencia de aquella música que la enervaba, y entró de golpe en su cuarto.

Se detuvo llena de sorpresa; sobre su mesita había una luz, allí sonaba el despertador y un viejo escuchaba sentado, con la cabeza de blancos cabellos entre las manos.

El ruido de la puerta lo sacó de su abstracción; levantóse sobresaltado.

—¡Ah, perdón, señorita! — tartamudeó todo confuso.—La gente se acuesta tan tarde aquí, que de veras no creí que viniera usted tan pronto; ni sabía que fuera este su cuarto; creí que era del jardinero... Me gusta la música, sobre todo la de Verdi, y como la oí desde el jardín me permití... ¡Perdón, señorita!

Estaba el pobre tan afligido con sus disculpas y su azoramiento, que Angelina sonrió.

—No es nada, señor; no vale la pena.

Cuando penosamente se puso de pie para irse, advirtió que también él tenía los ojos empañados de emoción, y aquella comunión de sentimientos hizo nacer en ella una honda simpatía.

El viejo salió después de darle las buenas noches, y a través del jardín se encaminó hacia el fondo de la huerta, apoyado en una muleta.

Pequeño, humilde, flacucho, vestía traje talar y parecía baldado.

Al verlo alejarse, Angelina se dió cuenta de que era el señor Paganini, viejo sacerdote inválido, tío lejano de misia Tere, que lo había tomado bajo su protección, dándole alojamiento en su casa.

La primera vez que el pobre viejo llegó como huésped a la fastuosa mansión, todos protestaron, excepto Mr. John, que no se ocupaba en los asuntos de su mujer; pero ella los dejó protestar. Era una obra de caridad, una gran obra; no podía dejarlo morir de miseria y lo recogía y lo amparaba, sin pensar en las recompensas del mundo y sólo porque así era ella, ¡puro corazón!

Lo que no impidió que pronto el inofensivo anciano sirviera de blanco a los chistes de Javierita y de Lidia y de la misma misia Tere.

¡Era tan ridículo el pobre con su muleta y sus manías musicales!

No entendía nada de música, pero buena parte del día se la pasaba ensayando en un violín viejo cuantas tonadas popularizaban los organitos callejeros, lo que le valió el sobrenombre de "señor Paganini".

Había que verlo al pobre viejo en las noches de baile, cuando la orquesta llenaba de armonía la regia mansión de los Smith.

Como un fantasma, receloso y audaz al mismo tiempo, escurríase hasta el "hall", y desde un rincón se pasaba horas escuchando la orquesta.

No gustaba mucho de las piezas de baile, pero se estaba allí con la esperanza de pescar algún trozo de música seria, sobre todo de las viejas óperas italianas, cuyos aires habían arrullado su niñez, porque él había nacido en la tierra de Verdi. ¡Cómo temblaba al decirlo, y cómo se conmovía hasta las lágrimas, él, cuyo llanto de viejo era difícil, oyendo la música del gran maestro!

El episodio sacó a Angelina de sus pensamientos. Hizo callar al despertador, rezó mucho arrodillada en un reclinatorio que misia Tere había hecho poner en su cuarto y se acostó cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza, como si de ese modo pudiera ahuyentar las ideas que con la ternura del rezo volvían a anegarla.

Se durmió después de un rato de lucha; pero su espíritu, libertado de su voluntad, huyó lejos, hacia el rincón de las sierras que ella había abandonado con pena, como si en cada árbol dejase un confidente.

Era invierno, y ella, envuelta en su abrigo, seguía el sendero más solitario que llevaba al monte.

Aun no había salido el sol, y a la luz del alba la escarcha brillaba en los árboles negros. Los veía

con afecto, como a compañeros de soledad, y los conocía uno por uno.

Junto al viejo molle que más sabía de las cosas de su alma, halló una palomita de la Virgen, dura de frío, mirando con sus ojitos redondos y tristes el mundo que iba a dejar. Tuvo lástima; bajóse de la jaquita y la recogió. Al calor de su pecho la tortolita se reanimó y cuando el sol, un sol de invierno lujoso, que aparecía en medio de la naturaleza muerta como un mago evocando la vida, se levantó sobre el perfil de la sierra, sus alitas tenían ya suficiente fuerza y ella la vió remontarse indecisa y atontada primero, y después de haber subido muy alto, dirigirse recta como una flecha hacia un punto del horizonte.

Vió en aquello un símbolo. Parecióle que era su corazón aterido que había vuelto a vivir y que volaba hacia el ideal.

¿Pero quién iba a recoger aquel corazón humilde, como ella había recogido la palomita que se moría de frío, al pie del viejo molle que más sabía de las cosas de su alma?

V

LA OBRA DE TRES AÑOS

Angelina tenía el sueño ligero de los pájaros, y en la sierra solía levantarse cuando ellos soltaban sus primeros gorjeos.

Pero la primera mañana de Buenos Aires, porque se había dormido tarde pensando en sus cosas o porque los aristocráticos canarios de misia Tere no tenían en sus doradas jaulas el loco despertar de las golondrinas y de los chingolos serranos, fué infiel a su costumbre.

Arrancóla de su sueño una oleada de luz y de olor a jazmines y azahares que entró en su cuarto junto con María Esther.

—¡Buenos días, dormilona!

—Buenos días — contestó Angelina un poquito avergonzada. — Ha sido una casualidad que me durmiera. ¿Siempre te levantas temprano tú?

María Esther era también como los pájaros, y al verla aparecer en las mañanas de primavera en el jardín, junto con el sol y con la brisa y con las

mariposas, no se sabía decir si ella estaba en la primavera o la primavera estaba en ella.

Era habitualmente alegre, pero esa mañana había cierta seriedad en su expresión.

Tenía que hablar con su prima de un asunto grave; eran sus primeras confidencias; después, si le sabía guardar el secreto, le contaría muchas cosas.

Angelina la escuchaba llena de curiosidad.

—Anoche me pelee con Lidia.

—¿Por qué?

—Ella había comenzado; hablábamos de tí; decía que te querría mucho, que tú serías su secretaria, como dice ella; que te hablaría de sus novios...

—¡Ah! ¿Tiene novios?

—Sí, dos o tres.

—¿Pero todos son suyos?

—Ahora sí; pero antes uno no era de ella, era... Dime, Angelina, no se lo dirás a mamá, ¿verdad?

—¡No, no!

—Yo sé que eres buena, y por eso te voy a contar todos mis secretos.

—¿Tienes secretos? ¿Es posible?

—Sí—respondió la chiquilla muy seria;—y después me contarás los tuyos, si tienes...

—¿Yo?... Yo no—contestó Angelina sonriendo.

—¡Qué lástima!

—Pero si alguna vez los tengo, todos mis secretos serán tuyos.

Tomó la cabecita de María Esther entre sus manos, acercóla a su corazón y la besó en la frente.

—Ahora cuéntame los tuyos; ¿de quién era antes ese novio de Lidia?

—¿Pero no adivinas?

—No.

—Yo tengo vergüenza de decírtelo; ¿de veras no adivinas?

—Supongo que no sería tuyo.

—Sí, sí, era mío.

Angelina se echó a reir; pero al ver la expresión entre ofendida y avergonzada de la niña, se quedó seria; ¿a qué llamaría ella novio?

—Ya comprendo—dijo, curiosa por saber lo demás;—era tuyo y ella...

—Ella me lo quitó; por eso nos peleamos anoche; hizo mal, ¿no es cierto?

—¡Quién sabe! Si ella te lo quitó fué porque él quiso.

—¡Ah, no conoces a Lidia ni a Javierita! El no quiso, quisieron ellas, y cuando a Lidia se le pone una cosa y la ayuda Javierita...

—Se sale con la suya, ¿no?

—Sí, ya irás conociéndolas. Pero también él hizo mal. Aquí en Buenos Aires todas las chicas tienen novio, y coquetean con ellos y los cambian; pero yo no, yo no cambiaba. Una noche, en el jardín, mirando a la luna, le pedí a Dios que no me dejara olvidar por él, que me hiciera bonita y buena, y grande para... ¿tú adivinas, verdad?

—Sí—contestó Angelina sorprendida y encantada.

¿Qué clase de alma era aquella que la casualidad ponía en sus manos, cerrada y misteriosa como un capullo? Curiosa por ahondar en el pequeño gran misterio, le dijo:

—El te olvidó a tí, ¿pero tú lo olvidaste a él?

María Esther quedóse un momento callada. Después, sentándose en el borde de la cama, murmuró al oído de su prima:

—¡Vístete! Vamos a arreglar la sala... — y agregó cambiando de tono: — El me olvidó y yo también; pero a veces me acuerdo y me pongo triste, y no quiero estar triste por él. Antes no tenía vergüenza de quererlo; pero ahora que él ya no me quiere, tengo vergüenza de que vea que no lo he olvidado. No digas nada; todo esto es mentira; lo he olvidado; ya no lo quiero más. Vístete, vamos a arreglar la sala; hoy es día de recibo; si viene, te lo mostraré... ¿Pero tú no dirás nada de todo esto?

—No, mi vida, no—contestó Angelina acariciando con ternura el lindo rostro de su primita.

¡Cómo se parecía al suyo aquel corazón infantil con arranques de grande!

Volviósele a ofrecer a la mente el pensamiento del día anterior; si alguna vez sentía una de esas penas que no se pueden guardar, a ese corazón de nueve años confiaría su secreto, segura de ser comprendida... Si alguna vez...

Esa mañana la idea no le pareció tan remota.

Una misteriosa sensación del futuro habíasele entrado en el alma con las palabras de María Esther.

¿Era el pensamiento vago de que en el nuevo gran escenario la casualidad o el destino iban a continuar el drama de su vida, o era simplemente que su espíritu flotaba aún en los nebulosos pliegues del sueño de esa noche?

Al arreglar la lujosa sala de los Smith, ayudando humildemente a María Esther, que en eso entendía más que ella, conoció al novio de Lidia.

Fué por un retrato de tres años antes, según indicaba la fecha de la dedicatoria.

—¡Adivina quién es ése!—le había dicho María Esther mostrándoselo.

Y la vista de aquella tarjeta fué como un relámpago que la cegara, porque era él; era el mismo retrato que tres años antes rompiera a orillas del arroyo, y que arrojó al agua, y que el agua se llevó como la última de sus ilusiones.

Había creído no volverse a encontrar con Julio nunca más, y cuando descansaba en su certeza como en un refugio, he aquí que lo hallaba viviendo en el pequeño mundo en que iba a vivir y amando a quien ella debía amar.

No le causó, sin embargo, ninguna sorpresa; fué más bien un gran desencanto. Había trabajado durante largo tiempo en la obra silenciosa de indiferencia en que había de esconder su corazón; había reeducado su antiguo carácter frío y casi egoísta; había templado su voluntad en el dolor y

en la costumbre de saberse olvidada, y cuando comenzaba a olvidar también ella, gozando en su olvido como en un triunfo, venía la traición del destino a aniquilarle su obra.

Sola, más sola que antes, porque no tenía ya los antiguos amigos del monte y del arroyo, que le prestaran su impasibilidad de cosas, se sintió más desamparada y más débil, y más cobarde para comenzar de nuevo la lucha.

Fué un dolor extraño, al sentirse envuelta en un huracán ardiente que fundía el hielo que había caído sobre su corazón; fué un desengaño viendo su obra destruída, su gran obra de resignación y de olvido, y fué también una alegría insensata, que no pudo vencer, que la venció, porque lo volvería a ver.

Era el destino que se le ponía delante. ¿Qué iba a hacer ella contra el destino?

No quería delatarse delante de María Esther, que se había quedado mirándola, y se mordió los labios fuerte, fuerte; pero como la mirada de la niña seguía interrogándola y ella no podía más, tomó su linda cabecita y la estrechó contra su corazón, y soltando la riendo a su ternura la envolvió en una explosión de caricias, besándola en los rubios cabellos, en la frente, en las mejillas, en los ojos, sobre todo en los ojos, para cerrárselos, para que no la miraran más y no adivinaran lo que en ella pasaba, pues aun no había llegado la hora de que descubrieran su secreto.

VI

LOS VIEJOS RECUERDOS

Aunque era cerca de la media noche cuando salió del recibo de los Smith, al ver la amplia avenida, desierta a aquella hora, sintió ansias de pedir un poco de tranquilidad a la naturaleza impasible y echó a andar hacia Palermo.

Los tibios perfumes de los árboles en flor, la calma del paisaje, la indiferencia de la luna en el cielo sin nubes y casi sin estrellas, el cric-cric de los grillos y hasta el crujir de su paso en la calleja arenosa que tomó, todo evocaba en Julio las noches de la sierra cordobesa, cuando al salir de los bailes acompañaba a la hija de Mr. John Smith, pobre.

Porque era la misma serenidad del ambiente, la misma pureza de la luna que pintaba en el suelo las copas enmarañadas de los árboles.

Pero ¡qué lejos estaba aquello! Habían pasado tres años, y lo que no es más que un plazo en los acontecimientos humanos, había sido una época en la vida de Julio.

Una sonrisa amarga le apretaba los labios. Y experimentaba de nuevo la deliciosa tortura del viejo amor que renacía ante la fresca hermosura de Angelina, lo mismo que en sus primeros encuentros en los bailes, cuando tímido y avergonzado le hacía sus primeras confidencias.

Era la misma dulzura de quererla a ella, que era toda dulzura con sus ojos grandes y tristes, con su boca sonriente, con sus mejillas frescas, con su modo sencillo, casi humilde. Pero en aquella época, siempre que había pasado algunas horas con ella, sentía ímpetus de alegría, anhelo de cantar su amor y su felicidad para que lo supieran todos, y ahora sufría una indescriptible ansiedad, como cuando era niño y cometían con él una gran injusticia.

A su espíritu se ofrecía una vana queja contra el destino; ¿por qué cambiaban las cosas si él no había cambiado?

Era el despertar del que ha dormido profundamente largas horas, y cree que el tiempo no ha corrido porque él no lo ha sentido correr.

En su memoria se borraban los tres años que separaban las dos épocas; se borraba la historia de los primeros días en Buenos Aires, llenos de amargas nostalgias, hasta que , solicitado por el mundo donde triunfaba su juventud, comenzó a olvidarse de la humilde novia de vacaciones, para quien serían tristes y lentos los días que para él corrieran alegres y ruidosos.

Pero repasando su vida, volvía a su memoria la

catástrofe que lo arrancó a su fácil existencia de joven rico, el crak de la Bolsa, los tres millones que se tragó la jugada fatal en que su padre quiso enfrenar la rueda por no perder las primeras puestas, y echó toda su fortuna en aquellas malditas acciones del ferrocarril al Neuquen.

Después vino la muerte de su padre.

Sobre él, lejos todavía de ser un hombre, cursando su tercer año de Derecho, había caído todo el peso de la familia.

Recordaba sus primeros ensayos de hombre de lucha; el puesto que le ofreciera en su escritorio Mr. John Smith, viejo amigo de su padre; la alegría de percibir los primeros frutos de su trabajo personal, su aplicación, su puntualidad, la brusca adaptación al medio estrecho en que había de vivir, que se produjo en su carácter noble y fácil para seguir los buenos impulsos.

Recordaba su primera entrada en casa de los Smith, la vez primera que vió a Lidia, a quien nunca habría soñado festejar. Poco a poco había ido conquistando la voluntad de Mr. John Smith, que lo tomó bajo su protección, viendo en él un muchacho de porvenir, lo recibió en su casa, lo hizo convidar a sus comidas y a sus fiestas.

Allí conoció a Macario Sandes, sobrino de misia Tere, que gozaba de gran privanza en la casa, entre el elemento criollo. Mr. John no lo podía pasar por su temperamento flácido de calavera de menor cuantía, sin más ideales que el hipódromo o el poker, ni más habilidades que el

ser un maniático dibujante de tarjetas postales, con que había llenado el álbum de su prima.

El modo cariñoso de Julio le había granjeado la amistad de María Esther.

Era un dulce recuerdo que le arrancó una sonrisa, el de las noches de recibo, en gran parte pasadas en el rincón menos visible de la sala, ocupado en contarle historias que inventaba, en querer a su linda amiguita y en dejarse querer por ella, "la plata labrada de la casa", como la llamaba Mr. John.

Después vino su noviazgo con Lidia. No podia decir cómo ni quién empezó. Jamás habría pensado en la hija del millonario si alguien no le hubiera hecho el tren; recordaba, sí, que se vió de pronto envuelto en un torbellino de festejos y se dejó llevar por la corriente que le formaban en su casa y en la de ella, y aprendió también a sufrir los caprichos y aguantar los chubascos de la rubia muñeca.

Dos días antes, conversando en el escritorio de Mr. John con Macario Sandes, empleado por obra y gracia de misia Tere, cuya influencia llegaba hasta allí, supo la llegada de Angelina.

—¿Angelina Smith?—murmuró como indagando en su memoria, no porque se hubiese olvidado del nombre de la que fué su novia de vacaciones, sino porque al oirlo evocado de golpe por un extraño, sintió la necesidad de disimular lo que le turbaba aquella noticia inesperada.

—¿La conoces?

—Sí; me parece... ¿Ha venido?

—Está en lo de tía Tere; venimos a ser algo primos, y si te he de ser franco, te diré que me gusta la prima, me gusta...

Caminando hacia Palermo por la desierta avenida, hundido en sus pensamientos, Julio volvía a oir con indignación la insistente risita con que el pintor de postales sazonaba sus ponderaciones de la hermosura de la prima.

Aquel día no le hizo tanta impresión; pero ahora, después de haberla visto, noble, altiva, llena de dignidad y de dulzura, inaccesible al lodo mundanal como una flor nacida en la montaña, sentía honda repulsión al recordar las palabras de Macario.

Como todos los martes, fué esa noche a casa de los Smith, sabiendo que iba a hallarla, y, aunque temía la impresión del primer encuentro, sentía un agudo deseo de verla.

Pero cuando entró en el comedor, donde aun estaba la familia; cuando saludó a todos; cuando al lado de María Esther, sentada en un extremo de la mesa y como siempre haciendo gala de indiferencia para con el amigo de antes, la vió a ella, impasible como una extraña; cuando oyó la voz melosa de misia Tere que decía: "Julio, usted debe de conocer a Angelina, ¿no se acuerda?; ¿te acuerdas tú, Angelina?", y la voz de ella, que contestaba con voz clara: "No recuerdo...", todos sus sentimientos cambiaron de golpe.

—Angelina Smith, Julio Ocampo — prosiguió la dueña de casa haciendo la presentación.

Sintió en su mano la de ella, aquella mano que una vez él había besado y que ahora se le tendía indiferente y firme como a un desconocido, mientras la suya temblaba...

Durante la sobremesa conversó con Lidia. Estuvo ingenioso, decidor, chispeante, ansioso de vengarse de algo o de alguien que lo había herido, aunque no pudiera decir en qué forma.

Más tarde, en la sala, llena de visitas, siguió al lado de Lidia que le hablaba entusiasmada de Palermo y de Florida y de los sandwiches del Gas que había comido esa mañana, y de que la amiguita tal o cual iba todavía de sombrero de invierno, cuando ella hacía dos semanas que lo llevaba de paja.

Y en medio de aquella charla insípida, que apenas atendía porque su pensamiento comenzaba ya a írsele detrás de los viejos recuerdos, escuchaba la argentina carcajada de María Esther, que en el otro extremo del salón conversaba con ella, en el mismo lugar en que antes él se pasaba las horas inventando cuentos para la plata labrada de la casa. Conocía ya esa risa; sabía que se reía así por él, para mortificarlo un poquito y hacerle palpable su indiferencia.

Siempre le hacía daño la risa inocente y cruel de la amiguita que tanto había querido y que aun quería tanto, quizás ahora más que nunca, ahora que estaba con ella.

En el salón, entre las ruidosas conversaciones de las visitas, cortadas de vez en cuando por algún chisme punzante de Javierita que crepitaba como un rayo, nadie, ni Lidia, embriagada en su propia charla; ni María Esther, que jamás lo miraba; ni Angelina, que parecía no haber advertido su presencia, nadie se dió cuenta de la ola que iba inundando su alma.

No volvían los viejos recuerdos lenta y dulcemente; volvían impetuosos, como la marejada, y amargos como ella...

Despidióse temprano, y abstraído en sus pensamientos, apenas supo qué contestar a los encargos de misia Tere para su mamá y a las reconvenciones de Lidia, que se quedaba enfurruñada por vagas historias.

Salió de prisa, ansioso de respirar el aire fresco de la calle, y caminando sintió que se dulcificaba la áspera amargura de que iba lleno.

"¿Por qué había cambiado su destino, si él no había cambiado?", volvió a pensar.

Sin embargo, adentro de sí mismo, en el fondo de su conciencia, surgía la sensación de su propia responsabilidad; y no quiso ahondarla.

VII

EL CORAZON DE MISIA TERE

La luna, por la ventana abierta, dibujaba un gran cuadro en el suelo. La madreselva que trepaba por la pared había aprovechado la jornada para meter sus guías floridas en aquel nido, todo suyo, porque ella lo embalsamaba con el mordiente perfume de sus campanillas blancas.

Angelina, al entrar, la saludó como a una amiga; esa mañana la había podado, despuntándole las guías desviadas y las ramitas muertas; suerte fué para ella que no se le ocurriera cortar aquel amable ramillete que ahora le hacía su visita.

La noche era fresca; iba a cerrar la ventana. pero el temor de herir a la planta cariñosa la contuvo. Sentóse al lado de la cama; recostó la cabeza en la almohada y se puso a mirar la luna.

¡Qué dulce, qué tranquila, qué discreta era su vieja amiga! Cruzaba el cielo sin nubes como una góndola de plata en un lago azul.

Una estrellita, la única que brillaba en la noche, seguíala de cerca.

—Es mi estrella — pensó Angelina.

No estaba tan sola. Había creído dejar en la sierra todos sus amigos: el arroyo, el camino, su jaquita, el monte, algunos árboles que ella conocía bien; el viejo molle a cuya sombra había pensado tanto, y tanto había llorado, cuando ella lloraba... Se había despedido de ellos creyendo no volverlos a ver, y he aquí que la luna y su estrella la habían seguido en su destierro.

Y luego tenía otros amigos: el jazmín nevado de flores, el rosal lleno de pimpollos, el naranjo que regaba con sus azahares la escalinata de su cuarto, aquella madreselva... ¡ah!, y la mejor de todas, la que ella quería más, la que era por sí sola toda una felicidad, María Esther.

Acostumbrada a la soledad de su antigua vida, sentíase llena de ternura hacia la chicuela, cuya risa resonaba aún en sus oídos con el eco simpático del trino de las golondrinas de nuestro alero.

¡Cómo se había reído la locuela! Al darle las buenas noches, la besó y le dijo:

—¿Lo viste? Ni una vez me habló; cada día es más malo...; pero es buen mozo, ¿verdad?

Y después, cuando ya se iba, volvióse para decirle el secreto con que la había estado intrigando toda la noche.

—¡Te miraba mucho! ¿Por qué no se lo quitas a Lidia para que aprenda que no sólo ella es linda?... ¡Cómo te miraba!

¡Loca chiquita que la llenaba el corazón de angustia! ¡Pero estaba contenta, contenta, contenta!

La prueba terrible había pasado. La Virgen, a quien había rezado mucho, le dió fuerzas. Asombrábase ella misma del dominio que tuvo sobre sus nervios en el momento en que misia Tere le había preguntado si lo conocía... "No, no recordaba..." Cuando él le dió la mano, la sintió temblar en la suya... ¿Era que todavía no se habían borrado ciertos recuerdos? Apenas lo miró, porque le daba miedo encontrar sus ojos. Y él..., las palabras de María Esther le hacían daño; él la miraba... ¿pero era cierto?

En el fondo de su alma había sentido germinar la humilde semilla de una de esas alegrías ocultas, que no se atrevía ni a confesarse a sí misma: ¡él la había mirado! La olvidada aventura tenía que haberle venido a la memoria un momento a lo menos, y su pensamiento se había acercado al de ella...

Esa mañana tuvo lástima de podar las guías rebeldes de la enredadera, y, en cambio, esa noche no la tuvo para arrancar de raíz aquella pobre alegría rebelde, así que la sintió nacer.

Con la conciencia de que era fuerte, orgullosa de su fortaleza, pensó que el destino no podría obligarla a lo que ella no quisiera; se puso de pie y contempló el horizonte lejano, como si pudiera adivinar el futuro y desafiarlo.

Al acostarse rezó un poco, con el pensamiento distraído, y se durmió.

Tenía que levantarse muy temprano porque misia Tere, empeñada en imbuirle el espíritu de ca-

ridad que en ella ardía, habíale dicho que al día siguiente, de madrugada, comenzarían a visitar juntas a sus socorridos.

Era la gran señora presidenta de la "Sociedad de Socorros al Pobre", y en ese carácter desvivíase por conocer las miserias humanas, para aliviarlas, lo que hacía con tanto gusto, que en el tristísimo, pero felizmente improbable caso de no haberlas habido, las habría inventado.

Porque así era de noble aquel gran corazón que Dios le había dado. En él había encontrado la bondadosa dama un famoso argumento en pro de la desigualdad de las clases.

—¿Qué haría yo—solía decir en sus arranques apostólicos—si todos fuéramos ricos y felices y no hubiera desgraciados a quienes socorrer?

Y Javierita, bordando como siempre alrededor de los temas de su hermana, calculaba el porvenir de las sociedades de beneficencia en aquella hipotética feliz edad.

—Esto es, ¡imagínate!, unas asociaciones tan útiles, tan nobles... ¿Qué sería de ellas si no hubiera pobres, si no hubiera enfermos, si no hubiera desventurados?

Y don Víctor, sonriendo socarronamente, hacíales esta reflexión:

—Podrían dedicarse a proveer de novios a las niñas casaderas.

Javierita suspiraba, resbalaba el globo de sus ojos debajo de sus párpados entornados y los po-

saba con infinita dulzura sobre el coronel, murmurando:

—Esto es.

Pero el coronel no se daba por aludido.

Dos horas largas tuvo que aguardar Angelina antes de que su tía estuviera lista para la matinal cruzada. Misia Tere llamaba madrugar al levantarse a las ocho o nueve de la mañana.

Sentíase feliz de acompañarla a hacer caridades; y como buscara en su pobreza qué llevarles de su parte a los socorridos de su tía, y no encontrara nada, pensó que las flores eran sus únicas riquezas, porque el jardinero esa mañana le había dicho que cortara cuantas quisiera.

Se dedicó a la agradable tarea, eligiendo las que se apiñaban como amigas junto a la ventana de su cuarto, porque le parecía que eran más suyas. Hizo un gran ramo, que era toda una primavera, para sus pobres, y para sí hizo otro más pequeño de violetas. ¡Cómo le gustaban las tímidas florecitas!

Juntando sus violetas, temerosa de no encontrar las suficientes, oyó la voz del señor Paganini, a quien no había visto en varios días.

—Buenos días, señorita... ¿Juntaba flores?

—Sí, señor, violetas—contestó ella;—pero casi no hay.

—¡Oh, perdón! Las he cortado yo esta mañana, para mis santos..., si usted me permite...

Y penosamente, apoyado en su muleta, fuése a

su cuartujo del fondo de la huerta y volvió con un mazo de violetas.

—Son las flores del pobre—dijo ofreciéndoselas.

—¡ Oh, gracias! No quisiera privarlo...

—Tómelas, hija mía; mis santos le ceden la mitad.

—No, la mitad es mucho, señor Pa..., señor...

Angelina no sabía el nombre del anciano y se puso encendida de vergüenza.

—Anselmo, Anselmo — indicó él dulcemente; — le voy a confesar la verdad; no todas las violetas eran para mis santos; éstas las juntaba para usted; estaba seguro de que le gustarían...

—Son las flores que prefiero...

—¿ Las acepta?

—¿ Y bien? Yo soy pobre... y las acepto; pero no todas, la mitad solamente; déles también éstas a sus santos en mi nombre, don Anselmo.

—Bueno, bueno, hijita; aquí están las suyas.

Y entre el viejo que era el invierno y la niña que era la primavera, se repartieron las flores de la estación.

—¡ Angelina!—chilló desde la galería misia Tere, un poquito sofocada por la correría que acababa de dar en su busca por todo el jardín.—¿ Estás pronta?

El caso de uno de los socorridos de la gran señora, era grave; no había tiempo que perder; desgraciadamente tuvo tarde noticias de él.

Tratábase de un vigilante herido de un balazo

en la última huelga de los obreros del Central Argentino.

—¡Qué infamia!—decía misia Tere, indignada, dejándose llevar muellemente por su automóvil, sobre el asfalto de la avenida.—¡Asesinar a un guardián del orden público, que cumple con su deber! Estos gringos son el demonio; deberían fusilarlos a todos Y, según me dicen, es un pobre hombre cargado de familia, con tres o cuatro hijos chiquititos; ¡criaturas de Dios!, si una no estuviera en todo, no sé cómo lo pasarían; aquí les llevo vestidos; los vestiditos de invierno de María Esther.

—¡Pero tía!—estuvo a punto de decir Angelina, —vamos a entrar en el verano.

—Están casi nuevos—prosiguió la excelente señora;—les llevo también zapatos y provisiones y algo de dinero, no mucho, porque esto hay que dárselo bien tasado, no sea que sirva más para fomentar sus vicios que para aliviar su miseria. No soy yo la que tendría que ver con este desgraciado, porque no es de mi sección; pero como si una no lo hace no habrá quien lo haga, y como dice el padre Jordán que la caridad no tiene patria... y luego que yo no puedo saber de una desgracia sin que me afecte y quiera socorrerla, aunque no me corresponda, porque así soy yo, puro corazón, siempre me lo dice Smith...

Y la émula de San Juan de Dios se abanicaba resoplando, porque el día se presentaba caluroso, y la indignación, y el sol que picaba bastante, y el

amor propio que picaba más, hacían que en el lujoso automóvil descubierto se asara la caritativa presidenta de la Sociedad de Socorros al Pobre.

Misia Tere llevaba en su cartera la dirección del vigilante herido.

—Lavalle, cuatro mil y tantos...—había dicho al "chauffeur".

En media cuadra de frente, una serie de habitaciones iguales constituían uno de esos tristes conventillos donde se hacinan los obreros y los pobres de las grandes ciudades.

El automóvil paró, y mientras el lacayo mantenía abierta la portezuela del vehículo, que había despertado la curiosidad de los chicuelos del barrio, misia Tere descendió majestuosamente con un gran paquete debajo del brazo, seguida por Angelina, que llevaba otro y su ramo de flores.

Sin llamar, porque la caridad no se anuncia, aun a riesgo de pecar de indiscreta, entró la gran señora de sopetón en la pesada penumbra del cuarto.

En el fondo, sobre un catre a cuya cabecera, en la pared, pendían las insignias de su institución, un casco y un machete, estaba el enfermo.

—¡Buenos días!—dijo misia Tere parándose en mitad de la pieza sin ver más que los bultos de las cosas,—soy la presidenta de la Sociedad de Socorros al Pobre.

—Adelante, señora—contestó la voz de una mujer, desde un cuartujo anexo a la habitación, donde parecía estar la cocina.

Cuatro chiquillos desharrapados y sucios rodea-

ron a las insólitas visitantes; pero como notaran la presencia del automóvil, salieron en tropel a gozar del espectáculo.

—Sí, señora,—decía entretanto la mujer, que había entrado enjugándose las manos y ofreciendo sillas a las visitas,—esos huelguistas lo han herido a mi hombre; dice el médico que hay para rato y que a lo menos tres meses de cama tendrá que hacer; nosotros no tenemos más que lo que él gana, que es bien poco, y ahora parece que ni eso nos quedará, porque ya en otra ocasión han puesto dificultades para pagar los días que se falta a la parada, aunque sea por enfermedad. Y usted sabe, señora, cómo están de altos los alquileres y cómo está de cara la vida.

No, misia Tere no sabía cómo estaba aquello; pero escuchaba condolida la eterna y lamentable historia, mientras iba deshaciendo los paquetes.

—Bueno, la Sociedad de que soy presidenta no los abandonará; tendrán médico y botica gratis y dos bonos de carne diarios; por de pronto aquí tiene usted este dinerito para los apuros del momento, y para sus niños estos vestiditos y estos zapatos.

Y la gran señora deslumbraba a la pobre mujer con el espectáculo de los trajecitos que María Esther había abandonado casi nuevos, porque la niña crecía rápidamente y los trajes no crecían.

—Han sido de mi hija menor—explicó misia Tere saboreando la admiración de su protegida; —le vendrán bien para sus niños.

—¡Ay, señora, buena falta me hacen!, pero...

—¿Qué?

—Mis niños... son todos varoncitos...

—¿Todos?

—¡Todos!

¡Qué desolación para la Presidenta de los Socorros al Pobre! ¿Pero cómo llevarse aquellos pregoneros de su caridad frustrada?

—En fin, usted hará de esto lo que le parezca —dijo salvando la dificultad;—puede venderlos.

—Gracias, señora—murmuró la pobre mujer, echando mentalmente sus cuentas; para sus chicos aquello no servía... ¿venderlos?, ¿a quién? Los ricos no los querrían; y los pobres..., ¿cómo se iban a atrever los pobres a vestir aquellos lujosos trajes de invierno, aquellos zapatitos de charol con hebillas de acero?...

Suspiró palpando las inútiles riquezas.

—Gracias, señora—dijo de nuevo.

El enfermo no parecía tan mal, por el momento al menos, y descansaba observándolo todo en silencio.

Angelina, seguida por su mirada curiosa y esquiva, había mullido su cama y arreglado sus almohadas; después arrimó una mesita a la cabecera del catre y alejando los frascos de remedio llenó de flores una jarrita y esparció las que quedaban sobre todos los muebles.

El perfume de las rosas, de los jazmines, de las madreselvas, llenó la habitación, aligerando la pesada atmósfera de miseria.

El enfermo sonreía. ¡Cuánto bien le hacía con eso!

—¿Qué tal se siente?—preguntóle Angelina viéndole sonreir.

—Mejor, mucho mejor; gracias, señorita.

—Bueno, me alegro; tome—y le dió una rosa que tenía en sus pétalos algunas gotas de rocío de la mañana;—pero antes de dormir haga sacar todas las flores, porque si no le harán daño.

Tranquila ya, con la tranquilidad del austero deber cumplido, rehacía misia Tere su tocado deshecho en algunos detalles por el ejercicio de la caridad, aprontándose para irse, cuando la sorprendió un quejido que venía de la pieza vecina, separada sólo por un tabique.

Su corazón caritativo latió con fuerza, casi con alegría, adivinando que allí había alguna otra desgracia que socorrer.

—¡Es un herido!—explicaba entretanto la dueña de la casa, con un poquito de indiferencia egoísta,—lo trajeron junto con mi hombre; parece que no está bien...

Misia Tere recogía de prisa su abanico, sus guantes, su cartera, para volar en socorro de aquella otra desventura, aunque tampoco le correspondía, porque no era de su sección; pero como la caridad no tiene patria...

—¿Es un hijo del país?—preguntó, sin embargo, porque a pesar de las palabras del padre Jordán no podía evitar su mayor simpatía hacia los criollos.

—No, señora; parece que es un extranjero que trabajaba en el Central Argentino. Lo hirieron en la huelga, porque era de los huelguistas...

—¡Ah! ¿de los huelguistas?...

—Sí, señora.

—¿Entonces es un huelguista?

—Si, señora.

—¿Un huelguista extranjero?

—Sí, señora.

Los gemidos eran cada vez más penosos; de pronto cesaron.

Misia Tere se había detenido abrochándose un guante, sin prisa ya.

—¡Un huelguista! ¿Sería acaso de los que hicieron fuego sobre los vigilantes?

—Sí, señora.; hasta creen que él fué quien hirió a mi marido—respondió la mujer inventando aquello, porque adivinó el lado flaco de la gran señora, con ese egoísmo de los pobres que quieren monopolizar la caridad de los ricos. — Sí, señora; tiene una bala no sé dónde; el médico dice que es inútil cuanto se haga, porque se muere.

—¿Qué médico?

—El de la Federación Obrera.

Aquello fué el golpe de gracia.

—¡Ah! ¿Lo atiende la Federación? Entonces yo estoy de más...

Y misia Tere dejó apagar la llamita de su caridad por la ola de la indignación, que brotó al saber que se trataba de un extranjero, de un huelguista afiliado a la Federación Obrera, enemigo

del orden, asesino del pobre vigilante que ella honraba con su protección, y de quien, por uno de esos juegos de la casualidad, lo separaba apenas un tabique.

¡No merecía sus socorros!; ¡que lo atendieran los suyos!

Y la dama subió a su automóvil sofocada por la ira.

Pero Angelina no la esperaba allí, porque al saber que en el cuarto vecino había otro enfermo, sin averiguar más corrió a él creyendo que misia Tere la seguiría.

Era casi el mismo aspecto de desolación y de pobreza; sólo que allí se notaba la presencia de una persona de otra clase, pues los escasos muebles estaban limpios, el piso bien barrido, las ropas bien acomodadas, los frascos de remedios alineados sobre una repisita.

—Buenos días—dijo tímidamente desde la puerta; y como la invitaran a entrar, pasó adelante.

El herido estaba echado de espaldas en la cama. Era un hombre de cuarenta a cincuenta años; tenía los ojos muy abiertos; la mirada fija en las vigas del techo, los dedos crispados en las sábanas; mordíase los labios con fuerza, como si quisiera ahogar los ayes, que, a su pesar, le arrancaba la intensidad del dolor.

—¡Pobre! ¡Cómo debe sufrir!—dijo dulcemente Angelina acercándose a la cama a cuya cabecera estaba una joven que prodigaba sus cuidados al enfermo.

—¡Ah, señorita, mucho, mucho..., mi padre se muere!—respondió ésta.

Era más o menos de la edad de Angelina; hermosa, con esa hermosura magnífica que muchas veces se encuentra en los barrios bajos, entre la población cosmopolita; pero su aire era distinguido y parecía fuera de lugar en el ambiente aquel; su tez era blanca y sonrosada, su modo discreto y simpático, en ese momento desolado, y sus ojos, azules espléndidos, llenos de lágrimas, se fijaban en Angelina con una expresión de súplica.

—Somos de la Sociedad de Socorros al Pobre —explicó Angelina.—Mi tía, que está aquí al lado, va a venir... ¿No lo ha visto ningún médico?

—Sí, el médico de la Federación...—contestó la joven;—pero una sola vez; la sociedad es así; dice que no puede, que hay muchos enfermos, algunos heridos de la huelga del Central Argentino. Mi padre... era de los huelguistas. Lo trajeron hace tres días; tiene una bala en el vientre; yo creí que se moriría esa noche; ya ve usted, estoy tan sola; se murió mi madre hará como un mes; yo no podía separarme de su lado, y no había quien llamara un médico. Esperaba que la Federación nos socorrería, pero parece que no se ocupa mucho; el médico vino una vez, ayer, cinco minutos solamente; una vecina se comidió a traer de la botica los remedios, pero no mejora; sufre, sufre... y el médico no ha vuelto, quizás no volverá...

Hablaba dulcemente, sin rencor, y Angelina la escuchaba con interés, llena de cariño.

—Nosotras le mandaremos un médico; si usted me permite vendré yo a ayudarla; voy a llamar a mi tía, que está aquí al lado, con otro herido...

Salió en busca de su tía, y se quedó helada ante la acogida de la dama, que la esperaba en el automóvil, con el gesto airado de una divinidad ofendida.

—¿Has concluído?—le dijo con sequedad.

—Tía, es un herido, está muy grave...

—¿Sabes quién es?

—Sí, un pobre hombre...

—No, ¡un extranjero!, ¡un huelguista!, ¡un asesino! ¡Sube!

—¡Está muy mal!

—¡Sube!

—¡Un momento!—suplicó ella, y corrió al cuarto del herido.—Mi tía se va; no podemos demorarnos; vendrá el médico; perdone que no me quede; después volveré...

Y tímida, atropellada, no sabiendo qué ofrecer a aquellos pobres como muestra de simpatía, porque era tan pobre como ellos, se desprendió del pecho el ramito de violetas, lo puso sobre la almohada, al lado de la cabeza del herido, y salió repitiendo desconsolada su disculpa:

—Yo volveré...

Y corrió al automóvil, donde al rojo blanco de la indignación, la esperaba la Presidenta de la Sociedad de Socorros al Pobre.

VIII

LA ORDEN DEL JAZMIN

Misia Tere había vuelto furiosa y Angelina desolada.

—¿Crees que yo no sé hacer caridad? ¿Crees que no tengo corazón tan bueno como el tuyo y aun más?—interpelaba la airada señora.—¡No lo merecen! Ahí está. Dios con ser Dios se quejó de la ingratitud de los hombres, ¿y no nos hemos de quejar nosotros de la ingratitud de esos pícaros, que vienen a comerse el pan que generosamente les damos y todavía pretenden asesinarnos?

Misia Tere era fuerte en teología, tan fuerte que más de una vez se las había tenido tiesas con el padre Jordán, su consejero, cuyo nombre a todas horas le llenaba la boca, aunque su santa palabra no siempre le llenara el corazón. Aquella teología "pro domo sua" servíale para aligerar la conciencia en ocasiones como esa.

Angelina no contestaba. Sufría en lo íntimo de su ser, porque veía aún el terrible cuadro de aque-

lla inmensa desventura, y se sentía arrastrada a querer a la pobre huérfana, cual si presintiera que iba a jugar en su vida un gran papel.

—¡Si se muriera por falta de médico!—pensaba.

En su atropellamiento, en la vergüenza dolorosa que se apoderó de ella, ante la impasibilidad de la presidenta de los Socorros al Pobre, a la puerta misma de la pobreza desamparada, no supo lo que decía y prometió mandar un médico y volver... Pero ¿cómo podía cumplir su promesa ella que no conocía a nadie y que era tan pobre como aquellos en cuyo corazón había dejado una esperanza?

La apenaba la injusticia... ¿A quién recurrir para pedir ayuda sin que se enterase su tía, que seguramente había de ofenderse?

Ofreciósele la idea de que don Víctor podía sacarla del apuro.

El coronel visitaba todos los días la casa de los Smith. Con sus pequeñas atenciones, con sus maneras cariñosas, había conquistado la amistad de Angelina, a despecho de Javierita, que presintió el rumbo peligroso que tomaba el escurridizo corazón del gran hombre.

Angelina dábase cuenta de las simpatías que inspiraba, sin sospechar los celos de la solterona. Sin embargo, porque desconfiaba de ella instintivamente, no se atrevió a preguntarle si vendría don Víctor.

Preguntóselo a Lidia.

—Vendrá a la hora del almuerzo, como siem-

pre—respondióle la muchacha con displicencia, impuesta ya de la aventura de esa mañana.

Pero a las doce, cuando se sentaron a la mesa, aun no había llegado.

Angelina, que ardía de impaciencia, arriesgó de nuevo su pregunta en voz muy baja.

—¡Mamá!—exclamó Lidia,—¿a qué hora vendrá tío?

—No sé, hija; ¿por qué?

—Angelina quiere saberlo.

La resquemada señora se encogió de hombros y no respondió.

Angelina se ruborizó, como de una falta.

Volvióse a María Esther, que cerca de ella batallaba con su plato y se quedó mirándola con ternura.

Le hacía bien, la consolaba ver aquella criatura tan equilibrada, tan parecida a Mr. John, sana de cuerpo y de alma.

Quiso imitarla; desechó todos sus pensamientos inútiles, y se puso a comer tranquilamente.

Su corazón, como un globo que hubiera arrojado el lastre, se elevó por encima de aquellas miserias que comenzaban a acosarla.

Don Víctor llegaría a la tarde; y si no llegaba, ¡paciencia! Dios haría que al siguiente día aun fuera tiempo de ir en socorro de sus pobres, como los llamaba ya.

A la siesta llegó el coronel, disculpándose de no haber venido al almuerzo. Pero Javierita, astuta y prevenida, se lo acaparó.

Otra vez la incertidumbre asaltó a la pobre Angelina. Tenía que hablarle en secreto y quizás no le dejarían ocasión.

Con su inquietud, intrigó más a Javierita, que la estudiaba, interpretando Dios sabía cómo aquella impaciencia.

Felizmente, cuando ya desesperaba de conseguir su empeño y daba tormento a su imaginación para que le sugiriera algún ardid para el día siguiente, llegaron unas visitas de Javierita, exclusivamente de Javierita, de modo que no pudo eximirse de recibirlas.

Gozosa, como un preso libre del centinela de vista, corrió al jardín.

—María Esther, ¿quieres hacerme un favor?—

—Todo los que quieras.

Don Víctor está en el "fumoir", dile que yo lo llamo, pero a él solo, que no te oiga nadie; es uno de mis secretos...

Don Víctor sonrió al mensaje, más que a la mensajera, echó una fugitiva mirada a sus bigotes al pasar frente a un espejo, y acudió a la cita.

—¿Soy importuna?—preguntóle Angelina.

—¡Qué esperanza!

—Bueno, me alegro; ¿quiere usted un jazmín para el ojal? Tengo que pedirle un servicio, y ya ve, comienzo adulándolo.

—¡Zalamera!—Concedido todo lo que me pidas.

—Gracias, coronel.

—¡Oh! no, no, no..., coronel no, ¡tío!

—Bueno; gracias, tío. ¿Tiene usted buen corazón?

—¡Magnífico!

—Vamos, no sé si me entiende, corazón así como el de San Vicente de Paul. ¿No es ese el santo de la caridad?

—Sí, si, justamente como el de San Vicente de Paul; y hasta creo que un poquito mejor...

—Entonces vamos a andar bien, porque es una obra de caridad lo que voy a pedirle.

—¡Oh! Y la Presidenta... ¿no se resentirá?

—¿Se niega?

—No, sobrina; ¡qué desconfiada eres!

—¿Me guardará el secreto?, por eso mismo de la Presidenta... Se trata de socorrer a un herido muy grave; vive en Lavalle al cuatro mil. Esta mañana fuímos con tía a visitar a uno de sus pobres; por casualidad entré yo en el cuarto vecino, donde está el que yo le recomiendo; lo atiende su hija; no tiene médico y es cosa grave; vaya a verlo hoy mismo. ¡Ah!, es huelguista; pero, ¿verdad que esto no importa nada? Sin embargo, tía... ¿no se lo dirá usted?, tía por eso no quiso auxiliarlo. ¿No es cierto que esto no importa nada?

—No importa, no — respondió secamente el coronel.—¡Qué caridad!—refunfuñó entre dientes;—¡y eso que es puro corazón! Bueno, no te preocupes más; iré esta misma tarde, y todo lo haré a tu gusto, por tí...

—¡Gracias, gracias!—murmuró Angelina, regocijada y conmovida.

—Lo haré con alegría, para que mi corazón en algo se parezca al tuyo... Me voy, pues, a eso. ¿Lavalle al cuatro mil?

—Sí, apúntelo.

—No es necesario. ¿Me das el jazmín?

—Sí; y si usted me lo permite, se lo colocaré yo misma, señor coronel...

Llena de contento, cortó Angelina el más hermoso de los jazmines.

—¿Así?

—¡Así!

—Es como una condecoración, ¿no es cierto?

—Sí, tienes razón; "la orden del jazmín", la mejor de mis condecoraciones—respondió galantemente don Víctor.

—¿Una orden nueva?—inquirió una voz desde la galería.

—¡Oh!—exclamó el coronel con desagrado, viendo aparecer la impertinente figura de Javierita.—Esta se ha convertido hoy en mi sombra... ¿Se te fueron ya las visitas?

—No; quiero presentarles a la nueva prima.

—¿De veras?

—Pero veo que están ustedes muy entretenidos, inventando condecoraciones... ¿Quiere usted venir, Angelina?

Javierita no la tuteaba.

—Con mucho gusto. ¿Pero no le parece que no estoy bien arreglada?

—¡Oh, está usted perfectamente! Ya mis ami-

gas saben qué situación es la suya..., que usted no gasta lujo.

Angelina arreglóse un poco el peinado, y altiva y hermosa en la sencillez de su traje, se presentó en la sala.

Esa noche misia Tere le hizo una advertencia.

—Te has criado en el campo y no conoces los buenos modales de sociedad. Esta tarde has procedido muy mal. Cuando llegaron las visitas, en vez de irte al jardín, sola, con un hombre, a inventar condecoraciones..., ¡uf! ¡qué feo es eso!, debiste presentarte en la sala... ¿Lo sabes para otra vez?

—Sí, señora—contestó Angelina temblorosa y a punto de llorar, contenida sólo por la indignación que se apoderaba de ella cuando la hería la injusticia.

IX

EN UN MAR DE DOLOR Y DE VIDA

Hacía veinticuatro horas que llovía.

Era una de esas lluviecitas de primavera, desmenuzadas y perezosas, que la brisa agita como un cendal y que dulcemente llegan hasta el corazón de la tierra.

Angelina, que miraba llover apoyada en el alféizar de su ventana, pensó que a la mañana siguiente, si tornaba el buen tiempo y si don Anselmo no había andado aún por allí, a lo largo de las callejuelas enarenadas, bajo las anchas hojas, encontraría muchas violetas.

Las cortaría todas, haría un gran ramo y después lo repartiría con su viejo amigo.

Probablemente él pensaba en lo mismo, en su casucha adonde lo enclaustraba la lluvia. Durante el invierno, en la época mala, pasaba sitiado hasta una semana. Misia Tere proveíalo de víveres, y el pobre viejo, que hacía su cocina, no tenía para qué salir.

La evocación de su amigo la hizo pensar en sus cosas; hacía una semana que su espíritu huía de los viejos recuerdos enternecedores, porque de día no tenía tiempo, ya que misia Tere halló cómodo el convertirla en mucama, y de noche caía rendida, sin ganas de pensar, harta de pequeñas miserias...

En todo ese día apenas salió de su habitación; tuvo que trabajar mucho, limpiando una cantidad de objetos de la sala, tarea que misia Tere le encomendara "porque ella era la única hábil de la casa".

Decíale siempre así, cuando echaba sobre ella el peso de alguna labor difícil, mientras la dama y Javierita y Lidia se pasaban las horas muertas hilvanando chismes.

Cansada de su tarea, y como María Esther no viniera a visitarla, porque hasta ella parecía abandonarla, dejólo todo y abrió la ventana.

Viendo las rosas y los jazmines que se doblaban al peso de la lluvia, como si estuvieran tristes; y los azahares que nadaban en los charquitos del jardín, dando vueltas hasta llegar al canal que se los llevaba a la calle, y la congoja del día opaco, volvió a su alma la dulzura de las horas melancólicas.

Siempre le pasaba así; cuando estaba en contacto con el mundo, con ese mundo que la rodeaba, que la acosaba, que la empequeñecía, sentíase mala; pero cuando el mundo se desprendía de ella y la dejaba entrar en su alma, y encerrarse con sus pensamientos, y sondear el mar de dolor y de

vida que había en su corazón, se sentía buena, buena.

En los días claros y lujosos, su ser se disolvía en la atmósfera; en los días grises, se anegaba en los recuerdos.

Hacía justamente una semana que él, su novio de vacaciones, una noche de recibo se le acercó y, tímido como un niño, dejó caer en su corazón estas palabras:

—Angelina, ¿de veras se ha olvidado usted de todo?

Después de tres años fué esa la primera alusión al pasado, que oyó de él.

La indignación amargó la enervante dulzura de la frase.

¿Por ventura había sido ella la de flaca memoria, había sido ella la olvidadiza, la inconstante, la ingrata?

No contestó, pero lo miró de frente, en los ojos, para que él pudiera leer en los suyos lo que pensaba.

Y fué una sola mirada necesaria para volver las cosas a su punto. Si la hablaba otra vez de aquel pasado muerto y enterrado bajo tres años de indiferencia, le volvería la espalda.

¡Estaba loco, loco! ¿Creía acaso que sus palabras iban a resucitar lo que él mismo había muerto? ¿Creía que ella, la protegida de los Smith, la confidente de Lidia, iba a dejarse festejar por el novio de su amiga, de su prima?

Todo lo que le quiso decir con la mirada, debiólo comprender él, porque no habló más, ni aun se despidió de ella.

Pero tras el primer impulso, viéndolo irse avergonzado, afligido quizás, sintió haberlo herido tan cruelmente.

—¡ Oh ! ¡ Que sufriera, que sufriera un minuto en su orgullo, si acaso, por todo lo que ella sufrió en su amor !

Desde esa noche Julio no había vuelto.

Misia Tere estaba escandalizada de aquel novio tan poco afectuoso, y Lidia a ratos se enfurecía y armaba un tiberio y a ratos se encogía de hombros : "¡ Qué me importa ! ¡ Que no vuelva !"

Caía ya la tarde cuando Angelina, que seguía en la ventana, oyó unos golpecitos discretos en su puerta.

Era María Esther, que venía de puntillas, para no embarrarse, con sus pequeños pies dentro de unos zapatos de goma de Mr. John, con los cabellos cuajados de perlitas, toda mojada, temblorosa de frío y de alegría.

—¡ No me dejaban venir !—dijo acurrucándose contra el pecho de su gran amiga,—y eso que he estado toda la tarde pidiéndole permiso a mamá ; decía que no, porque me iba a mojar ; pero como yo quería verte hoy, me he escapado y he tenido que atravesar el jardín para que no me vieran.

Angelina la dejaba hablar mirándola, y aunque

en su cuarto la noche había entrado ya, sentía como si hubiera abierto el sol en su alma.

—¡Pobrecita! — exclamó, acariciándola, como para indemnizarla del mal juicio que un momento formó de ella.

—¿Sabes, Angelina, que vino tío?

—¿El coronel?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las doce; tenía que hablarte. ¿Por qué no fuiste a almorzar?

Por no vestirme; estaba cansada de bruñir la araña de la salita.

—¡Ah! ¿Y tú lo haces? Mamá quiso dársela a la mucama y ella dijo que no, porque era un trabajo muy largo y fastidioso.

—Sí, muy fastidioso... sobre todo estando sola... solita. ¡Si hubieras venido a acompañarme!

—¡Pero si no he podido! ¡Si no me dejaban!— exclamó afligida María Esther, mirando a su amiga, que tenía los ojos brillantes, iluminados por su reproche.—¿Te resientes? ¡Si no me han dejado!

—No, no me resiento, mi vida.

—Bueno; ¿sabes que tío preguntó por tí? Y como no te hallaba me dió un papelito.

—¿Lo has traído?

—Por eso quería verte hoy sin falta... por eso y porque cuando no te veo me pongo triste...

—¡Zalamera!

Bien oculto, como si se tratara de la clave de una conspiración, traía María Esther el billete del coronel.

Era muy inocente, sin embargo; pero había que proceder con aquel misterio, porque en la atmósfera de suspicacias y de celos de que Javierita los rodeaba, otra conferencia como la del jardín habría hecho estallar la tormenta y el pararrayos hubiera sido Angelina.

" Mi linda sobrina: Perdóname que te dé una mala noticia, que no será la última, si, como parece, tienes tanta vocación para ser una Vicenta de Paul de veras y no de engañas, como tu tía.

" He visitado a tus pobres, a nuestros pobres, — ¿me permites que les llame así?; no sé por qué me halaga ese plural.—Ayer dejé al herido mucho mejor, pero hoy de mañana me lo he encontrado muerto. Parece que la peritonitis es muy traidora. Su hija, la hermosa Magdalena, andaba hecha una verdadera Magdalena; y como no estaba para tafetanes, me encargué yo del entierro. Queda sola en el mundo; pero no te aflijas, porque yo la protegeré; ya le he encontrado una buena colocación como ama de llaves.

" El vecino, mucho mejor; parece que tu tía tiene buena sombra; le ha hecho varias visitas y sé que se ha informado del huelguista; pero como en el barrio a mí nadie me conoce, habré pasado seguramente por ser el médico de la Federación.

"Un detalle final: nuestro pobre se llamaba Dante Leoni. Ha muerto como un santo. Por cierto que esto último lo sé porque me lo han contado".

Firmaba "tu tío Víctor", y más abajo, en letra pequeñita, cariñosa, porque el estado del alma influye muchas veces en el carácter de la escritura, venían dos líneas que hicieron pensar un rato a Angelina.

" Tu jazmín lo llevo en la cartera como un talismán. Se ha marchitado muy pronto... ¿Me traerá suerte?

¿Qué quería decir? No era el tono habitualmente chacotón del coronel; había ternura y algo de tristeza en la frase.

—¡Se ha marchitado muy pronto!—repitió mentalmente Angelina.

María Esther la sacó de su pequeña distracción.

—Me voy, Angelina. Si mamá supiera que he estado aquí, se pondría furiosa.

—¿Pero por qué? Ya la lluvia ha cesado.

—No, no es por la lluvia.

—¿Y por qué es, entonces?

—Yo no sé...—y añadió después de un rato de silencio, vacilando en revelar a la amiga los secretos de familia,—la culpa la tienes tú.

—¿Yo?

—Sí..., tonta. ¿Por qué no fuiste a almorzar?

—Por no vestirme; ¡estaba tan cansada!; ¿no te lo dije ya?

—No sabes lo que has perdido, y luego Lidia y mamá han quedado resentidas.

—¿Pero por qué?

—Porque era el día de Lidia.

—¡Ay, Dios! ¡Yo no lo sabía!

—¿No te lo dijo Micaela, la mucama, el otro día?

—No, no me lo dijo; lo que me dijo fué que tenía que limpiar los bronces de la sala, porque había en esta semana un gran baile.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Sin embargo, mamá le encargó que te avisara.

—¿Por qué no me lo dijo ella?

—No sé.

—¿Y tú?

—Yo..., por olvido; perdóname.

¿Pero de veras están resentidas?

—Más que resentidas; están furiosas; dicen que eres..., yo no lo digo, Angelina, lo dicen ellas...

—Bueno; dime qué dicen ellas.

—¿No te enojarás?

—No.

—Es un... insulto...

—Ya estoy acostumbrada... ¿Qué decían?

—Que eres una malcriada...

—¡Dios mío!

—Y una egoísta...

—¡Qué injusticia!—exclamó Angelina herida en lo hondo; y repitió como una queja su humilde disculpa:—¡si yo no lo sabía!

—Ya sé, ya sé; tú no lo sabías, pero así hablaban ellas.

—¡Qué injusticia!

—Toda la tarde hablaron de tí...

—¿Mal?

—Por supuesto...

—¡No llores!

—¡Si no lloro!

—Tienes los ojos llenos de lágrimas.

—Es que se me saltan sin que yo quiera... Si tú no crees lo malo que digan de mí...

—¡No, Angelina, yo no lo creo!

—Bueno; entonces, ¿qué me importa de los otros? De tí no más me importa..., ¡de tí! Dame un beso...

María Esther la besó en silencio, sintiendo que la quería más, y salió corriendo a través de los charcos del jardín con los grandes zapatos de Mr. John, que hacían más graciosa su amable figurita.

Angelina, en la penumbra de su cuarto, se quedó saboreando la amarga injuria, que siempre, por su instinto de reacción contra la injusticia, en lugar de abatirla la levantaba.

—¡No lloro, no lloro! — exclamó secándose los ojos.

No llovía ya, y la madreselva hacía entrar por la ventana sus guías mojadas; una ramita en flor cayó dulcemente sobre los cabellos de Angelina, que, sintiéndola fresca y llorosa como ella, la

apoyó en sus ojos ardorosos y la besó con efusión.

Y una infinita dulzura le llegó al alma con el perfume de la flor amiga.

X

LA REINA DE LA FIESTA

En el escritorio desde donde Mr. John Smith dirigía como un general el grueso de sus negocios, no había aquella tarde más que dos empleados: Macario y Julio.

Macario, como de costumbre, "hacia sebo", lo que en la jerga oficinesca significa no hacer nada, y Julio, que habitualmente trabajaba con empeño, aquel día estaba poco menos haragán que su compañero, y enervado y taciturno.

A cada instante encontrábase con que su pensamiento vagaba alrededor de cosas lejanas, que ningún objeto exterior había evocado.

Volvía con tenacidad a la tarea, pero la rebelde imaginación tornaba a descarrilársele.

De tiempo atrás sus relaciones con Macario estaban algo frías, exasperado por los modales del joven, que cuando abandonaba sus temas de hipódromo o de club era para hablar de Angelina, cuya

conquista perseguía, habiendo tenido el pésimo gusto de tomarle por confidente.

Estaba Julio harto de confidencias; pero en aquel momento, precisamente porque sabía que le iba a hablar de ella y quería oir su nombre aunque fuera en aquel tono, habría aceptado con gusto una conversación.

Como si Macario hubiera adivinado los pensamientos de Julio, le dijo:

—¿Vas esta noche a lo de tía Tere?

—¿Por qué esta noche?—contestó Julio sin volver la cabeza.

—¡Hombre!, por lo de siempre.

—¡No!

—Yo estuve ayer y me preguntaron por ti.

—¿Quién te preguntó?

—Lidia..: Está furiosa...

—Yo no le he hecho nada.

—Hace ocho días que no asomas por allí; ¿te parece poco?

—Antes me pasaba hasta veinte, y a nadie le parecía mal, y nadie creía que fuera ese motivo suficiente para ponerse furioso conmigo.

—¡Oh!, ¡antes, antes! Antes no era igual.

—No sé por qué.

—¡Vaya! Hace una semana que estás desconocido. ¿Vas o no vas esta noche?

—Pero, ¿por qué esta noche?

—¡Como si no lo supieras!... Porque hoy es el día de Lidia.

—¡Ah! ¡Es verdad! — exclamó Julio recordan-

do la olvidaba fecha y que otros años en ese mismo día había obsequiado a la niña con algún ramo de flores. —¡Es verdad! ¡No me acordaba!

—¿Vas a ir?

—Sí, pero antes tengo que mandar algún obsequio; son las cinco. ¿Quieres acompañarme? Pensaremos en qué pueda ser.

—De todas maneras—contestó Macario tomando su sombrero y mirando el gran reloj que marcaba las horas en el escritorio—tío John no vendrá; podemos robarle la hora que falta.

Y salieron juntos; pero Macario no habló de Angelina, lo cual no alivió la preocupación de Julio, que en medio de las más diversas tareas se sentía perseguido por pensamientos que a nadie podía confiar.

¡Cómo le había pesado durante aquellos ocho días haber sido débil y haberse dejado arrastrar por la curiosidad y por el ansia de aclarar el misterio!

Por un momento, viéndola dulce y triste, trató de sondear el corazón de la antigua amiga.

No creía que pudiera retornar el pasado, pero un incomprensible afán de hacerse mal a sí mismo le llevó a averiguar el secreto que encubría la indiferencia de Angelina, seguro de sufrir en cualquier caso, de sufrir si ella lo había arrojado ya de su corazón, y de sufrir más si ella aun lo amaba, porque demasiado comprendía que ese amor no podía ser nunca suyo.

Era inexperto y era sincero, y al hablarla puso

toda su inexperiencia y su sinceridad en sus palabras.

Le hacía mal, y una llamarada de vergüenza le abrasaba el rostro cuando recordaba la mirada con que Angelina contestó su pregunta, aquella mirada que le dijo tantas cosas, y que, sin embargo, no descifró el enigma, porque lo dejó más impenetrable que antes.

Acobardado por la aventura, prometióse no repetirla más.

Angelina, con mucha dulzura, había convencido a los Smith de su inocencia en el crimen de no haber ido al comedor esa mañana, y reconcilióse con ellos.

Primero misia Tere y después Lidia aceptaron las excusas y firmaron la paz; era tan humilde la actitud con que pedía disculpa del pretendido desaire, que habría sido crueldad no olvidarlo todo.

Esta consideración hecha por misia Tere en pleno consejo de familia y ampliamente comentada por Javierita, pudo más que todos los argumentos y concluyó con las vacilaciones.

Era tradicional el gran baile de los Smith en el día de Lidia. Cuando pequeña, el baile era de niños; cuando grande, la cosa se hizo en serio y de tal modo que los diarios no pudieran dedicarle menos de un cuarto de columna.

Como no era correcto que Angelina se presentara en el salón vestida humildemente, misia Tere, en uno de sus buenos momentos, habíale mandado

hacer un hermoso traje de baile, aunque no tanto que pudiera competir con el que Lidia luciría esa noche.

Todo se había hecho con gran sigilo, para que la sorpresa fuera mayor, y estuvo en grave riesgo de quedarse en el misterio eternamente, porque la dama, herida por el desaire de la niña, anduvo tentada el día entero de prender fuego al traje, para ver cómo ardían las gasas y los encajes recién salidos de los talleres de Mme. Carrau.

Pero sellada la reconciliación, rebosando alegría, fué en persona a llevarle el regio presente.

—Mira, ingratona—díjole depositando sobre la cama el delicioso montón de trapos,—es para el baile de esta noche; puedes dar gracias a Dios de que no lo haya echado al fuego; tan fastidiada estaba, que si no fuera porque no me dejo llevar así no más de los malos impulsos, que son inspiraciones del diablo, como dice el padre Jordán, a esta hora te hallarías sin traje y no podrías asistir al baile. Pero qué quieres, así soy yo...

La pobre Angelina, que al fin era mujer, estaba deslumbrada con el regalo, y hasta conmovida por tanta bondad.

—¡Jesús hija! — exclamó de pronto misia Tere, —en este cuarto no te puedes vestir; no tienes más que un espejito de un jeme de alto.

Como no había tiempo que perder, trasladaron las galas a la pieza de Lidia, por ese día no más, lo que no dejó de advertir la señora.

Esa noche, en el espléndido salón todavía

desierto, adonde había ido para prender las luces, viendo su figura en los grandes espejos, toda vestida de blanco, adornada de flores, porque no tenía joyas, ligeramente escotada, con los ojos brillantes de entusiasmo y la tez levemente encendida, supo lo que era sentirse hermosa.

Y la coquetería innata, la fina y amable coquetería de todas las mujeres, esa conciencia de su personalidad y de su valer que dormía en ella, se despertó de golpe ante la revelación y comprendió que en aquel marco de lujo desacostumbrado, su figura se movía con naturalidad, con elegancia, como si toda la vida la hubiera pasado en ese ambiente.

Con una sonrisa recordó el comienzo de los cuentos de los paisanos en la sierra: "Este que era un rey, que tenía una hija, como la niña Angelina...".

¡Qué lejos estaban aquellos cuadros sencillos y tranquilos, que habían servido de marco a su felicidad de antaño!

Lidia, con un traje incomparablemente mejor que el de su prima, estaba linda, lindísima con sus ojos azules, sus cabellos rubios, su expresión triunfante, su figurita moderna y fina.

El primero en llegar fué Julio; y Angelina, al salir del salón, se encontró con él, sola en el "hall", y se dió la satisfacción de adivinar que lo había deslumbrado.

¡Mejor, mejor! Era la venganza que sin darse

cuenta había estado preparando desde que comenzó a vestirse.

Después fueron llegando los invitados, los hombres calzándose los guantes, las señoras renegando de la lluviecita que retornaba implacable y sutil, poniendo en peligro las faldas de sus vestidos al descender del carruaje.

En medio de aquella concurrencia desconocida para ella, Angelina comprendió lo humillante que era "planchar", quedarse sentada, sin bailar y sin amigas con quienes conversar, y apurada como un náufrago que se ase a una tabla, entregóse a Macario, que le ofrecía el brazo.

El dibujante de postales no acababa de creer en su triunfo, y escuchaba embelesado la charla de aquella Angelina desconocida, que hablaba y reía y cruzaba los salones como una reina, admirada por todos y triunfante sobre todas.

—¿Has visto a mi prima?—preguntó a Julio, en un momento en que ambos se encontraron en la galería, buscando afuera un poco de frescura.

Julio, que en ese instante encendía un cigarrillo, lo tiró al jardín, miró cómo su lucecita chisporroteaba apagándose en un charco, y después, haciéndose el que no había oído, volvió la espalda y entró de nuevo en el salón.

Habíase reconciliado con Lidia. Por un instante, viéndola tan bonita, olvidó la impresión que al entrar le había causado Angelina; pero luego no más su misma novia se encargó de volver a ella su pensamiento, porque en la abrumadora relación

de sus pequeñas aventuras con la modista, a propósito del traje que llevaba, se enredó la mísera aventura de Angelina, el desaire perdonado magnánimamente, porque la pobre, como había vivido en el campo, no estaba aún al tanto de los usos sociales; la sentencia, casi ejecutada, de misia Tere, condenando a las llamas el traje nuevo, para que aprendiera a no ser egoísta...

—Pero, ¿es egoísta?—interrumpió Julio fingiendo indiferencia.

—Yo creo que no, aunque Javierita dice que sí—contestó sinceramente Lidia;—sin embargo, hoy debió ir a la mesa, porque era mi día, ¿no es cierto?

Después de dar vueltas un momento alrededor de ese tema, salióse de él y volvió a charlar de sus trapos, de sus pinturas, de los chismes de familia, de los elogios que todo el mundo hacía de sus ojos y de su cutis y de su "chic" y de... en fin, de lo que hablaba aquella eterna Lidia, mientras el pensamiento de Julio se había quedado muy lejos.

—Estoy cansada de tanto caminar — dijo ella al cabo.

Fueron a buscar asiento, y como sólo encontraran para uno, dejóla allí y salió afuera a refrescarse la frente, que le ardía.

Pero estaba escrito que no lo habían de dejar en paz a solas con sus pensamientos, y tuvo que volver al salón.

Indiferente a las significativas sonrisas de las

que "planchaban", desde el rincón más solitario, medio oculto por un cortinaje, comenzó a buscar a Angelina, para contemplarla a sus anchas.

No tardó en verla, del brazo de uno de sus nuevos amigos, alegre como él no la había visto nunca.

Era sin disputa la reina de la fiesta; Lidia, a pesar de toda su vanidad, debía comprenderlo y sentirse humillada. Sin querer analizaba despiadadamente la hermosura de su novia, frágil y artificiosa, con mucha colaboración de la modista, del joyero, de la peinadora, y la comparaba con la triunfante hermosura de Angelina.

¡Qué distinta era ella, toda naturalidad en sus maneras, en sus palabras, en su rostro, en su figura exquisita, de todas aquellas muñecas de salón estudiadas y presuntuosas!

Aun herido por su indiferencia, pensó en sacarla, una vez siquiera. ¿Quién sabía su historia? Sólo ella, y ella parecía haberla olvidado.

Luchó largo rato con su timidez y con su áspero deseo de arrancarla a aquella turba de frases que la acosaban, y de llevarla triunfante también él, que tenía más derecho que todos ellos, para murmurarle al oído, aunque no fuese más que como una broma del baile, las dulces palabras que en otro tiempo habían hecho latir con fuerza el corazón de su novia de vacaciones.

¿Volvería a tener una ocasión de hablar confidencialmente y sin que nadie pudiera sospechar nada?

Este pensamiento triunfó de su indecisión. Esperó el momento oportuno, y como llegara la hora del ambigú, dirigióse a ella, poniendo un gran empeño en simular aplomo.

¡Ah! ¡Por qué no se quedó en su rincón solitario!

Mientras él, cortés y frío, solicitaba de ella el honor de acompañarla, y ella, turbada, miraba en su "carnet" si tenía el ambigú comprometido, acercóse don Víctor, que acababa de llegar, muy marcial, muy elegante y muy conquistador.

—¡Ah!—exclamó Angelina con no poca alegría. —Gracias, caballero, tengo el ambigú comprometido con el coronel... ¿Recuerda, tío?

Y sin que don Víctor se lo hubiera soñado, la mano de ella se apoyó en su brazo, y él, orgulloso de la inesperada fortuna, repitió las palabras de César:

—¡Vine, ví, vencí!

A lo que ella contestaba envolviéndole en la más insinuante sonrisa.

—¡Coquetón! ¡Pero qué feo viene usted hoy, tío!

XI

LA PAZ DE LOS HUMILDES

El día siguiente era 12 de octubre.

Desde por la mañana las bombas con que saludaban el aniversario glorioso, llenaron de rumores la gran ciudad.

Eran como las siete, pero en casa de los Smith todo el mundo dormía, con ese sueño profundo que sigue al cansancio de una noche de agitación y de emociones.

Sólo Angelina se despertó al estampido de las primeras bombas, y, envuelta en el sopor del sueño aun no disipado, dejaba mecer su pensamiento en los recuerdos de la velada.

Aunque sus ideas eran vagas y dispersas, sentía la impresión de un gran disgusto; tanto, que se le hizo intolerable como una pesadilla y acabó por despertarla del todo.

Saltó de la cama y abrió los postigos. Un rayo del sol primaveral fué a dar sobre la silla donde estaba el vestido de baile.

Fastidiada, con la imaginación perezosa, recostóse de nuevo; pero la vista de un pedazo de cielo azul y de las copas de los naranjos nevados de azahares, que el viento balanceaba dulcemente, le infundió deseos de gozar de aquella mañana admirable, y arrojando lejos de sí los pensamientos muelles, abrió de par en par la ventana y comenzó a vestirse.

Entró una ola de luz, de alegría, de perfumes, en que el olfato ávido percibía el aroma de los azahares, de las rosas, de los jazmines, de las madreselvas, sin que pudiera distinguir dónde terminaba uno para principiar otro.

No eran así las mañanas que seguían a sus noches de baile allá en la sierra, tres años antes, aunque fueran reuniones más humildes y ella no soñara en ser la reina de la fiesta.

Un momento, aquella noche, en medio del desierto salón, al ver cómo resplandecía su juvenil hermosura, tuvo la conciencia de que estaba en su elemento, de que había nacido para eso.

Y, sin embargo, ahora sentía la vanidad de un triunfo que la dejaba indiferente y cansada.

No, ella no había nacido para eso. Más le llenaba el alma la humilde alegría de hacer un bien por pequeño que fuera, a alguno más pobre que ella, de consolar en la calle a algún niño que llorara, de llenar de violetas el florero de don Anselmo, que el placer de verse acosada por aquella turba de fracs correctos y empalagosos que llenaban de nombres su pobre carnet todo borroneado.

¡Y qué caros le cobraban aquellos triunfos inocentes!

Todos los crueles e injustos reproches que podían caber en una mirada, se los había hecho misia Tere, cuando, terminado el baile, fué a darle las buenas noches. Y era tanto el rencor de la dama, que se desbordó envolviendo en su ola venenosa al pobre don Anselmo.

El buen viejo, como de costumbre, estaba acurrucado en el rincón de un pasillo escuchando la orquesta, y cuando ellas salieron, al ver a su joven amiga tan hermosa, no pudo resistir la tentación de cumplimentarla, y al hacerle su humilde elogio cometió el pecado de olvidarse de Lidia, la dueña del santo, que se lo echó en cara con su guarangueria de niña mimada.

Misia Tere lo alcanzó a oir y fulminó al anciano con una mirada cargada de desprecio.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cree usted que este es un lugar a propósito para un ministro de Dios, aunque retirado del servicio divino como usted? — tronó la gran señora.

Tartamudeó el inocente una excusa y se hundió en las sombras del jardín embarrado.

Javierita era la autora de la tormenta, porque era ella la del mal humor y había contagiado a misia Tere y a Lidia, haciéndoles ver visiones. Olvidada en un rincón, porque don Víctor, que en su amable humorismo solía atenderla, no se acordó de ella en toda la noche, acaparado por Ange-

lina, la agria solterona pasóse las horas juntando bilis.

Por entre las anchas hojas, cargadas de rocío, asomaban las tímidas violetas.

Angelina acordóse de que se había propuesto llevar un ramo a don Anselmo, y salió al jardín y juntó muchas, de las más frescas y fragantes, para el pobre señor Paganini, caído en desgracia por su culpa.

Después se encaminó a la huerta, sorteando los charcos de que estaba inundada.

La puerta de la casucha de don Anselmo se hallaba entornada, como si dentro no hubiera nadie. Sin embargo, allí tenía que estar, porque sólo salía para oir la misa de las cinco en una capillita cercana.

Llamó suavemente con un poco de recelo.

—¡Adelante! — contestó su voz desde el fondo del cuarto, completamente a obscuras.

—Buenos días, don Anselmo.

—¡Oh, hija mía! ¿Es usted? ¡Dios me la envía!...

—¿Está enfermo? — preguntó Angelina viéndolo tendido en la cama, tapado hasta los ojos y encasquetado su gorro de lustrina.

—Muy enfermo, muy enfermo; si esta vez no me muero...

—¡Y yo que venía a alegrarlo con sus flores, con nuestras flores!

—Gracias, gracias, hija mía.

Con la mojadura de esa noche, el pobre viejo

había pescado un resfrío terrible, que lo tenía tiritando bajo las cobijas y bajo la pila de sotanas y ropas que buscando el abrigo había amontonado en su camilla de hierro.

—¡Oh, señor, usted tiene fiebre! — exclamó afligida la muchacha, que sintió arder bajo su mano la frente del enfermo.

Abrió los postigos, arregló las ropas del lecho, llenó de violetas los floreros que adornaban una repisita donde muy rodeada de estampas y velas estaba una imagen de la Virgen, único lujo de aquel albergue mezquino, y corrió a traer leche y canela para remediar al desamparado.

—Yo lo voy a curar — díjole mientras calentaba la leche en el braserito en que don Anselmo hacía su cocina; — este remedio lo he aprendido en la sierra.

Y el bueno del señor Paganini, dócil como un niño, se bebió al poco rato un enorme tazón de leche hirviendo con canela, que le abrasaba el paladar, pero que lo libraría de una pulmonía.

—¡Dios se lo pague, hija! — exclamó con un suspiro de alivio saboreando el último trago.—Si no fuera por usted me habría muerto...

Y añadió como una recompensa:

—¡Qué hermosa estaba anoche!

—¡Gracias!—contestó Angelina arropándolo cariñosamente.—Ahora me lo puede decir, aunque yo no lo crea, pero anoche no...

—¡Oh, Dios! ¿Por qué?

—Debió haberle hecho ese elogio a Lidia, que se lo merecía más.

—¡Ah! Quizás por eso Teresa...

—Sí, sí; por eso se resintió...

—Pero no tuvo razón... ¿No le parece, hija?

—No, ciertamente — contestó Angelina disolviendo en sus palabras un granito de amable doctrina;—fué un momento de vanidad, de esa pícara vanidad que tenemos todos.

—Las mujeres sobre todo—indicó él inocentemente.—"Vanitas vanitatum et omnia vanitas" ¡qué antiguo es esto, pero qué nuevo siempre! Así pensaba yo anoche viendo tanto lujo inútil, tanto dinero echado por la ventana; si diéramos a los pobres la mitad de lo que nos sobra, ellos tendrían más y nosotros no por eso tendríamos menos...

Don Anselmo hablaba en plural, lo que hizo sonreir a Angelina.

—Pero, don Anselmo—díjole deseosa de distraerlo un poco,—si usted diera a los pobres la mitad de lo que le sobra... no se remediarían mucho, ¿no le parece?

El viejo sonrió.

—Espíritu mundano, niña; el otro día, yo, que soy tan pobre como usted, le di la mitad de mis flores y usted me las agradeció, y todavía tuve para llenar los floreros de mis santos. Ahora viene a traerme la mitad de las que ha juntado, usted que es tan pobre como yo, y con sus flores me da la mitad de su alegría.

—¿De mi alegría?—preguntó Angelina con

una suave ironía de que ella misma no se dió cuenta.

Don Anselmo fijó en la niña sus ojillos cariñosos, ojos cándidos, hechos más a mirar las almas que las cosas del mundo, y como si a pesar de su inexperiencia hubiera adivinado que también había tristezas en el fondo de aquella alma joven, golpeó paternalmente con su mano de viejo, metida en la manga del saco, la mano que Angelina había dejado sobre el brazo del sillón puesto a la cabecera de la cama.

Y con aquella ciencia, aprendida más en la oración que en los libros, le dijo la santa palabra:

—Bienaventurados los sencillos, porque ellos tendrán mucha paz, ha dicho el Señor. Asegura San Francisco de Sales que cuando Dios nos prueba con la adversidad, es porque nos destina a cosas grandes en este mundo o en el otro. Pero hemos de aceptar la adversidad sin averiguar qué cosas sean. Las cosas del mundo no son ni tristes ni alegres; son los corazones los alegres o tristes. Por eso son vanos los consuelos, cuando la verdadera paz no está en el alma. ¿Y cómo hemos de hallarla en las cosas exteriores cuando no la tenemos en nosotros? ¿Qué vale una palabra de paz si en nuestro espíritu está la guerra? Mi paz está con los humildes y mansos de corazón, ha dicho el Señor; tu paz consiste en mucha paciencia. Paciencia, hija mía; paciencia para soportar las adversidades, las caídas, las injusticias, los juicios de los hombres... ¿Qué son las palabras de los

hombres, las palabras dolorosas que nos lastiman cuando estamos llenos de los afanes del mundo, pero que se rompen como pajas cuando mora en nosotros el verbo de Dios? Si nos hieren es porque aun somos carnales y hacemos de los hombres más caso del que conviene. Buenas son las tribulaciones, buenos son los dolores, buenas son las amarguras de la vida, porque nos recuerdan que vivimos desterrados y nos enseñan que no debemos poner nuestra esperanza en cosas de la tierra. Cuando el hombre de buena voluntad se ve atribulado, conoce la necesidad que tiene de Dios, sin el cual nada puede. Hija mía, edifica tu alegría en tu conciencia, y cuando el mundo te hiera, cuando los hombres te juzguen con injusticia, cuando tu espíritu se abata o se rebele, en vez de buscar el consuelo en los otros, búscalo en ti, en el secreto de tu corazón, donde estará tu alegría. Bienaventurados los sencillos, bienaventurados los humildes, bienaventurados los mansos, bienaventurados los que aman, porque mucho hace el que mucho ama.

Angelina escuchaba en silencio, y recibía aquellas palabras de vida como la tierra seca recibe el agua del cielo.

Entró en su alma la verdad y trocó su espíritu rebelde a las injusticias del mundo, con el espíritu manso que animaba las palabras del anciano, y comenzó a edificar su alegría en sí misma.

Y una profunda paz, la paz de los humildes, llenó su corazón como una ola de verdad y de amor.

XII

MAGDALENA LEONI

En su vida de rentista desocupado, don Víctor conservaba algunos de los rígidos hábitos del cuartel. Por ejemplo, invierno y verano, se levantaba al toque de diana; pero como en el barrio en que estaba su lujoso hotelito de la calle Maipú, tres cuadras antes de la Avenida de Mayo, no había clarines que la tocasen, encontró la solución del problema en un grafófono despertador, que lo arrancaba a la molicie del lecho soltándole en la oreja una copiosa sinfonía.

Pero no era la eterna diana de la banda lisa en los cuarteles, lo que habría sido terriblemente aburridor y sin grande eficacia. Don Víctor tenía una buena colección de discos, y, al acostarse, elegía la música que a la mañana siguiente quería oir; siempre alguna marcha gloriosa. Unas veces era la de Aída, otras la de Fausto; los 14 de Julio le ardía en las orejas la Marsellesa, y, naturalmen-

te, en los días patrios sonaba la marcha de Ituzaingó o el Himno Nacional.

Aquel domingo de enero, por ejemplo, lo despertaron los acordes de la marcha de Tannhauser.

El sistema tenía esta ventaja: al rayar el sol, el humor del coronel estaba afinado para todo el día.

Ciertas marchas sonaban los días que el gran hombre destinaba a sus conquistas; y esa mañana la música solemne y triunfal de la ópera armonizaba perfectamente con las circunstancias, porque para don Víctor amanecía un día de triunfo.

Saltó de la cama, animado por los clarines de Wagner, y metióse en el baño para quitar la pereza del sueño.

Don Víctor en su tocador era una dama; tal esmero ponía en higienizarse, en perfumarse, en alisarse aquellos bigotes homicidas, en sacarse de encima, con algunos floretazos dados en la pared, o algunos ejercicios gimnásticos, la tercera parte de sus cuarenta y cinco inviernos.

Pero hacíalo todo con tan buena mano, que nunca advirtióse en él un detalle que desdijera de su apostura varonil.

Concluído su tocado, esa mañana, después de mirarse un rato al espejo, se dirigió a sí mismo una estimulante sonrisa.

¡Estaba buen mozo! ¡Ya habría querido para un día de fiesta su estampa, cualquiera de esos mozalbetes de Florida, gastados por la vida regalona y ociosa!

En las tardes, a la hora del corso, cuando paseaba a pie por Florida, ¡con qué aire majestuoso los llevaba por delante cuando le cerraban el paso, apiñados en las esquinas, en las entradas de las confiterías o junto a las grandes vidrieras, dondequiera que hubiese luz, para mirar a las muchachas y para que las muchachas los mirasen a ellos!

¡Qué habían de mirarlos, cuando había por allí hombres que no buscaban la luz de las vidrieras, porque en todas partes se destacaban!

Don Víctor se creía irresistible.

En el fondo de su conciencia de conquistador había, sin embargo, una espinita que le arañaba la vanidad.

Desde el baile de Lidia, don Víctor había desplegado toda su estrategia contra Angelina, halagado con la ilusión de anotar una victoria más en la crónica de sus campañas.

Pero esa vez su corazón anhelaba el triunfo con una fuerza desacostumbrada; estaba cansado de sentir pasar la corriente de impresiones fugitivas a que su dueño lo condenaba. Estaba cansado y deseaba adormir sus ondas en la paz de los lagos. Una ilusión había nacido en él con la simpatía que sintió desde el principio hacia la dulce y enigmática joven, y un momento se dejó mecer por ella y la simpatía se transformó en cariño, y el cariño fué creciendo y transformándose también...

Pero, ¿por qué Angelina, que era sutil para entender las cosas, no comprendió aquello?

La vanidad de don Víctor, que habría sufrido horriblemente con un desaire, y cierta instintiva desconfianza, lo detuvieron en la pendiente.

Un día, empero, casi se resbaló, porque Angelina, abandonando su habitual reserva, le tiró un anzuelo que el gran hombre mordió con una inocencia de colegial.

Le descerrajó una declaración en regla, que ella escuchó un poquito conmovida, dejando con cierta malicia comprender algo... Pero ¡qué desencanto el suyo al día siguiente! Angelina, por toda respuesta a una grave pregunta que él le hizo, le alargó, riéndose, una hojita del almanaque, que acababa de arrancar porque era del día antes.

—¡28 de diciembre!—leyó estupefacto don Víctor.

—¿Me quiso hacer inocente, tío?

Triste y desconcertado para disimular su turbación, se echó a reir.

—No, sobrina; eres tú la que me ha hecho inocente.

Habían pasado dos semanas y aun sentía la comezón de la aventura.

Muy pronto comprendió la causa de la esquivez de Angelina. La sociedad entera estaba al tanto del noviazgo de la muchacha con Macario. Don Víctor al principio se resistió a creerlo; no podía ser: ¿iba a rechazarlo a él, para aceptar el otro, cuyos vicios conocidos, el hipódromo y el poker, eran virtudes al lado de los desconocidos? No, no

podía ser; su sobrina tenía demasiado buen gusto. Pero poco a poco fué dando crédito a la historia, al ver la asiduidad con que Macario asistía a las recibos, a los almuerzos, a las comidas de los Smith, siempre alrededor de ella; y al adquirir la triste certidumbre, todo su cariño se enfrió de golpe.

—¡Oh, las mujeres, las mujeres!—pensó—no se casan con las víboras porque no saben cuál es el macho.

Para consolarse, dedicóse a una conquista que involuntariamente le había proporcionado la misma Angelina.

¡Si ella supiera! Si ella supiera que quien hacía retorcerse el bigote a aquel tío presumido era Magdalena Leoni, su linda protegida, habría fruncido el ceño y quizás el tío hubiera perdido la poca amistad que entre ellos quedaba, porque a la niña se le habría ocurrido indudablemente que aquellos "flirs" por los barrios bajos llevaban mala intención.

Y, sin embargo, no era del todo así. Tan no lo era, que el gran hombre había dado palabra de casamiento a la muchacha, y la palabra de don Víctor era palabra de rey.

¿Estaba él verdaderamente enamorado de ella, con ese amor que lleva al pie de los altares? Don Víctor se mordía el bigote y respondía que sí, con toda sinceridad, porque así lo sentía.

Desde la primera vez que la vió, aun en tiempo en que Angelina ocupaba más su corazón, ben-

dijo los dichosos resquemores que a misia Tere le impedían auxiliar al huelguista, dejándolo de ese modo en situación de ser él solo su providencia.

Desde ese día, don Víctor, abnegado como una hermana de caridad, en nombre de su sobrina iba mañana y tarde a buscar noticias de su enfermo. Todas eran buenas para él, porque las oía de boca de Magdalena. Por eso, buen trabajo le costó componer a tiempo el semblante cuando la muchacha le dijo llorando que su padre había muerto.

Dante Leoni era florentino. Tres años hacía que había llegado a América con su mujer y su hija, que entonces tendría quince.

Vino, como tantos otros, a probar fortuna. Los principios fueron duros; Leoni trabajaba en todo, aunque era mecánico de oficio. Al año mejoró de suerte y entró en los talleres del Ferrocarril Central Argentino.

Con su sueldo fijo y con lo que daba el trabajo de las dos mujeres, que no era poco, porque la madre, a más de atender los quehaceres domésticos, planchaba, y la hija cosía para afuera, pudieron vivir y aun hacer economías para los tiempos malos si venían.

Daba gusto ver el modesto hogar del florentino.

La mujer de Leoni era de noble familia. Había en su matrimonio con aquel obrero mecánico toda una novela de amor, que para siempre le cerró las puertas de su casa. La triste historia, pública en

la patria lejana, quedó desconocida en América y casi olvidada de sus protagonistas.

En su hogar honrado, rodeada del cariño de sus padres, un cariño idolátrico y celoso, había crecido Magdalena hecha una señorita y aislada de la misma sociedad en que vivía, para la que ni por sus costumbres ni por sus gustos estaba hecha.

Los malos tiempos no tardaron.

Fué la madre la que cayó primero. Largos meses estuvo enferma, condenada por el implacable diagnóstico médico que había constatado la existencia de un cáncer en el pecho. La enfermedad, las operaciones que se le hicieron, los cuidados que se le prodigaron, los días que Leoni por atenderla faltó al taller, todo fué un engranaje que se llevó los ahorros de los buenos tiempos y algo más, porque empezaron los deudas.

La enferma murió, pero la mala suerte no paró allí.

Eran épocas de efervescencia. Leoni, hombre de hogar y de trabajo, exclusivamente dedicado a su hija, después de las horas del taller, nunca tuvo tiempo para escuchar las proclamas de los comités obreros que calentaban la cabeza a todos sus camaradas.

Flotaba en el ambiente un polen revolucionario.

Una tras otra se producían las huelgas; hoy eran los estibadores del puerto, mañana los cocheros, más tarde los obreros de la Compañía General de Fósforos.

Un día le tocó al Central Argentino, y Leoni se

vió envuelto en la huelga bajo la presión del número.

Se hizo una manifestación pacífica, que se transformó en hostil, y él, que había ido por compañerismo, volvió a su casa con una bala en el vientre.

Era la eterna historia de justos por pecadores.

Cuando lo pusieron en la cama, dijo a su hija:

—De aquí no me levanto... Lo siento por tí, Magdalena, que te quedarás sola.

¿Qué habría sido de ellos, sin la ayuda que les vino de pronto como llovida del cielo?

Leoni había temido por su hija; pero cuando murió, dejó el mundo con el consuelo de saber que no se quedaba abandonada, porque aquel generoso caballero, que los había auxiliado, sería en adelante el tutor de la joven.

Y en efecto, el primer día don Víctor se dedicó a su protegida. Unas veces en nombre de su sobrina, otras en su nombre propio, llenábala de atenciones y de regalos, y hasta adelantóle dinero para los primeros gastos, mientras ella encontrase cómo ganarse la vida, con una hábil política para no herir la delicadeza de la niña. Después consiguióle un modesto empleo en una escuela de bordado, hízola cambiar de casa, de aquella horrible casa adonde la pobreza de los últimos tiempos los había arrojado, y logró que la acompañara una pariente lejana de ella, para que su casita no le pareciera tan sola.

A la tarde, cuando la joven volvía del taller, estaba segura de hallar en la salita, tomando mate,

al coronel, que le hacía una corta y respetuosa visita.

A él se le pasaban los minutos sin sentirlos, oyendo a la linda muchacha que hablaba con esa poesía característica de los florentinos. Era una charla armoniosa, llena de imágenes imprevistas.

El acento extranjero de Magdalena imprimía un encanto indecible al castellano imperfecto en que narraba su historia de niña, un poco triste.

Don Víctor la escuchaba retorciéndose el bigote. La verdad era que él, embelesado y todo por la armoniosa conversación de Magdalena, no se encontraba bien allí.

Había ido previendo una conquista de las que estaba llena su foja de servicios; pero jamás soñó siquiera hallar tanta inocencia y distinción en la hija del obrero Leoni.

El gran hombre tenía bien puesto su corazón, y pronto abandonó su primer propósito.

Pero el mismo entusiasmo que la joven había encendido en él, vino a salvar la situación.

Creyóse enamorado, sobre todo después de su pequeña aventura con Angelina, y dispuesto a quemar heroicamente sus naves, en la primera ocasión propicia se lo dijo a Magdalena.

Su declaración entusiasta despertó el corazón de la muchacha, que se enamoró, con una de esas pasiones avasalladoras, desconocidas para ella, que no pudo ponerse en guardia contra sus mismos sentimientos.

No obstante, por recato natural, guardóse de

responder en seguida al impetuoso coronel, que un día se despertó juzgándose el más enamorado de los novios.

Aquella hermosa mañana de enero, su coquetería tenía una disculpa: necesitaba estar buen mozo. El sí de Magdalena tardó un poco, pero al fin vino, y ese día iban a solemnizarlo con un paseo que los dos solos harían al Tigre, en un automóvil flamante y lujoso en que don Víctor y Magdalena iban a correr la más peligrosa de las carreras.

XIII

LA MISMA DE ANTES

En las torrecitas del palacete de los Smith habían hallado dónde anidar las golondrinas, y como si para aquel domingo de enero se hubiera dado cita en el jardín toda la bandada, desde que el sol salió fué una vibrante algarabía.

Era que aquel día estrenaban sus alitas las pequeñas golondrinas nacidas bajo el alero de los Smith.

Los padres, con sus trémulos pichones sobre su espaldita, remontábanse alto, alto, y desde el cielo, abandonándolos en el aire, dejábanse caer como un hondazo, para llegar a tiempo de recogerlos antes de que tocaran la tierra. No había peligro, porque las locas parábolas y los audaces círculos que en el aire trazaba su vuelo, estaban calculados por un matemático infalible, y su instinto era ciego y seguro.

María Esther contemplaba entusiasmada aquel juego de volatines, que la divertía muchísimo más

que el aterrorizador "looping the loop" que había visto en el Buckingham Palace. Aquellas alegres avecitas eran suyas, sobre todo las nacidas en la azotea de su casa, porque cuando las primeras golondrinas de esa primavera hicieron sus nidos en los huecos de las chimeneas, misia Tere mandó un día que limpiaran los techos para arrojar de la casa aquellos huéspedes ruidosos que poblaban de algazara y de trotecitos los cielos rasos de yeso, y ella, la chiquita que los amaba, consiguió de Mr. John, a fuerza de súplicas y lágrimas, la revocación de la sentencia.

Desde la glorieta, ella y Angelina habían visto salir el sol esa mañana y se entretenían en mirar las golondrinas. Aunque para Angelina no era nuevo el espectáculo, como tenía cariño a las alegres mensajeras del buen tiempo, contemplábalo con tanto interés como María Esther y con un poquito de tristeza porque suscitábanle nostalgias de la sierra.

Recordaba aún que tres años antes, algunos días después de la partida de Julio, vió irse a las golondrinas que ese verano habían sido testigos de su dicha.

Aun sus ilusiones no habían muerto, y se enternecía envidiando a las avecitas dichosas, para quienes no existían distancias.

Fué una gran pesadumbre para ella, cuando en el sauzal amarillento, donde se habían dado cita para la partida, vió formarse la inquieta caravana de las golondrinas amigas. Y fué un gran dolor,

cuando al caer la tarde, aquella tarde cruda y serena del otoño, que había quedado impresa en su memoria, las vió partir hacia el Oriente. En el cielo azul borróse pronto la fugitiva línea de las alegres viajeras, y ella, en su gran soledad, sintió una inmensa tristeza, como si con las golondrinas se fuera su esperanza.

Después, en los años que siguieron, amólas mucho, pero nunca quiso contemplar su partida desde el sauzal, en los primeros días del otoño. Tales eran las impresiones que le despertaban las golondrinas del alero de los Smith.

Llenos de novedad, llenos de pesares y más que todo llenos de miseria, en su vida mundana, corrieron los últimos dos meses, y, sin embargo, a la distancia parecíale que habían ido a hundirse vacíos en el pasado.

Había cambiado completamente su modo de ser; había aniquilado cuanto en ella era incompatible con los gustos de misia Tere; había echado tierra sobre sus viejos recuerdos y no pensaba más.

Seguía siempre en su cuartito perfumado por la madreselva, pero sus flores estaban olvidadas.

Visitaba de cuando en cuando a don Anselmo, pero hablaba de cosas lejanas, nunca de si misma, temerosa de que el buen sacerdote, con una de sus máximas apacibles, despertara su dormida ternura.

Se había iniciado en la vida porteña. Cuando la invitaban iba en automóvil a Palermo o a Florida, y reía y coqueteaba como todas. Iba

también a misa con Lidia, a la Recoleta, donde las esperaban siempre a la salida Macario y Julio.

Sin saber cómo, dejándose llevar, buscando la paz en los otros, aquella paz que debió haber buscado en sí misma, se encontraba envuelta en los festejos de Macario.

Misia Tere, de puro comedida y por hacer un bien a la muchacha; Javierita por lo que le interesaba el que Angelina estuviera colocada, y Lidia por seguir a las otras, concluyeron el negocio.

Las acciones de Macario se cotizaban muy alto. Aunque él no tenía nada, había allá en el Azul un tío muy rico y muy viejo, sin descendencia ni más heredero probable que el joven pintor de postales, quien a la larga o a la corta vendría a ser el dueño y señor de las estancias de don Macario Sandes, que un año con otro daban sus cien mil pesos de renta.

—No seas tonta—decíale Misia Tere a Angelina,—échale el anzuelo. Novios como Macario son pimientos de a libra; hoy la suerte de las muchachas pobres es muy triste, y hay que aprovechar las ocasiones.

—Esto es—añadía Javierita;—por algo a la ocasión la pintan calva.

Angelina no contestaba; pero qué ganas tenía de decirles lo que le chocaba aquel mozalbete insignificante.

Pero por cansancio moral, por temor al escándalo, por horror al chisme, se dejaba llevar por la

ola sin saber adónde, ni si más tarde sería tiempo de echarse atrás.

Cuando el festejante era importuno y la quemaba con frases amorosas, lo que rara vez sucedía, porque Macario no entendía de eso, ella lo hacía callar con un gesto que le helaba las palabras, pero que el otro no acababa de descifrar.

Julio había adoptado la conducta que le correspondía; si alguna vez se acordaba de ella, contentábase con mirarla de lejos. Angelina había comprendido que él, como todos, la creía novia de Macario, y aunque le daba vergüenza y asco, como no era ella quien debía explicar las cosas ni había para qué, dejaba rodar el mundo.

El destino le marcaba allí una senda y tenía que seguirla. Y la seguía, porque lo único bueno que le quedaba aún del antiguo carácter era la entereza para aceptar la carga y sufrirla.

Pero un día, después de dos meses de letargo, sintió que su corazón no había muerto aún.

Mr. John, que era su gran amigo, aunque la quería a su modo, fríamente, británicamente, regalóle una vez algunos libros, Eran novelas y poesías.

Desde la primera mañana, despertándose casi al rayar el sol, con María Esther que se adaptaba siempre a las costumbres de su amiga, hicieron de la fresca y florida glorieta del jardín una sala ideal de lectura.

Las dos leían; ella los libros de Mr. John, la

chiquilla unos muy grandes con muchos grabados.

Leyó primero las novelas, sin que la fábula influyera en su ánimo. Pero cuando tocó el turno a los versos, cuando halló en las Rimas de Bécquer, que venían entre ellos, el mismo mar de vida y de amargura que dormía en el fondo de su carácter, comprendió el vacío de su vida actual y sintió la nostalgia de sus redimidos pesares.

Quiso volver a su antigua existencia. ¡Antigua! Parecíale que hacía un siglo que no miraba la luna, que no sentía caer sobre su frente pensativa las ramitas floridas de la madreselva de su ventana, que no pensaba, que no lloraba, que vivía la vida de las piedras, inerte y fría. Quiso volver a buscar en sí su paz, su pobre paz en medio de sus amores, de sus recuerdos, aun de sus tristezas, que le eran tan caras... ¡Qué era sufrir si así vivía!

¡Tanto que había despreciado la vida frívola de la sociedad en que iba penetrando, para acabar al fin por cambiar su tesoro de amor, de dolor y de vida, por una insegura y cobarde tranquilidad!

Se rebeló. Sintió como si en su alma se encendiera la misma llama de antes, y volvió al amor, y al dolor y a la vida.

Habíase quedado mirando las golondrinas que en la lámina azul trazaban las líneas curvas de su vuelo.

María Esther, viéndola contemplar lo mismo que a ella la encantaba, acercósele y le dijo con

vehemencia, apretándole la cara entre sus manitas:

—¡Qué lindas! ¿Verdad que son lindas las golondrinas?

Angelina, que seguía en su pensamiento el vuelo de otras golondrinas, la miró sin contestar.

—¡Celosa!—murmuró la chiquilla.—¡Si tú eres mejor que las golondrinas!

—¡Ah!—exclamó Angelina acariciándola.—¡Yo no, yo no! Tú que eres como ellas, como las flores, como la primavera, tú sí que eres linda, linda...

Ella, la dulce criatura, era la única que nunca había amargado un segundo de su vida; al contrario, ella la había dado todo el encanto de su fresca amistad. La besó con delirio, con gratitud, mientras la pequeña se quedaba mirándola. Siempre sus ojos azules buscaban así en los ojos negros de su amiga la explicación de ciertas desigualdades de su carácter.

Después le dijo tímidamente, sin mirarla:

—¡Mala!

—¿Yo mala?

—Sí, sí; no eres ya como antes.

—¿Yo? ¡Pero si ahora soy más buena!

—No; con los otros sí; con mamá, con Lidia, con Javierita, sí; pero conmigo no eres la de antes...

—¿Por qué lo dices?

—Esas cosas se conocen... y yo sé por qué te has olvidado de mí.

—¡Si no me he olvidado!

—Sí, te has olvidado. No te digo que del todo, pero algo sí; y yo sé por qué.

—¡Bah! ¿Por qué?

—Porque... ¡no te vayas a enojar!

—No, no... ¿por qué?

—Porque ahora lo necesitas todo para quererlo a él.

—¿A quién?, ¿quién es él?

—¿No lo sabes?

—No lo sé; ¿quién es él?

—Macario.

—¡Oh, Dios! ¿por qué lo dices?

—Porque es la verdad.

Angelina quedóse silenciosa y disgustada; después acercó a sí la rubia cabecita de la niña y le habló en secreto, mientras los ojos azules, grandes, grandes, expresaban su asombro.

—Si te digo una cosa, ¿me vas a creer?

—Si me dices la verdad, sí.

—¡La verdad, la verdad! ¿Me vas a creer?

—Sí.

—Bueno; yo no lo quiero.

—¿No?

—Lo aborrezco...

—¿Y por qué es tu novio?

—¿Quién dice?...

—¡Todo el mundo!

—No es mi novio, no es mi novio; es mi pesadilla, es mi vergüenza; puedes decírselo a todo el mundo, puedes decírselo a tu mamá, a Lidia, a

Javierita, a todo el que crea que ese hombre es mi novio...

—¿A Julio?

—¿Por qué a Julio?

—Porque él lo cree... y él te mira... ¿Sabes que siempre te mira?

—¡Oh!... Bueno, a Julio también, ¡a todo el mundo!; diles que ese Macario no es mi novio, que yo no lo puedo ver... ¿Me crees?

—¡Sí, te creo!

—¿Quieres que vuelva a ser la de antes?

—Sí.

—Dile entonces a tu mamá o a Javierita, o a cualquiera, que lo detesto, que si se me vuelve a acercar le voy a hacer un desaire..., que estoy enferma de callar, y cansada, cansada...

Y Angelina, que arrojó de sí aquella declaración que le oprimía el alma como una losa de plomo, estrechó contra su pecho a su amiguita, fuerte, fuerte, con su antigua ternura, y le murmuró al oído:

—¡La de antes, la de antes!, para tí y para todo el mundo...

XIV

LA AMARGA PALABRA DE VALOR

Desde el baile de Lidia, Julio no había vuelto a aproximarse a Angelina.

Pasó el dolor del desaire y dulcemente fué volviéndole el cariño.

Pero su amor de ahora no era como el de antes, un amor orgulloso de existir a la luz del sol. Era un amor tímido y vergonzoso, que vivía a escondidas de la amada misma.

La amaba más que nunca y de una manera extraña; la amaba con todos sus defectos si los tenía; la amaba con sus desdenes, con su despego, con su coquetería cruel; el mundo entero la habría despreciado, y él hubiera seguido amándola, de lejos, orgulloso de amarla así, sin ilusión y sin esperanza.

No buscaba ya su felicidad en ella; parecíale mejor su cariño amándola porque sí, porque era ella; para mirarla espiaba los momentos en que ella no podía verlo, y la miraba intensamente como

si su alma, muriendo de sed, encontrara el agua y bebiera sin saciarse.

¡Cómo le dolía el corazón! A veces, en las noches de recibo, la sentía pasar cerca de él; conocía el perfume que usaba, y aunque habría sido la gloria mirarla de frente, no se volvía sino cuando ella había pasado.

Una noche soñó que la felicidad de Angelina estaba en sus manos y que podía hacerla dichosa, pero sólo a costa de su propia dicha. Y él consintió en ser desgraciado la vida entera, para que ella fuera feliz, y trémulo de gozo firmó el extraño documento que el destino le presentaba. Ella no sabría nunca a quién ni a costa de qué debía su felicidad, ¿pero qué importaba? Bastábale saber que en la vida ella no tendría amarguras, para que se endulzara el mar de pesares en que él voluntariamente se hundía. ¡Qué dicha, qué dicha!

Cuando despertó, quedóse pesaroso de la vanidad de su sueño; ¿por qué no eran ya los tiempos de las hadas, que manejaban los destinos de los hombres?

Creíala dichosa, deslumbrada por la nueva existencia que llevaba. Tenía una loca envidia a María Esther que estaba el día entero a su lado; habría querido oir sus palabras, mirar sus ojos, sentirla cerca, adivinar en qué pensaba; pero nunca se acercó; ¿para qué?; parecía tan feliz, que el verle a él, su antiguo amigo, le sería ingrato.

Era una alegría poder hacerle esos reproches, y descargarse un tanto del peso de su propia culpa.

Cuando supo su noviazgo con Macario, no tuvo celos, sino una gran tristeza de verla cada vez más lejos, y aunque le parecía imposible que aquello fuera cierto, lo creyó.

Pero un día estalló como una bomba la noticia que desparramaba María Esther. A todo el mundo quería contarle la niña que Macario no era el novio de Angelina, y comenzó, naturalmente, por contárselo a su mamá.

Misia Tere devoró en silencio su ira, pero Javierita saltó:

—¿Sí? ¿Eso dice?, ¡la presuntuosa! honor le hace el pobre muchacho en fijarse en ella; lo que es yo, si fuera hombre, ni caería en cuenta de que existe; francamente no sé qué ha podido hallar Macario de especial en esa gaucha insignificante, habiendo tantas mil veces mejores.

María Esther fué obligada a callarse. No había qué decir nada a nadie, ni a Macario.

Que Angelina se arreglara con él como pudiera; no iban ellas a intervenir; bastante habían hecho en su favor.

Pero Lidia en el recibo del día siguiente, a que por casualidad no fué Macario, refirióselo todo a Julio, comentándolo al estilo de Javierita.

—No sé qué ha encontrado el pobre muchacho de especial en ella—decíale indignada por cuenta ajena.

¡Ciegos! — pensaba Julio, — los que no veían

que en ella todo era especial, porque todo era distinto.

En Julio no había esperanzas que pudieran florecer con tal nueva; hacía tiempo que las había tronchado él mismo, porque sabía que su camino no se encontraría nunca con el de ella.

Mas se alegró con la noticia que le daba Lidia, y como si una fuerza superior a su voluntad y a sus propósitos le llevara a ella, fingiendo una gran indiferencia, acercóse y le preguntó si aquello era cierto.

Sólo un minuto estuvo cerca de ella; pero en ese minuto leyó en los ojos de Angelina tantas tristezas, tantos reproches, que comprendió el misterio que Macario no pudo comprender nunca, y no necesitó oir su respuesta.

Para disimular la turbación que eso le producía, como estuviese allí María Esther, levantóle la nublada carita y le dió un beso en la frente.

—Tú siempre enojada conmigo, ¿no es cierto?

—No—respondió la niña con sequedad,— yo nunca he estado enojada; eres tú.

La conversación terminó allí, porque Lidia, que había salido a buscar un diario para mostrar a Julio una crónica en que la mencionaban, entró en la sala con toda una papelería. No era sólo el diario lo que quería mostrarle, sino también "La Ilustración", donde salía como de gran moda el mismo sombrero que ella había estrenado el domingo, la primera en Buenos Aires. ¡Qué triunfo! ¿no?

A don Víctor la noticia del fracaso de Macario

ante los muros en que él se había estrellado, no lo sorprendió mucho, aunque no se la esperaba, porque aquello era lo que hacía tiempo debía haberse aclarado.

—Me alegro por ella—tuvo el valor de contestar a misia Tere, que roja de indignación se lo comunicaba hamacándose con fuerza en su sillón.

—¿Te alegras? ¡Ya me parecía a mí que eso iba a suceder!—clamó sulfurada la dama, deteniendo el vaivén de la silla e irguiéndose.—Pero confiesa que no es por ella, sino por tí. ¿Qué te estabas creyendo, que aquí nos dormimos? A ver, a ver, ¿cuántas condecoraciones nuevas han inventado? Tú le llenarás más el gusto, seguramente, y ha de andar tu mano en la ruptura; pero como las cosas salgan a tu deseo, no le arriendo a ella la ganancia... ¡viejo verde!

Don Víctor escuchó en silencio y por primera vez con ira la filípica de su prima. ¡Uf! Aquellas mujeres no podían hablar sin morder.

Cuando la dama hubo dicho eso y mucho más, el coronel contestó sencillamente.

—Me alegro por ella; sí, por ella, porque al fin y al cabo era ella la que perdía con un novio como ése, que no pasa de ser un truhán. Y me alegro por mí también, no por lo que tú te figuras, en tu afán de figurarte siempre lo malo, sino porque la quiero y estimo su modo de ser humilde, serio, paciente, bondadoso, porque en ella todo es estimable... ¿Crees tú que hay muchas como ella en el mundo?

La causa se empeoró con la defensa. Javierita no podía perdonar a Angelina que tuviera simpatías donde no las tenía ella.

Volvieron a aislarla; se acabaron los corsos de Palermo y de Florida, las insignificantes confidencias de Lidia y los consejos de misia Tere.

¡Cómo respiró la pobre en su soledad! El cariño de María Esther no se había acabado, y eso le bastaba.

Tampoco se agotó la fuente de vida que volvió a brotar en su alma.

Macario aun no estaba al tanto de la tempestad, porque por asuntos de Mr. John andaba en Bahía Blanca.

Un domingo a la tarde, el automóvil de los Smith se fué a Palermo con misia Tere, Lidia y Javierita. Quedaba otro asiento, pero como ya no se trataba de Angelina, buscaron a María Esther; mas la niña no aceptó.

El corso la aburría; prefería quedarse en casa mirando las golondrinas; en realidad, lo prefería por estar con su amiga; pero ese motivo, vislumbrado no más por la implacable misia Tere, que tenía sitiada por hambre a Angelina, habría bastado para que la obligasen a salir.

Felizmente no estaba vestida, y como se hacía tarde la dejaron.

En la glorieta la esperaba Angelina, y fué en su busca con un gran Robinson Crusoe que Julio, viéndola tan amante de la lectura, le había regalado. La paz estaba a punto de sellarse entre los

dos; la verdad es que ya no valía la pena el persistir en el enojo.

—¿No es cierto, Angelina, que debo amigarme con Julio?

—Sí; él es bueno.

—¿Te parece?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué tú no eres así con él?

—¿Soy mala acaso?

—No, pero con él tienes un modo distinto del que tienes conmigo; ¿no sabes que eso lo apena?

—¿Quién dice?...

—Yo, que lo he visto. La noche del baile de Lidia, cuando él te fué a sacar y tú saliste con tío, ¿recuerdas? ¡Vieras cómo se quedó!

—¿Enojado?

—No, triste. Después cuando él te habla y tú le contestas seria, se pone así, triste.

—¡Cómo lo conoces y cómo lo observas!—exclamó Angelina riéndose.

—¡Oh, si lo conozco! Ya sabes que fué mi novio.

Angelina seguía riéndose; la pequeña se ofendió.

—De veras, de veras; a tí yo nunca te he engañado, ¿no me crees?

—¡Loca, loquita! Te creo, sí; pero, ¿no sabes? El no se pone triste por mí; son otras sus tristezas; yo no sé, ni tú tampoco, cuáles serán, pero puedes estar segura de que él no se entristece por mí...

Todo el Buenos Aires aristocrático desfilaba por la Avenida.

Cruzaban los carruajes y los automóviles a centenares, como exhalaciones, llenando el ambiente con su vaho de nafta y de pesebre; de pronto se detenían apiñados, como las hormigas cuando encuentran un obstáculo, y después de un rato de espera, en que los caballos, enardecidos por la carrera, cubrían los arneses de inútil espuma, arrancaba de nuevo la interminable procesión.

¡Cómo contrastaba aquella algazara sofocante con la calma de la glorieta, en la perfumada quietud del jardín!

Volvía ya la gente de Palermo, cuando sonó el timbre de la puerta. No podían ser las de casa, porque siempre regresaban tarde, después de dar vuelta por Florida.

Impaciente y curiosa, corrió María Esther a la puerta.

Era Julio. Hizo una caricia a la niña, contándole que una descompostura en su automóvil lo había obligado a bajarse en los portones de Palermo y que desde allí venía a pie.

—Ni mamá, ni Lidia, ni Javierita están—dijo la chicuela, reconciliada ya.

—¿Y Angelina?

—Está en la glorieta.

Como amigo de confianza, entró sin vacilar. Repitió a Angelina, explicando su visita intempestiva, la historia del automóvil descompuesto, y después, lentamente, como si le costara un gran esfuerzo cada palabra que pronunciaba, con la voz velada por la emoción y la mirada cobarde que

huía del rostro de la antigua amiga, fué acercando la conversación al asunto que en realidad lo traía.

Venía por ella; sabía que iba a hallarla sola; hacía tiempo que quería hablarle de sus cosas íntimas; que lo disculpara si volvía sobre el viejo tema, pero no podía más, le quemaba el triste secreto escondido en su alma.

Angelina lo escuchaba callada, mirando hacia la Avenida. María Esther se había sumergido intencionalmente en la lectura de su Robinson.

Julio continuó:

—Perdóneme, Angelina; yo no sé si le disgusto hablándole de esto; quizás sí, pero no puedo vivir; necesito aligerar la carga de pensamientos que me aplastan, y no tengo confidentes; sólo usted puede oirme, porque sólo contándoselo a usted no profano el secreto; yo no busco ni pido ya nada; no quiero resucitar la historia, nuestra pobre historia, que ha sido como un sueño; usted la recuerda, ¿verdad? No me diga que no la recuerda, porque no le voy a creer; esas cosas no se olvidan.

—Sin embargo, usted las olvidó...—murmuró Angelina sin volver la cabeza, porque a su pesar se sentía arrastrada por el torrente.

—No, Angelina, no; yo no las olvidé, creí que las había olvidado.

—Es lo mismo.

—Sí, tiene razón; es lo mismo.

Las golondrinas se agrupaban silenciosas en las cornisas o ganaban sus nidos porque era ya la

hora. El viento callaba, y el jardín, bajo la caricia del crepúsculo, empezaba a despertar del letargo en que lo sumieran las horas pesadas de sol.

—¡Qué calma!—murmuró Angelina, por romper el silencio lleno de pensamientos que había caído sobre ellos.

—Usted no me va a creer—siguió diciendo Julio,—y, sin embargo, es la verdad; yo no pido ya nada; ya no tengo esperanzas; hace tiempo las maté yo mismo...

—Hizo bien—contestó ella dulcemente, comprendiendo que en esas palabras había una pregunta.

—Bueno, usted me lo dice y sabe por qué; no podría ser de otro modo. Si yo tuviera la menor intención de resucitar el pasado, no entraría en esta casa como entro. Pero quiero hablarle; quiero contarle un poco mis tristezas; quiero mostrarle que si fuí culpable, estoy pagando mi culpa; que no he sido nunca malo, porque cuando las cosas suceden así, no es uno el que las arregla; es el destino. Me hubiera callado; viéndola, creyéndola feliz, no habría tenido valor para turbar su felicidad; pero ahora que he comprendido el enigma; ahora que sé que su felicidad es la resignación; que sigue usted la corriente de un río que no sabe adónde la llevará; que heroica y humilde, por no turbar la calma de los otros, lucha en silencio con las mismas penas y los mismos pensamientos que a mí me han vencido, no he tenido fuerzas para callarme.

—¡Qué flojo había sido! — exclamó Angelina, sonriendo y sin protestar de aquellas palabras.

El comprendió.

—Sí, soy flojo; usted es fuerte y me enseña...

El crepúsculo moría. A lo largo de las calles habíanse encendido los focos eléctricos. Misia Tere no tardaría en volver.

—¡Sea fuerte!—murmuró Angelina parándose; y lo miró de frente, para que él viera que ella también estaba triste, que ella también tenía sus pesares, que ella también amaba, pero que era fuerte y se sometía; ¿no era el destino?; ¿a qué luchar contra el destino?

Julio recogió en su corazón, abierto como una flor sedienta, aquella amarga palabra de valor.

Ella y él eran los mismos de antes; pero la corriente de las cosas había cambiado, y era inútil ir contra ella.

Como si se hubieran convenido, aquella conversación había principiado íntima porque los dos cruzaban un momento psicológico en que se hacían necesarias las confidencias, y terminó también íntima.

Después se volverían a ver en los salones, con la mirada tranquila e indiferente que engañaba al mundo.

Sin agregar una palabra más, Julio salió.

Se envolvió como en una ola en el bullicio fatigoso de la Avenida, y deseoso de cansar sus nervios y de pensar un poco, emprendió a pie el largo camino de su casa.

Angelina, desde el jardín, lo vió cruzar la calle.

—No digas que ha estado—suplicó a María Esther; y la pequeña, que empezaba a comprender, prometió guardar el secreto.

En la glorieta invadida por las sombras quedáronse las dos; María Esther forrando casi al tanteo las tapas de su Robinson, y Angelina pensando en el pobre joven que entre tantas almas con que se cruzaba en el mundo, no volvería a hallar la que comprendiera el secreto de su corazón tímido y débil.

Pero había depositado en él la semilla del valor resignado y silencioso que a ella la animaba, y esa caridad se le ofreció como una alegría.

XV

¡EL 18 NO HA SALIDO!

Macario estaba ausente. Habíalo enviado Mr. John a presidir la entrega de algunos miles de quintales de trigo en Bahía Blanca, y a recibir su precio, unos treinta mil pesos. La comisión era delicada y por primera vez se le confiaba una así al joven sobrino de misia Tere.

—Mala cabeza—solía decir Mr. John cuando hablaba de él; y la verdad es que si ocupaba un puesto tan importante en la casa, lo debía ante todo a la influencia omnipotente de la dama, y después a que siendo Mr. John personalísimo en sus negocios, controlaba muy de cerca sus operaciones.

Mala era la cabeza, pero no malo del todo el fondo, sino inconsciente y flojo.

Los vicios arraigaban en él por contagio, por imitación. En un ambiente menos corrompido que el que lo rodeaba, el pobre muchacho que se-

gún Mr. John "no tenía agallas ni para ser malo", podría haber sido algo de provecho.

Huérfano de padre y madre, fué recogido muy niño por su tío don Macario Sandes, el rico hacendado del Azul, que un tiempo quiso hacer de su sobrino un doctor para que le atendiera los innumerables pleitos en que su carácter y sus negocios lo metían, y lo envió a Buenos Aires para que estudiara y de paso se hiciera pintor, porque el muchacho tenía disposiciones para copiar monigotes.

Pero lanzado solo y sin experiencia en la vida porteña, uno tras otro fué perdiendo los años en el Colegio Nacional y en la Academia de pintura, hasta que el viejo, cansado del eterno cuento del tío en que lo tenía envuelto, acabó por olvidarse de aquel sobrino que sólo se acordaba de él para algunas fuertes "pechadas" trimestrales.

Dos años al menos hacía que ni el tío, dedicado en cuerpo y alma a la mestización de sus haciendas, sabía nada de Macario, ni Macario sabía nada de su tío. Habían cortado la relación a causa de un famoso sablazo que el muchacho dirigió al viejo para pagar una deuda en que se encontró metido tras una noche de ruleta.

Eran cuatro mil pesos.

—¡Pues está fresco!—decía don Macario Sandes, leyendo la carta en que el sobrino le participaba su desgracia—¡Cuatro mil pesos gastados en una noche, cuando en toda su vida no ha sido capaz de ganar ni cuatro pesos!

"Si su amor paternal—decíale en la carta que le escribió—amor de que me ha dado tantas pruebas hasta ahora, no me saca del trágico trance de perder mi honor, dejando impaga esta deuda sagrada, nada me resta que hacer en el mundo".

Y más abajo todavía, una línea enigmática de puntos suspensivos.

El viejo montó en cólera.

—¡No faltaría más! ¡Chantage, chantage se llama esto! ¡Ah, pillo!

Y cogiendo la pluma, con aquellos gruesos caracteres a que en los Bancos rendían pleito homenaje, le contesto:

"Si tu amor filial, de que tan lindas pruebas me has dado hasta la fecha, no te recuerda a tu tío sino cuando las trampas te abruman, y si después de menospreciar las cuentas del sastre y de la pensión, y de la matrícula y del librero, como cuentas sin importancia que uno puede trampear, ganándose de paso fama de mozo vivo, llamas sagrada a una deuda contraída en la ruleta con algún perdulario, quizá peor que tú, indudablemente nada malo te resta por hacer en el mundo.

"Acuérdate de que por el Código no son exigibles las deudas de esa naturaleza, y acuérdate de hoy para siempre que no es el hijo de tu abuelo el que va a pagar los vicios del nieto".

Y firmaba. Debajo venía una posdata.

"Acaban de entregarme setenta mil pesos, y no

sé qué hacer de ellos. Es la diferencia del precio que este año ha obtenido la lana sobre lo que yo había calculado. Si quieres ser hombre de provecho vente y trabaja con ellos a mi lado, y por tu cuenta. Así veremos qué es lo que has aprendido en ocho años de Buenos Aires. Desde hoy cesa la pensión que te pasaba. Si te quedas, olvídate de tu tío, como tu tío se olvidará de tí".

Macario no chistó; tragóse toda aquella digna cólera de un hombre honrado, sintiendo la justicia que respiraba; pero demasiado hecho a la vida regalona de la ciudad, no quiso soterrarse en el campo y recurrió a su tía misia Tere, de quien, con sus melosidades, tenía robado el corazón.

Consiguióle la dama el puesto que desempeñaba actualmente en el escritorio de su marido; pero los cuatro mil pesos quedaron perdidos para el ganador, y durante dos años Macario no aportó por las ruletas elegantes.

A sus ojos y a los de todos aquellos escrupulosos tahures, estaba deshonrado.

Cuando Macario, concluído el negocio que lo llevara a Bahía Blanca, hallóse con 30 billetes de a mil pesos en el bolsillo y algún pico propio, y con cinco o seis días libres, porque la cosa había terminado más pronto de lo que Mr. John calculaba, sintió la fiebre de exhibirse con dinero, aunque no fuera suyo ni tuviera intención de gastar un centavo, y no pudiendo resistirla se largó a Mar del Plata, el balneario de moda, que le que-

daba al paso, de vuelta a Buenos Aires, y que era en esa época lugar de cita de la gente rumbosa.

Paseábase por la rambla la primera tarde de su llegada, saludando a los conocidos que lo miraban con sorpresa, y al verse solo, como siempre, porque a pesar de sus esfuerzos nunca había podido ponerse en línea con la muchachada aristocrática, sintiendo en el bolsillo el amable peso de su cartera repleta, asaltóle el deseo de deslumbrar a todos con la fortuna que llevaba.

Hervía en él aquella tentación, cuando se encontró con Paco Recales, uno de esos ejemplares curiosos de la humana especie, eternos parásitos que viven la gran vida a costillas de las personalidades más heterogéneas, de los políticos nuevos, de los viejos enamorados, de los que la noche antes se acostaron al raso y despiertan hoy a la sombra de la fortuna y que faltos de costumbre echan en el primer momento la casa por la ventana.

Paco se tuteaba con todos los ministros, con la mitad de los diputados, con una docena de senadores, con los literatos de moda, con los reyes del periodismo, con el lucero del alba, porque al que no lo había conocido de chiquito en el colegio, habíalo acompañado en sus farras por todos los "cabarets" de Buenos Aires, "y más de una vez — eran sus palabras — habían caído borrachos juntos".

Como a pesar de una siniestra fama de sablista, era tipo de moda, por su verba, por sus habi-

lidades inútiles y curiosas, cuando Macario lo vió acercársele, llenóse de una alegría que desbordó, cuando el otro lo palmeó, dándole familiarmente el apodo que le daban en el colegio por su color rubicundo jaspeado:

—¡Hola, Jamón del Diablo! ¿Qué hacés por aquí?

Ese sobrenombre siempre le había chocado; pero aquella vez le halagó.

—¡Adiós, Morajú! — contestóle devolviendo alegremente sobrenombre por sobrenombre y estrechando la mano fina que le tendía el otro.

Interrogado por Recales, contóle Macario que había ido a pasar una temporadita, pero que no pensaba estar más de quince días, porque sus asuntos lo reclamaban en Buenos Aires, y que aun era probable que se viera obligado a partir de un momento a otro.

—Es lástima, muchacho. Este año anda esto magnífico. Si vieras, en el Bristol...

—¿Qué hay?

—Una ruletita que da vértigo.

Macario hizo un gesto de indiferencia.

—¿No piensas tantear la suerte?

—No; no tengo tiempo, ni tengo...

Deseos, iba a decir Macario; pero el gran pillo lo interrumpió silbando, como quien no quiere la cosa, un aire de La Verbena de la Paloma:

"Pundonor y lo que hay que tener..."

La cara del joven se encendió en el necio pudor de que no lo creyeran un Creso.

—No, hombre, no. Precisamente acabo de vender unas tierras, parte de mi herencia, y no ando tan fundido...

—¡Ah! ¡Quinientos o seiscientos pesos!, insistió el otro, esbozando una sonrisita compasiva.

—Puedes decir cincuenta o sesenta mil—contestó Macario doblando la suma que en realidad llevaba, en su afán de mentir por darse tono.

Recales lo palmeó.

—¿Quieres acompañarme al aperital?

—Bueno, vamos.

Cuando se levantaron de las mesitas, después de pagar una vuelta cada uno, Macario tenía más aplomo y el otro más respeto.

—Hay que tentar la suerte esta noche—murmuróle misteriosamente cuando se iban a separar.—Yo sé lo que te digo. El 18 no ha salido en cuatro noches.

—No sé, no sé—contestó vacilando Macario;—puede ser...

—Si es por la historia aquella...—insinuó confidencialmente Recales, que sabía la vida y milagros de cada individuo,—no tienes por qué afligirte; tu acreedor no hace un mes que se levantó la tapa de los sesos en Montevideo, y acá pocos son los que recuerdan ese episodio, y para esos pocos la cosa no pasa de ser una muchachada. ¿Qué edad tenías cuando eso?

—Diez y nueve años — respondió Macario,

agradecido y admirado de tanta indulgencia y de tanta perspicacia.

—¡Como quien dice una criatura!—prosiguió el otro.—Bueno; si es por eso, no dejes de ir; yo sé lo que te digo; el 18 no ha salido en cuatro noches.

—¡Hombre! — exclamó el joven vencido ya. — Si quieres venir a buscarme...

—No, yo no puedo.

—¿Por qué? ¿Estás de baile?

—¡No; que baile! Por eso dejaría yo cualquier cosa; es una razón de más peso la que me ataja.

—¿Será...?—y Macario, desquitándose, tarareó el aire de La Verbena.

—¡Justo! Hace quince días que me vine, y en el apuro del viaje, decidido en una hora, no tuve tiempo de "parar rodeo" de mis pesos, y aquí me tienes aguardando de un día para otro una remesa de cinco mil. Los esperaba hoy, pero no han llegado.

—¡Hombre! Si es por eso...

—Por eso no más; que si no, no era el hijo de mi madre el que contaba a otro la historia del 18. Te lo he dicho porque es imposible que no salga esta noche, porque tú eres mi amigo, más que todos esos del Bristol...

Profundo era el agradecimiento que experimentaba Macario hacia aquel buen muchacho, que no sólo le levantaba la lápida de su deshonra, con una consideración muy natural, que nunca se le ocurrió, sino que le daba pruebas de apre-

ciarlo más que a nadie, revelándole un secreto que era como darle la llave de oro de la fortuna.

—Si me lo permites — insinuó protectoramente, — yo te puedo habilitar...

—¡Oh, no, ni pensarlo! Con aguardar hasta mañana...

—Pero para qué aguardar, si...

—No, no, no; absolutamente—exclamó el pillo con un gran aire de delicadeza herida.

—Si te ofendes, no hay nada de lo dicho...

—Tanto como ofenderme no, porque eres tú, un amigo íntimo, quien me lo ofrece; pero...

—Pero pareces ofendido cuando debiera estarlo yo de que desaires mi ofrecimiento.

—¡Hombre!

—Vamos, hagamos un trato; yo te habilito hasta mañana, y tú te comprometes a no apuntarte al 18 esta noche...

—Si te empeñas...

—Me empeño.

—Entonces no me queda más remedio que aceptar.

—¡Vaya!... ¿Cuánto?

—Con... mil me basta por ahora.

"¡Caracoles! — pensó Macario. — Este nene muerde fuerte". Pero estaba tan agradecido, y luego el préstamo era por un día no más, que hizo callar una débil voz que protestó en su interior; sacó la cartera, y hojeando rápida y visiblemente los papeles de a mil, alargó uno rumbosamente al amigo.

—Gracias — dijo éste tomándolo con aire indiferente; y sin insistir mucho en mostrar su agradecimiento, porque el caso no era para tanto, citólo para la noche a la hora de la comida.

Macario se quedó en la rambla entre satisfecho y aturdido. En su atolondramiento, por ser grato a aquel tipo de moda, habíase enredado en su propia mentira, disponiendo del dinero de Mr. John como habría dispuesto del suyo.

No era pequeño el tarascón que acababa de darle; pero tanta fe habíale infundido la cábula de Recales, que procuró no pensar más en eso. Esa misma noche contaba con dominar a la ciega fortuna de tal modo, que podría pasarse sin Mr. John el resto de su vida... Estaba harto, harto de escritorio y de estrecheces.

Tarareando el aire de la Verbena, siguió a lo largo de la rambla, acariciándose el mentón con el puño de plata de su junco y pensando en la infalible combinación de su bienaventurado amigo.

XVI

LA RACHA

Lo que Recales había dicho, era cierto; en cuatro noches el 18 no había salido ni una vez.

Pero como si el ciego azar hubiera querido demostrar la imparcialidad con que reparte sus favores entre los números, esa noche el 18 se desquitaba..

Macario, frente a la ruleta del centro, con un montón de fichas y de billetes, perseguía con la mirada vidriosa y el corazón palpitante el giro vertiginoso de la bolita de marfil.

—¡Diez y ocho!—exclamó; y un puñado de fichas cayó bajo su mano.

Todas las fracciones del mundo político, todas las escuelas del mundo literario, todas las capas del gran mundo social, tenían sus representantes entre aquellos tahures de frac, que con una trágica atención, ávidos de la fácil ganancia o de la emoción intensa, seguían las alternativas del juego; no tan absortos que no se fijaran luego no

más en aquel afortunado mozalbete que jugaba con gestos de millonario.

Cuando cesaba el embriagador zumbido de la bolita de marfil, rompía el emocionante silencio una voz que cantaba: — ¡Diez y ocho!

—¡Diez y ocho!

—¡Diez y ocho!

Tres veces seguidas salió el 18, y fueron tres plenos para Macario, que no tenía ya dónde apilar sus billetes.

En otra mesa jugaba Recales, también con suerte.

La novedad de aquella martingala infernal atrajo multitud de curiosos.

En cada silencio, mientras los jugadores renovaban sus puestas y los ganadores convertían las fichas ganadas, oíase un nuevo saludo de alguien a quien la loca fortuna de Macario refrescaba la memoria, recordándole lo íntimo de su amistad.

—¡Hola, Sandes! Te felicito, hombre; vas a hacer saltar la banca.

Pero Sandes, temeroso de romper el encanto de su número, contestaba apenas con una sonrisa aturdida de hombre que no sabe dónde poner ni cómo digerir su felicidad, y volvía a escuchar la música deliciosa de la fortuna, que no tenía más voz que el áspero zumbido de aquel pedazo de marfil.

—¡Veintisiete!

—¡Catorce!

—¡Diez y ocho!

Tras cortos eclipses volvía el 18, y el montón de papeles azules crecía. En un instante de tregua contó ciento treinta billetes de a mil, y algunas docenas de amarillos insignificantes, como llamaba a los da a cien.

¡Más de cien mil pesos de ganancia!

Después, cuando recordaba el deleite supremo de manosear aquel libro de hojas azules, maldecía su loco empeño de seguir jugando.

¡Seguir jugando! Es la obsesión del jugador... Seguir jugando para hacer saltar la banca.

Pero Macario, que no tenía aún la sangre fría del jugador de profesión ni experimentaba la atracción irresistible de aquel seguir jugando, un momento fué asediado por la tentación de levantarse y echar a correr con sus billetes a través del campo, porque sintió pasar por sus venas, como un presentimiento, la impresión aguda y fría del que lo ha perdido todo.

Pero esa extraña delicadeza de los tahures, que los obliga a concluir el juego cuando ganan, y más que todo un nuevo pleno en que acertó y una maldición que oyó a uno de sus vecinos que murmuraba con ira: "esto tiene trazas de no parar en toda la noche", lo clavaron en su sitio.

Pero el 18 no salió más, y Macario no abandonaba su número.

Recales, que se le había acercado, viéndolo cambiar el primero de los ciento cincuenta azules que había apilado ya, porque las fichas y los

amarillos destinados a las puestas se habían concluído, díjole al oído:

—¡No te obstines, muchacho! Déjalo por esta noche.

Pero lo arrebató en su oleaje la fiebre del verdadero jugador; estaba como embriagado por la voluble bolita de marfil, que empezaba a traicionarle. Perdió la sangre fría y se empeñó en vencer a la mala fortuna, triplicando las puestas.

Aquello fué espantoso. Cuando el tirador de bola, con un gesto elegante y limpio, desencadenaba el torbellino de la rueda, Macario sentía que su corazón se hinchaba con una emoción enloquecedora y asfixiante.

Y la bolita infiel avanzaba a través de los números, se acercaba al 18, saltaba en él, lo volvía a pasar, tornaba a acercarse, y alguna vez, después de vacilar a su borde, se echaba atrás, como si le hubieran faltado fuerzas.

—¡Veintidós!

—Veintinueve!

—¡Catorce!

¡Nunca, nunca aquel maldito 18!

—No te obstines; la fortuna es caprichosa y no ama la violencia—murmurábale al oído tironéandolo de la manga Recales.

Pero Macario, con la endeble voluntad envenenada por la borrachera del juego, seguía clavado en la silla.

—¡Trece!

—¡Diez y nueve!

—¡Veintiséis!

Todos iban saliendo menos el 18.

Su ganancia había disminuído en la mitad. Aun era tiempo de levantarse.

Despertando como de un sueño, al dar las doce en el reloj del salón, sintió Macario otra vez el deseo punzante de echar a correr con aquel resto, que todavía era una fortuna; pero otra vez la coincidencia de cantarse el 18 cuando él se levantaba ya, lo clavó en la silla.

—¡Oh, el ingrato vuelve!—exclamó recogiendo sus fichas.

Pero fué una sola vez, y la pila continuó bajando, convertida en fichas que devoraba el rastrillo del "croupier", y Macario, en el vértigo del desquite, un desquite que nunca llegaba, vió poco a poco ir desapareciendo sus billetes. A las dos de la mañana no quedaba ninguno sobre el tapete.

Con los ojos saltados de las órbitas, la sonrisa petrificada en los labios, una sonrisa espantosa que había conseguido fijar en su rostro como una máscara, para hacer creer que la derrota lo dejaba impasible, buscó su cartera.

—¡Oh, aun hay para rato!—dijo soñando en los billetes de Mr. John. Pero al abrirla tuvo que hacer un esfuerzo doloroso con la vista para comprender que allí no había nada, nada...

—¡Me han robado!—iba a decir; pero recordó vagamente que al ocupar su sitio ante la ruleta había comenzado por apilar ostentosamente so-

bre la mesa los veintinueve billetes de Mr. John, con aquel necio afán de mistificación que le roía, como si fuera a deslumbrar a los jugadores, acostumbrados a ver pasar millones sobre el tapete verde, con la pobre exhibición de sus veintinuve mil pesos.

—¡Nada, nada!—repitió mirando estúpidamente a sus camaradas de un momento, con una mirada que era como una súplica y quería decirles "devolvedme el dinero que me habéis ganado, porque no era mío..."

Tambaleándose, con las piernas flojas y la cabeza horriblemente pesada, salió, y sólo, porque Recales lo había abandonado junto con la suerte, se dirigió a su cuarto a través de los desiertos pasillos del hotel.

—¡Oh, el miserable!—pensaba.

Entró en el bar. Pidió un whisky, después pidió otro, y cuando a la borrachera fría y dolorosa de la pérdida se mezcló la ardiente y aturdidora borrachera del alcohol, se fué a acostar, deseando vagamente que viniera el día para que lo despertara de aquella brutal pesadilla.

Pero la luz del día no le trajo ningún alivio.

Despertóse a las once, embotado, el corazón espantosamente oprimido por algo que no se le presentaba de golpe, pero que le iba viniendo a oleadas, inundándolo en una inmensa congoja.

Vestíase lentamente, con el descuido y displicencia de un hombre para quien el mundo se ha acabado, cuando entró Recales.

Era él el causante de todo, porque él lo arrastró a la sala de juego, adonde no pensó ir, y, sin embargo, no tuvo fuerzas para dejar de sonreirle con una sonrisa que quiso ser amable y resultó penosa.

—¿Lo perdiste todo?

—¡Todo!

—Yo también.

Mentía; había jugado con suerte esa noche, pero dijo aquello para salvarse del compromiso de ayudar a su camarada con el dinero que él le había prestado. Más tarde se lo devolvería, cuando hubiera ganado más.

Pero Macario no pensaba en pedírselo; ni siquiera se acordaba del préstamo.

—¿No te queda nada?—preguntó Recales.

Macario se registró los bolsillos.

—Cuarenta y ocho pesos—dijo sarcásticamente. —Anoche llegué a ciento cincuenta y dos mil...

—¡Es lástima! ¿Qué piensas hacer?

El joven lo miró sin responder; dióse vuelta, peinóse un rato ante el espejo, y después, con una gran indiferencia, como si fuera otro el que hablaba, dijo:

—Pegarme un tiro.

—Para eso hay tiempo siempre. Si tuvieras dinero..., digo, algo como para volver a tentar la suerte...

El otro hizo un amargo gesto.

—El 13 no ha salido anoche—siguió diciendo Recales.

—¡Bah! El 13 y el 18, todos son lo mismo.

—No; si hubieras seguido mis consejos, esta es la hora en que tendrías tus ciento veinte mil pesos ganados en una noche. Pero quisiste dominar a la suerte, y la suerte es así, se aleja hostil del que la violenta y se rinde al que la halaga.

Después de todo era verdad. Recales le enseñó la martingala afortunada; Recales le avisó a tiempo, justamente cuando había llegado a la cumbre de su fortuna, y si él hubiera seguido el segundo consejo como siguió el primero...

—¿Dices que el 13...?

—Sí; tengo el hábito de fijarme en los números que se empeñan en no salir; porque mientras más se demoran, más persisten después.

Macario no le escuchaba ya; en su cerebro golpeaba hasta aturdirlo la idea de otra martingala que le devolviera la perdida fortuna para aprovecharla mejor esta vez.

El desquite, la obsesión de todos los jugadores arruinados, contra la que nada puede la eterna experiencia, flotaba ante la imaginación de Macario con un doble hechizo, porque le ofrecía la riqueza y el honor inevitablemente perdido, si no podía restituír los treinta mil pesos de Mr. John.

Pero no tenía nada para comenzar.

—¡Si tuvieras algo!—repetía con convicción Recales, deseoso de infiltrarle bien la idea de que por su parte no podía ayudarle porque lo había perdido todo.

—¿Y la remesa de los cinco mil?—preguntó de pronto Macario.

—¡Ah, justamente!—exclamó Recales con una admirable sangre fría.—Acabo de recibir una carta de mi administrador... ; te la voy a mostrar...

Y el gran pillo sacó su cartera y se tanteó los bolsillos inútilmente, porque la carta no estaba allí, y probablemente ni había sido escrita, ni había tal administrador ni tales pesos.

Lo que no le impidió fingir una gran sorpresa.

—Me la he dejado; seguramente la tengo en el otro saco; pero es igual; dice que el treinta de este mes los mandará sin falta; ha tropezado con ciertas dificultades...

—¡El treinta! — pensaba Macario. — ¡Faltan diez días!

La salvación no estaba por ese lado; ni estaba tampoco en resignarse a comenzar con los míseros pesos que le quedaban, porque ese día tenía que pagar el hotel, según se lo advertía la pequeña factura que el mozo le había traído junto con el desayuno.

Pero lanzado en esa corriente, siempre con la idea de la revancha que le salvaría el honor y lo haría rico, la imaginación comenzó a trabajar.

Uno por uno fuéronsele ofreciendo todos los medios que conocía de conseguir dinero, y uno por uno fuélos rechazando por impracticables, hasta llegar al más desesperado, que acabó por incrustársele como un clavo ardiendo en la sien.

Temió que aquel pensamiento salvador y fu-

nesto se le pintara en el rostro, y se miró al espejo y miró a Recales.

No, nada; su rostro pálido, con máculas rojizas y profundas ojeras negras, no denunciaba más que la noche de emociones brutales que había pasado, y Recales, sentado en un silloncito, se ocupaba distraídamente en seguir con la contera del bastón los dibujos de la alfombra, mientras en su imaginación se combinaban seguramente algunas otras infalibles martingalas.

¡Bah! Nadie como él se reía de todo eso; si estaba uno de suerte, el número elegido saldría cien veces, y si no lo estaba, no saldría aunque no hubiera sido cantado en un mes entero. Él mismo se admiraba de la casualidad de su descubrimiento de la víspera, de aquel 18 destinado a hacer época en los anales del elegante garito.

Pensando en que había encontrado la salida del tenebroso callejón en que se había metido, y edificando castillos sobre la base de la nueva cábala que le llevaba Recales, la tétrica faz de Macario se volvió radiante.

—Ya encontré el filón—dijo a su compañero, que no pudo menos de notar el cambio.

—¿Una martingala?

—No, dinero.

Y como temeroso de traicionar su proyecto, se calló.

—¿Quieres almorzar conmigo? — preguntó a Recales.

—No, gracias; estoy invitado ya. Te dejo, mu-

chacho; hasta la noche y buena suerte. Iré a verte jugar, aunque yo... hasta el treinta esté inhibido...

La verdad era que Recales se despedía con una vaga inquietud. Su instinto de hombre vivo, aguzado por la experiencia de aquel mundo de escaso sentido moral en que vivía, hacíale recelar de los que encontraban dinero de pronto y de un modo tan misterioso, al menos mientras se aclarase el enigma.

—¡Veremos qué sale de ese filón!—pensó y se fué a dar una vuelta por la rambla.

Macario lo dejó salir, con una gran sensación de alivio.

El medio que había encontrado era de difícil preparación y no tenía tiempo que perder.

XVII

HACIA EL GRAN MISTERIO

—El fin justifica los medios — se dijo para animarse; y sacó de su valija una libreta de pagarés.

Cerró la puerta de la habitación, ensayó la tinta y la pluma que había sobre la mesa y se puso a la obra.

Sabía que lo que iba a hacer estaba previsto y castigado por el Código penal; pero era tan endeble ese argumento para contener la pasión del desquite, que en su espíritu ni siquiera se libró la gran lucha entre el bien y el mal, sugestionado como estaba por el zumbido de la ruleta.

Además se trataba de salvar el honor, cuestión de vida o muerte, dominando aquella fortuna voluble como una coqueta.

Iba a sacarle provecho a aquellas disposiciones de dibujante, en que su tío cifrara la esperanza de verlo convertirse en un Cao que ilustrara con el tiempo la nota política de "Caras y Caretas" y

que al fin de cuentas se reducía a una prodigiosa facilidad de reproducir exactamente lo que copiaba.

En los cursos inferiores de la Academia, mientras sólo se trató de copiar modelos, fué el primero; pero cuando llegó al dibujo del natural y a la composición, fué de los últimos, porque en él no había un artista sino una cámara obscura, como le dijo una vez el profesor.

Y bien; ahora no se trataba de dibujos complicados; nada era tan sencillo como reproducir al pie de uno de los formularios de pagarés la firma correcta de Mr. John, tan conocida de él.

Buscó una carta del inglés que tenía en el bolsillo, y la desplegó sobre la mesa. Limpió la pluma, la ensayó varias veces en otros papeles, escribió lentamente primero, después con rapidez, graduando la velocidad, la inclinación de la letra y de la mano, la tinta, todo, pero aquello no salía. Era una burda imitación, sin los elegantes perfiles de la hermosa caligrafía de Mr. John.

Comenzó a ponerse nervioso y a llenar de firmas y de rúbricas pliegos y más pliegos, y cada vez peor; no salía.

—¡Bah! ¡Cámara obscura! — se dijo con rabia, enjugándose el sudor de la frente.

Parecía inútil insistir; el pulso se le había puesto trémulo y la vista turbia, y lo que comenzó por imiginarse un juguete, se transformaba en un arte inaccesible.

Y, sin embargo, mil veces, por broma, había

imitado aquella maldita firma, siempre con asombroso parecido. Recordaba que un día escribió de un tirón toda una carta a Julio, con la letra de Mr. John, participándole que sus relaciones con Lidia debía darlas por concluídas, por tales y cuales razones, y el pobre muchacho se estuvo toda una tarde preocupado con la esquela y esperando al padre de su novia, que no vino, como de antemano lo sabía Macario.

Todo había estado admirablemente fingido, hasta el estilo y el castellano incorrecto y acriollado de Mr. John. Y aquella vez que la cosa era seria, en vano buscaba su antigua habilidad; sólo le resultaban groseras imitaciones.

Lleno de desesperación, viendo más clara su salvación en aquel medio que intentaba, por lo mismo que se le hacía más difícil, echóse sobre el canapé mordiendo con rabia el cabo de la lapicera.

—¡Si cambiara la pluma!—pensó.

Y sólo entonces se acordó de aquel detalle; Mr. John no usaba más que plumas "Perry", siempre muy nuevas, y la que él tenía en la lapicera era "Leonard", de punta redonda.

En su alegría por el descubrimiento, dió un salto hacia la campanilla y llamó largamente al mozo para pedirle las plumas que necesitaba.

El pulso se le había tranquilizado ante la seguridad de acertar esta vez. Cuando volvió el mozo con la caja de plumas pedidas, ni siquiera aguar-

dó que él se fuera, y casi en su presencia escribió su nombre con la letra de Mr. John.

¡Oh, aquello era distinto!; y sin ensayar una vez siquiera, sin mirar al modelo, con una soltura de mano admirable y de un solo rasgo, trazó al pie del pagaré la firma de Mr. John Smith.

No había más que pedir; la imitación era perfecta.

Venía entonces la otra cuestión, la cantidad, el plazo y la casa en donde había de descontar el pagaré.

Tenía que ser en Bahía Blanca y con el menor plazo posible, porque se prometía retirarlo en cuanto la suerte le devolviera su dinero.

Escribió a ocho días vista, ante una de las casas más conocidas de Mr. John, y al fijar la cantidad vaciló un poco. Estaba tan seguro de que el 13 sería tan infalible como el 18, que casi hizo la bravata de poner una suma insignificante, apenas lo justo para comenzar; pero pensó que de hacer las cosas había que hacerlas bien, y con el pulso seguro estampó seis mil pesos.

Almorzó, pagó el hotel y después de tomado el pasaje para Bahía Blanca, miró sonriendo el estado de su portamonedas; sólo le quedaba un peso, lo justo para el coche, cuando la noche anterior había tenido ciento cincuenta mil, y pronto tendría doscientos mil, por lo menos, ¡oh, estaba seguro!

Completo honor hicieron en Bahía Blanca a la firma del millonario inglés...

A las nueve de la noche Macario se paseaba por la rambla de Mar del Plata con sus seis mil pesos en el bolsillo y una sonrisa de triunfal seguridad en los labios.

Quería tomar un poco de fresco antes de ir al Bristol, que poco a poco se iba llenando con su clientela habitual.

Cuando a su vez entró él, chocóle un poco la indiferencia con que le devolvían el saludo.

Pero no hizo caso, pensando con cierta alegre ironía que muchos no tardarían en ir a palmearle las espaldas. Recales no estaba aún.

Tomó asiento, y temblando un poquito hizo su primera puesta al 13.

Silbó la bolita de marfil y comenzaron a vivir su vida febril los jugadores.

Macario sonreía; la fortuna se hacía rogar, pero vendría, ¡oh, sí vendría!, todo consistía en no alterarse; qué bien había echo en sacar sus seis mil pesos; podía con ellos aguantar un buen rato la mala racha.

Pero partía trepidando la bolita de marfil, y corría, corría desbocada a través de los números como si no quisiera detenerse en ninguno, y cuando su velocidad disminuía y latían con fuerza los corazones y se detenía, no era el 13 el número que cantaban, era el 18, que volvió a estar de vena.

La sonrisa había desaparecido del rostro de Macario y comenzaba a desaparecer también su calma. Desconfiando de su número, lo cambió,

y como si eso hubiera bastado, el maldito 13 salió dos veces seguidas. Aquello le hizo perder la sangre fría y volvió a jugar a la desesperada, sin pensar más que en dominar con la audacia de sus puestas a aquella loca fortuna, que le parecía ver corriendo, indiferente y coqueta, sin detenerse nunca en su número, nunca, nunca...

El zumbido funesto de la ruleta llegó a marearlo. Como en un sueño lejano veía la sala de juego turbia de humo, las mesas verdes, las grandes arañas luminosas, las caras ansiosas, las manos febriles que se abalanzaban como garras sobre las fichas u hojeaban los billetes, la voz monótona del tirador de bola y las palabras roncas de despecho, que rompiendo todas las fórmulas urbanas se escapaban de cuando en cuando a los desengañados.

Todo se fundía en una nube, que no sabía si era el humo de los cigarros o era su locura.

Sólo la vertiginosa rueda con sus casillas numeradas se le aparecía con una terrible nitidez, y su pequeño montón de dinero que se iba, se iba con sus esperanzas, con su honor, con su vida. ¡Oh, sí, con su vida!

Cuando llegó al último de sus billetes de cien, sin haber ganado ni una vez siquiera, soltó una carcajada, y estrujándolo se levantó de su asiento.

—¡No estoy loco todavía!—murmuró riendo con una risa macabra,—éste es para el pasaje.

Pero antes de irse, quiso ver el resultado de aquella jugada en que él no tenía ninguna puesta.

¡Maldición! ¡Su número por primera vez!

Se sentó de nuevo, y como no tenía fichas arrojó su último billete todo arrugado, y cuando la bolilla se plantó lo miró estúpidamente desaparecer, barrido por el inexorable rastrillo.

Era temprano todavía, y saliendo de la sala de juego se fué a tomar aire sobre la playa, adonde se agitaba rugiendo el mar.

En la arena húmeda, lamida por las olas, se detuvo.

La noche era profundamente obscura. A lo lejos veíanse las luces de las casas, y desde allí venía, a oleadas, traída por la brisa, la batahola de aquel mundo febril que corría tras el oro, tras el placer, tras la vida...

¡La vida! ¿Qué valía? Viendo el mar que llegaba rumoroso, desarrollándose como una inmensa tela flexible, hasta donde él estaba, y volvía a encogerse, llevándose sus olas, sus rumores, sus fosforescencias, su extraña vida misteriosa, comenzó a sentir el vértigo de vivir la vida del monstruo, de buscar la quietud de sus cavernas, con todos los seres que él guardaba en sus entrañas, entre los que había muchos que como él habían ansiado la negra paz para reposar el cuerpo azotado por la fiebre y el alma rendida por la pasión insaciada.

Pero las voces de unos paseantes nocturnos que recorrían la playa, lo hicieron huir de allí con asco del mundo y de la alegría, y hambriento de soledad.

Refugióse en su cuarto, llamó al mozo para que le trajera whisky, y cuando el alcohol lo envolvió en su nube cálida, se metió en cama y riéndose de su estupidez, que le hacía considerar las cosas peores de lo que eran en realidad, se durmió profundamente.

—¡Cincuenta pesos para irme!—decíale a Recales al otro día,—a cuenta de los mil que me devolverás cuando puedas.

Aunque Recales asegurábale que estaba absolutamente fundido, sacó un billete y se lo entregó a Macario, que ese mismo día se volvió a Buenos Aires.

—Para matarse hay tiempo,—pensó; y como su calaverada podía ocultarse aún ocho días, aferróse a la vida con la esperanza de encontrarle alguna salida al abismo.

No era sólo la cuestión del pagaré falsificado; era algo más urgente, los treinta mil pesos que debía entregar a Mr. John en cuanto llegara.

Pero puesto en el tren de falsificaciones, inmediatamente encontró la solución haciendo otro pagaré con la firma de los compradores de cereales.

Demasiado sabía que no tardaría en descubrirse todo; pero al borde del suicidio, adonde su desventura y su inconciencia lo arrastraban, se asía con desesperación a cualquier subterfugio.

Tenía que inventar también una historia para explicar ese pagaré aceptado en lugar del dinero contante que le debieron entregar, pero su ima-

ginación estaba extraordinariamente fecunda y la inventó, y Mr. John cayó en la trampa o aparentó caer.

Esa misma noche fué a lo de los Smith.

Entre aspavientos y comentarios diéronle la noticia de que no tenía que pensar más en Angelina, porque ella así lo había determinado.

—¡La presuntuosa!, ¡cuánto honor le hacías!—dijo misia Tere.

—Esto es—agregó Javierita;—pero como la señorita es hija de príncipes, se guarda sin duda para el gran duque Cirilo, que dicen que nos visitará el año que viene.

—O para el zarewitz—insinuó Lidia, que también despellejaba a la prima.

Ni la nueva, ni sus comentarios, después de sus recientes emociones brutales, pudieron producirle gran impresión; al fin él no estaba enamorado ni poco ni mucho de Angelina, y si había emprendido su conquista era con el entusiasmo que despiertan las campañas de esa índole.

Pero como se le volvía terriblemente difícil disfrazar el verdadero estado de su ánimo delante de todos, fingió afectarse mucho con la noticia que le daban, y así el aplastamiento moral en que ya venía sumido, apareció a los ojos de todos el resultado de la ruptura.

—¡Pobre muchacho!—suspiraba misia Tere, observando que las frívolas historias mundanas que a ella la hacían temblar de indignación, a él, que llevaba en el alma una montaña de remordimien-

tos, le dejaban indiferente y abstraído.—¡Pobre muchacho! ¡Quiera Dios que no sea esto para mal!

A la mañana siguiente, persistiendo en su empeño de disimular hasta el fin, fué a la oficina, y mientras abría la correspondencia para que Mr. John la leyera así que llegara, quedóse yerto, viendo en uno de los sobres el membrete de la casa en donde había descontado el primer pagaré.

La sorpresa y el miedo de la avalancha que vió venírsele encima lo dejaron un momento inmóvil; pero después, pensando que aquella carta muy bien podía referirse a otra cosa y deseoso de tranquilizarse, la abrió y la leyó.

El pliego tembló en sus manos a la primera línea. Esa vez iba de veras; la falsificación había sido descubierta, porque no estando en los hábitos comerciales de un potentado como Mr. John Smith el descontar pagarés por pequeñas cantidades en plazas distantes, después de hecha la operación, se despertaron las sospechas del gerente de la casa, y el cotejo de letras las confirmó.

En aquella carta fría y lacónica, en su formulismo comercial, que el desgraciado leía trémulo de horror, hacían la denuncia.

Era el comienzo del fin; quizás el otro correo no más, aclararía la historia del documento de los treinta mil.

Mejor era acabar de una vez con aquella into-

lerable angustia que le estrujaba el corazón como un torniquete.

Metióse la carta en el bolsillo, y acercándose a Julio, lo palmeó en el hombro, con un enorme esfuerzo para fingir amabilidad.

—Estoy algo enfermo—le dijo,—me voy; díselo a tío cuando venga.

Julio, con quien las relaciones andaban algo destempladas, lo miró con indiferencia; pero al ver aquellos labios blancos, apretados, que dejaban escapar las palabras como un soplo, aquella sonrisa mecánica, aquella faz lívida, se asustó.

—¿Qué tienes?

—No estoy bien... el estómago ...—murmuró Macario, y salió antes que Julio le hiciera otras preguntas.

Hacíale daño la mirada noble, tranquila y algo triste de su amigo, que podía tener hondos pesares, pero que no conocía las horrendas angustias que a él lo estrangulaban.

A la media cuadra sacó la carta y volvió a leerla: "Tenemos el honor de comunicar a usted que en un pagaré de fecha...... por la suma de seis mil pesos, a ocho días, descontado en nuestra casa, personalmente por el señor Macario Sandes, ha sido falsificada su firma.

"Deseando resolver este asunto a la brevedad posible, enviámosle el dato para que usted obre en consecuencia".

No era una pesadilla; allí estaba terminante la denuncia, en aquella hoja de papel, escrita a má-

quina, como para que fuera más cruel e implacable.

Iba por Florida, y la vista de las gentes afanadas y presurosas, que desfilaban por la acera, como un reguero de hormigas, que se atropellaban para pasar pronto, que se absorbían en los negocios del mundo que para él nada significaban ya, tan abstraídas en sus cosas que habrían leído en su rostro la historia de aquella borrasca y habrían pasado indiferentes, hízole sonreir con amargura. ¿Cómo podían vivir, cómo podían luchar, cómo podían correr tras un puñado de oro sin caer en cuenta de que su vida y su lucha y su carrera febril en pos de las riquezas no eran más que locuras y ridiculeces vistas desde el borde del gran misterio?

Todos ellos, buscando esa tarde en los diarios la noticia comercial, el chisme político, la nota social, tropezarían con la mancha trágica de su retrato, en la sección policial, encabezando un suelto que leerían con curiosidad, pero sin mayor emoción.

Después de caminar algunas cuadras se calmó un poco su nerviosidad, pero aferróse más en su espíritu su insensato propósito como una cosa inevitable y fatal.

Entró en una armería y se compró un revólver que le había gustado viéndole en la vidriera. Era pequeño, muy elegante, todo niquelado, parecía una joya.

Al pagarlo tuvo ganas de bromear.

¿Es cierto que afirmando bien el cañón contra el cráneo, la bala no penetra?—preguntó al armero.

—No he hecho la prueba,—contestó el otro con una sonrisa, atendiendo a los clientes.

Macario salió. Tenía su habitación no lejos de allí; pero la idea de encontrarse con objetos familiares, que le evocarían tantos recuerdos, enfriándole quizás su tremenda resolución, le quitó el ánimo de ir a ella.

Tomó un coche.

—Al "Metropole"—ordenó.

Siempre son los hoteles los puntos de cita para esas macabras aventuras.

Mientras el coche rodaba por el asfalto lustroso, pensaba Macario en que aquella era la última vez que recorría la hermosa avenida, y miraba los edificios, la gente, el movimiento, con curiosidad, como lo miró todo la primera vez que llegó a Buenos Aires.

¡Qué niño era entonces y qué provinciano! Todo le admiraba, todo era nuevo; deteníase largas horas ante las grandes vidrieras, y se pasaba el día recorriendo las calles, sin rumbo, perdido muchas veces, pero encantado de aquella extraña independencia de verse solo, en medio de tanta gente desconocida. Con una sonrisa escéptica, pero bien amarga, recordaba que entonces un peso en sus bolsillos le daba aplomo de capitalista.

Hablaba tímidamente a los mozos de hotel, a los cocheros, a todo el que lo servía. Después había

aprendido a tutearlos, y fué una de sus grandes conquistas el adquirir el lenguaje presuntuoso y descortés de la juventud elegante.

Todas las visiones de su vida porteña iban desfilando en su memoria con una claridad y una precisión dolorosas para él, que las evocaba casi desde el otro lado del mundo.

¡Qué lejos quedaba todo eso! Apenas podía creer que fueran sus propios recuerdos los que así pasaban ante su vista, como los árboles de la avenida en la carrera del coche, aquella carrera que por momentos le parecía fantástica, como una caída en el vacío, como si le cubriera ya los ojos el manto negro de la muerte.

En el cuarto del hotel, uno de esos cuartos sin fisonomía propia, igual a todos los cuartos de todos los hoteles, se encontró más a su gusto. Estaba allí como un viajero de paso para comarcas lejanas; no sentiría dejar nada, porque nada era suyo ni había despertado en él ese apego que engendran las cosas familiares.

Pidió papel y tinta, y borroneó una larga carta para su tío, exponiéndole su resolución y echándosela en cara como a uno de los causantes de ella.

Pero cuando hubo concluido y la leyó, encontró el lenguaje tan falso, tan hueco, con la afectación de sentimientos que siempre habían estado a mil leguas de él, que le disgustó. ¡Qué diablos!, el viejo había tenido razón siempre.

La rompió y escribió otra con un gran epígra-

fe: A mis amigos, que era como una proclama en que se despedía del mundo, ya que el mundo lo rechazaba, negándole la felicidad y el amor, que tanto había anhelado y que sin duda merecía.

Pero ésa resultó aún más falsa y la rompió también.

Sentóse un rato en un sillón para combinar una tercera carta; pero como las ideas se le ofrecían menos claras a medida que corría el tiempo y se apoderaba de él la sensación de su muerte próxima, no pudo hilvanar ni una frase.

Acordóse de Angelina que lo había rechazado también, y pensó que en los primeros momentos su muerte caería sobre la inocente, como si hubiera sido la causa, y a pesar de la enorme injusticia que entrañaba la idea, no le disgustó del todo. ¡Bah! ¡Qué le importaba a él que ella soportara los reproches con que la agobiaría la indignación de misia Tere! Una vez del otro lado, vería las cosas del mundo distintas y muy lejanas o no las vería absolutamente, lo que quizás era mejor.

Pero era necesario dejar algo escrito, porque eso es lo tradicional en aquella clase de viajes. Como no podía pensar por su cuenta, recordó unos versos de Lamberti, se levantó y borroneó esta estrofa:

"No maldigas al alma que se ausenta,
Dejando la memoria del suicida;
Nadie sabe qué fuerza, qué tormenta
La arroja de las playas de la vida".

Y firmó: "Macario Sandes".

Ahora sólo le quedaba apurar el mal trago. Sacó el revólver, lo contempló un rato, lo tanteó, jugó con él, buscando en todo eso una dilatoria, porque, al acercarse el momento trágico, sentíase invadido por un pavor inmenso.

Pensó que quizás con un poco de dignidad, de valor moral y de perseverancia, podría rehabilitarse ante la sociedad; pero calculando cuánto tiempo tardaría y cuánta fuerza de voluntad importaba la regeneración de su carácter viciado, se sintió más cobarde ante la vida que le imponía deberes y responsabilidades, que ante la muerte que se le presentaba como uno de esos abismos de donde no se vuelve más y alrededor de los cuales se han urdido mil leyendas.

Para conjurar el miedo, llamó y pidió al camarero su bebida favorita, whisky; quería emborracharse.

Pero pensando, con su perpetua frivolidad, en el espanto que se apoderaría del mozo, si al volver lo encontraba muerto, se paró, montó el revólver y se puso frente al espejo.

Estaba lívido y temblaba; la mano no conseguía agarrar bien la culata del arma. Cerró los ojos y se asomó con el pensamiento al gran misterio adonde iba a hundirse; recordó que cuando pequeño, en los tiempos tan lejanos en que su madre vivía, la pobre mujer le había enseñado a rezar... ¿Pero habría Dios? ¿Habría otra vida?

¿Habría quizás...? ¡Bah! ¡A buena hora le entraban esos escrúpulos!

Abrió los ojos sintiendo los pasos del mozo que volvía.

Tenía un lunar en la sien; pensó que allí era un buen sitio para meter la bala y acabar con aquel pequeño punto negro con que alguna vez había presumido; ya las vanidades del mundo le importaban tan poco.

Como sintiera otra vez que su pensamiento, como un náufrago, se asía a cualquier cosa para huir de la idea fatal y dilatar el momento, se resolvió. Acercó el arma a la sien, sobre el lunar; y cómo el pulso tembloroso le impedía apuntar, ya que temía frustrar su intento si afirmaba sobre la carne, con aquella duda que el armero no le había resuelto, apuntó bien y para que la bala no se desviara, sostuvo el cañón con la otra mano...

XVIII

¡HASTA CUANDO, SEÑOR!

Leía en su cuarto Angelina una de las novelas que Mr. John le había regalado, cuando entró María Esther toda espantada.

—Hay una cosa triste — le dijo sentándosele en la falda y abrazándola, como si comprendiera que en todas las cosas tristes había una parte para su amiga.

—¿Para mí? — preguntó Angelina.

—No sé, para todos... Macario...

—¿Qué?

—Macario se ha suicidado..., lo dice "El Diario", y en la sala todas están llorando, y te echan la culpa...

Angelina se puso de pie, como si le faltara el aire, adivinando todos los rencores y todas las injusticias que iban a caer sobre ella.

—¡Hasta cuándo, Señor!, hasta cuándo!—murmuró desde lo íntimo de su corazón angustiado.

Vaciló un instante y después dijo:

—Voy a la sala, quiero saber...

—No, no vayas.

—Quiero oir...

—No vayas, Angelina.

—Voy, tengo que ir.

—No vayas, te harán llorar—suplicó la pequeña cerrándole el paso,—no vayas.

Angelina se desprendió de ella dulcemente y fué.

Las tres mujeres estaban en la sala, juntas, sobre un sofá; coreando con gemidos la narración del suicidio que Javierita leía por quinta vez en "El Diario". Misia Tere era la más conmovida; llevaba ya tres pañuelos puestos a la miseria con su inacabable dolor.

Pero como si la fuente de sus lágrimas se hubiera secado de golpe y como si toda su pena se trocara en indignación, irguióse, y con el brazo extendido lanzó una imprecación contra Angelina, que muy triste y muy conmovida entraba en ese instante.

—¡Afuera! ¡Tú eres! ¡Tú!

En el gesto, en la palabra, en el cuadro, vió la niña el implacable rencor de todos contra ella, y sintió que a ella también la ahogaba una oleada de pasión.

Pero acostumbrada a dominarse, ni un músculo de su rostro reveló el tremendo combate que se libraba en su espíritu.

Se dió vuelta, y murmurando para sí la queja

"¡hasta cuándo, Señor!", entró en su cuarto, donde la esperaba María Esther llena de miedo.

¡Oh, allí estaba el refugio, allí la paz, allí el consuelo!

Estrechó a la niña contra su corazón, fuerte, fuerte, como para fundirla consigo, y la retuvo un largo rato, bebiendo en su inmenso cariño la energía que necesitaba.

La pequeña lloraba devolviéndole sus caricias, buscando sentir en su espíritu infantil lo que debía sentir su amiga, aquel dolor complejo que ella no comprendía, pero que adivinaba grande y amargo.

Cuando Angelina pudo hablar, la palabra brotó mansa y dolorida.

—¿Pero crees que se haya muerto por mí? ¡Si no me quería! ¿Has creído nunca que me quería? No soy yo la causa; no puedo decir cómo lo sé, ni por qué se habrá muerto, pero estoy segura de que yo no soy la causa de esta desgracia... ¿Lo crees así, mi vida? ¡Si no me quería, si no podía quererme tanto como para matarse por mí!—y buscaba la respuesta en los ojos, en la palabra de su amiguita.

—Yo también creo que no te quería tanto, tanto... Julio sí, Julio te quiere, ¿verdad?

—No hables ahora de Julio—dijo Angelina rechazando el triste y dulce recuerdo, porque en ese momento en que estaba de su parte toda la razón no debía buscar un consuelo donde hubiera una sombra siquiera de injusticia.

Tenía en el espíritu la convicción profunda de que Macario no se había suicidado por ella.

¿Qué males, qué tristezas, qué amarguras en su vida fácil no habría podido templar en el amor si hubiera amado?

Acostumbrada a ahondar en su propia conciencia, si algo hubiera habido escrito en aquella alma desgraciada que así se hundía en la eternidad, lo habría leído.

¡No; no se había muerto por ella!

En todo el día no salió de su cuarto. Al anochecer trajeron el cuerpo para velarlo.

Las tres mujeres, vestidas de negro, pasáronse buena parte de la noche al lado del cajón.

Misia Tere, contemplando a la luz de los blandones, convertido en capilla ardiente el gran salón donde Macario había estado la noche antes, no podía menos de recordar a sus compañeras, en medio de sus sollozos, aquel rostro desbordante de salud y alegría, que ella misma, al darle la cruel noticia, cubrió de tristeza.

¡Oh! ¡Malhaya la hora en que por su buen corazón hizo entrar en su casa a aquella mujer!

Como si lo trágico de la muerte hubiera triplicado el cariño que la dama profesaba al sobrino, lloraba todas las lágrimas de sus ojos, jurando que no se iba a olvidar nunca de aquel pobrecito a quien Dios habría perdonado seguramente, en gracia de su desesperación, como no perdonaría jamás a la que causó su desgracia.

—¡Esto es, nunca, nunca!—sollozaba Javierita.

—¡Mire cómo se troncha en flor una existenci tan preciosa, por un capricho de coqueta!

Lidia, en un rincón de la sala, después de llora un rato por el pobre primito a quien tanto querí y otro rato por el veraneo en Mar del Plata qu se les frustraba, consolóse bastante pensando qu a su fisonomía de rubia le sentaría admirablemen te el luto.

Don Víctor y Julio, que habían corrido con la primeras diligencias, entraron juntos en la sal y se arrimaron al cajón. El coronel, con una ex traña nerviosidad, se martirizaba el bigote.

—¡Qué locura, hombre, qué locura! ¡Cómo s no hubiera más mujeres en el mundo!

—¿Pero cree usted?...—insinuó Julio por se gunda vez, en voz muy baja.

—No sé, no sé; bien puede ser que haya otra causas, pero no aparecen; ni una palabra ha de jado escrita, sino ese versito que nada dice; va mos, si es por ella...

Julio no insistió. Dolíale en el alma que ell anduviera mezclada en aquel asunto, porque sabí cuántas tristezas le iban a causar.

Corrían otros tiempos para él; ya su pensa miento no huía de ella; lejos o cerca, la recordab tal como la vió en la glorieta, dejándole adivina su corazón en sus palabras y en sus silencios Ella le había dado valor; por ella, que todo lo so portaba con dulzura, sufría también él, y callab por llevar la mitad de la carga que hasta enton ces ella había llevado sola. "¡Sea fuerte!"—le dij

—¡Oh, qué fuerte sería en sus propias tribulaciones! Pero era débil ante las cosas que iban a herirla a ella, y en aquel episodio adivinaba una gran injusticia contra la inocente.

Mr. John, que hacía media hora se paseaba inquieto por la galería, asomóse al salón, y con un gesto los llamó a los dos. Antes que nadie él tuvo noticias del suicidio, por un comisario de policía que fué a comunicárselo.

Cuando llegó al hotel encontróse con el cadáver del pobre muchacho tendido en la cama. Entregáronle el papel con los versos de Lamberti y una carta comercial dirigida a él, hallada en los bolsillos del joven. Era la misma que determinó el suicidio y que en su apuro por abandonar el mundo se olvidó de destruir.

Mr. John sintió al leerla una piedad infinita hacia el desgraciado a quien la vergüenza había muerto.

—¡Oh, el pobre muchacho!—pensó;—no tenía agallas ni para ser malo.

Dejó a don Víctor y a Julio el encargo de correr con el entierro y se fué a arreglar el feo asunto.

Cuando a la tarde se vió libre y pudo volver a su casa, ideando la frase con que había de comenzar la relación del suceso, encontróse con que todo se sabía ya por "El Diario".

Hacía mucho tiempo que misia Tere, advertida por Javierita, mucho más suspicaz que ella, habíase dado cuenta de que su marido protegía tímidamente a Angelina; por eso cuando lo vió

entrar, por nada del mundo hubiera perdido la ocasión de darle una embestida, clamando con un acento plañidero, cortado por los sollozos que estallaban en el pañuelo.

—Ven acá, Smith— exclamó desplegando el periódico, — ven a ver nuestra desgracia.

—Sí, ya sé—murmuró el inglés, satisfecho de no tener que dar él la noticia.

—¡Ah! ¿Lo sabes ya? ¿Pero sabes por qué ha sido? ¿No sabes que es ella la que lo ha muerto?

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—¡Esa mujer!—clamó la dama agitando el papel como una bandera de combate y clavando la primera banderilla a su marido. — ¡Esa mujer a quien en mala hora trajiste a mi casa! ¡Mira lo que nos cuesta! ¡Mira cómo con sus coqueterías nos está matando a los de la familia! ¡Oh, Dios, para cuándo, para cuándo tu justicia!

Y Javierita coreaba:

—¡Esto es, para cuándo!

Mr. John frunció el ceño.

—¡Ah! ¿Ustedes lo interpretan así? ¿Con esa ligereza juzgan las cosas para echarle el perro muerto a una inocente?

—¡Sí, es ella, es ella la causa!

—No; es otra la madre del cordero.

—¡Atrévete a defenderla y creeremos que eres su cómplice!

—¿Sí? Pues crean lo que se les dé la gana; yo no me cansaré de repetírselo; no se ha muerto por ella.

Dió media vuelta y salió, vacilando en si volvía y les leía la carta que su mano estrujaba en el bolsillo o las dejaba en su error. Pero había venido resuelto a no revelar el triste secreto del muerto mientras pudiera callar; y para poder guardarlo y consolar al mismo tiempo a la que sufría con su silencio, se fué al cuarto de Angelina. Estaba todavía con María Esther.

—Hijita—dijo a la pequeña,—¿quieres ir a jugar al jardín?

La niña salió y Mr. John se acercó a Angelina.

—¿Cómo va sobrina?—dijo tomándola una mano.—¿Sabe ya lo que hay?

Angelina hizo señas de que sí.

—Bueno; me alegro de no tener que comunicárselo; ¿se lo dijo Tere?

—No, María Esther. Tía está disgustada conmigo.

—¡Ah! ¿Por qué?... Bueno; ya sé por qué...

—¿Y usted cree?...

—¿Qué?

—Que se haya muerto por...

—¿Por usted?

—Sí, por mí... ¿Lo cree?

—¡No!

Fué tan sincero el no, que Angelina dió un suspiro de alivio como si le quitaran un gran peso de encima, y poniendo en los hombros de Mr. John sus dos manos, apoyó la frente en aquel pecho paternal.

—Sin embargo..., ellas lo creen... y lo dicen —murmuró.

—No te aflijas, hija mía—contestó él volviendo al tú que abandonaba en ciertas ocasiones y acariciando los cabellos de la niña;—tú sabes cómo es mi mujer de extremosa; hoy te crucificará y mañana se dejará arrancar el corazón por tí. Esto pasará.

—No, no pasará, porque él se ha muerto dejando así las cosas; él no era mi novio ni lo fué nunca; vea, tío, ni siquiera me quería, estoy segura.¡Oh! Nadie me lo ha dicho, pero yo estoy cierta de que no se ha muerto por mí; ¿no cree que tengo razón?

—Sí; creo que es otra la causa.

—Entonces cuénteselo a todos los que digan que he sido yo.

—¡Bueno, bueno!

—Dígaselo a tía, dígaselo a Javierita, a Lidia, al coronel, a Julio, a todo el mundo. Esta sospecha me pesa como una montaña. Yo no soy capaz, usted sabe que yo no soy capaz de hacer a nadie un gran daño.

—Bueno, hija, no llore—dijo Mr. John conmovido por aquella inalterable bondad;—yo les diré a todos que usted no tiene nada que ver en esto; no se aflija, no llore, no piense más; déjelo todo en mis manos...

Y salió del cuarto y fué a pasearse al vestíbulo adonde llegaba de cuando en cuando el rumor de

algunos exasperantes sollozos de la impresionable tía del muerto.

—¡Bah! — murmuraba disgustado. — Nunca lo ha querido tanto como para que lo llore así.

A ratos, cuando su mujer o Javierita decían algo, siempre alguna recriminación para la causante de aquello, veníanle ímpetus de entrar a leerles aquella carta que lo explicaba todo. ¡Diablo, lo primero era ser justo! Pero conteníale el respeto que inspira el dolor.

Don Víctor y Julio, que acababan de llegar, acercáronsele; pero como Mr. John no hablara una palabra, volvieron a la capilla ardiente.

—¡Qué locura!—iba diciendo don Víctor. —¡Cómo si no hubiera mujeres en el mundo!

Mr. John lo oyó; ¿también él lo interpretaba así? Vaciló un rato, y por fin se decidió.

Y los llamó a ambos.

—Oiga, coronel, y oiga usted, Julio: ¿creen ustedes que Macario se ha muerto por Angelina?

—Yo no sé—respondió don Víctor,—pero eso es lo que aparece; y si así fuera, ¡qué locura!...

—No, no es así; háganme el favor de leer esta carta; después juzguen.

Entrególes Mr. John el papel que era la clave del misterio, y con las manos atrás comenzó a pasearse, haciendo resonar el mosaico bajo sus trancos firmes.

—Lo primero es ser justo... ¡Qué diablos!—murmuró disculpándose.

Cuando le devolvieron la carta la dobló cuidadosamente y la guardó.

—Mala cabeza, ¿no es cierto? ¡Ahí tiene usted lo que son los muchachos metidos a hombres! Un poco de franqueza para contármelo todo, y otro poco de viril resolución para enmendarse, habrían salvado la situación. Un hombre que se mata por un puñado de pesos comete una cobardía. Una cobardía para confesar y regenerarse con una vida nueva, honrada y laboriosa... Nunca es demasiado tarde para ser hombre de bien; pero no tienen el valor de tomar la vida como es, con sus deberes y sus responsabilidades, y creen arreglarlo todo con una bala. ¡Cómo si con matarse arreglaran nada! Se borran ellos, pero la mancha no se borra; esa queda para siempre. ¡Malas cabezas! ¡Pobre muchacho!

Y una inmensa compasión se difundía por el rostro noble y sereno de Mr. John, que recomenzó sus paseos a lo largo de la galería, hundido en sus pensamientos y murmurando las palabras del Salvador.

—El que esté libre de culpa tire contra ellos la primera piedra, ¡qué diablos!

XIX

EL DIQUE Y LA OLA

Era tan feliz Angelina con su pobre amor escondido, que en sus visitas a don Anselmo ya no le dejó penetrar como antes su secreto, con miedo de que el buen sàcerdote destruyera la humilde ilusión en que ella había encontrado su paz.

Corrían llenas sus horas de un encanto indecible, y su corazón vivía satisfecho con lo que otro hubiera muerto de hambre.

Bastábale mirarlo de lejos, en las noches de visita, cuando cruzaba el vestíbulo iluminado, cuando se asomaba a alguna de las ventanas que deban al jardín, cuando al irse trasponía la puerta de cristales buscándola a ella con la triste mirada.

Adivinaba que su pensamiento vivía lleno de su imagen, que se iba pensando en ella a quien pasaba días enteros sin ver; y la misma tristeza que estaba segura de causarle, era como una extraña alegría de sentirse amada.

Un día María Esther le llevó una hoja toda escrita, arrancada a un cuaderno y que venía doblada hasta formar un pequeñísimo paquetito.

—Me lo dió Julio para tí—le dijo.

La desplegó temblando: llevaba un número de compaginación; una fecha, 13 de enero, y una hora, 12 de la noche.

Recordó Angelina que, en la sierra, habíale contado Julio que llevaba siempre un diario donde anotaba sus impresiones, y comprendió que aquella era la hoja escrita la tarde en que los dos estuvieron en la glorieta.

Al darse cuenta de ello, sintió un impulso de curiosidad tan grande, que aun segura de turbar su paz leyéndola, tembló ante la idea de pedir consejo a don Anselmo.

"Hoy he estado con ella — decía el diario de Julio. — Por un momento volví a verla como era antes, y he sido feliz. Tenía la inmensa ilusión de hablarla a solas, porque de ese modo la hallaría tal como es; y todos mis sueños dormidos se han despertado. He comprendido que el tiempo no ha pasado para ella, y en medio de la felicidad de sentirla fiel, he sufrido la mortal angustia de mi soledad.

"Su palabra, su gesto, su mirada, como antes, me han dado valor. "¡Sea fuerte!" me ha dicho al salir, y he sentido caer en mi corazón esa palabra como una orden. Seré fuerte; seré fuerte y resignado como ella.

"Mi pobre, mi dulcísima Angelina, ¡qué bien sabes querer tú! Tú que triunfas de la ausencia y del olvido y de los celos. Me mandas ser fuerte, y yo sé que tu palabra quiere decirme: Ama, pero no a mí. Y yo, que era débil y egoísta, ahora, que voy leyendo claro en tu espíritu, seré fuerte por parecerme a tí...

"Pero ¿podré serlo?"

Angelina comprendió que el envío de aquella hoja de diario, días después de haberla escrito, quería decirle: ¡Soy débil!

¡Pero cómo llegaron a su corazón aquellas frases intensas y resignadas!

Como si un viento de marzo barriera sus buenos propósitos, pensó en la injusta tristeza de su vida. ¿No tenía también ella derecho a su parte de alegría en este mundo?

Miraba hacia atrás sus años y sumaba sus instantes de dicha; ¡cuán pocos! Recordaba su juventud, solitaria y fría. Un día llegó la primavera para su alma, que floreció como los naranjos. Después vino el invierno y cayó sobre ella la escarcha del olvido, Habían pasado tres años, y ahora, cuando volvía a brillar el sol, un sentimiento delicado que allí no adivinaba nadie, ni nadie le agradecía, hacíale cerrar sus puertas para que no le llegara ni el amor ni la vida.

Y no sufría ella sola; él también. ¿Tenía ella derecho de seguir la senda austera que se había trazado, cuando al pasar hería el destino de otra alma?

Volvió a leer la página del diario, y las palabras del amado hirvieron como lava: "Todos mis sueños dormidos se han despertado".

¿Por qué habían de dormir siempre aquellos pobres sueños? ¿Podía condenar a la soledad a aquella alma hermana cuando estaba en su mano hacerla feliz, recibiendo también ella su parte de felicidad, porque su deber, lo que creía que era su deber, así se lo marcaba? ¿Pero era ese verdaderamente su deber? ¿Lo que creía bondad no era, por ventura, soberbia?

Moría la tarde; era la hora tranquila en que más la asaltaban sus pensamientos. Maquinalmente habíase ido arrimando a la ventana abierta.

Sin saber de dónde, en la ola de perfumes en que la envolvía el jardín, venía algo como el olor campestre de la sierra.

Por ese extraño poder que tienen los aromas de despertar antiguas sensaciones, evocó de golpe el paisaje del arroyo.

Era de mañana y cantaban las cigarras y gorjeaban los pájaros y del fondo del sauzal venía el arrullo tierno de las palomitas.

Se vió de nuevo sentada sobre las piedras, bajo los sauces, cerca de la jaquita y al lado de su amigo que le decía palabras que ella en vano había querido olvidar.

El arroyo corría a sus pies con rumor cariñoso, besando la punta de su látigo, y ella, vergonzosa y triste, no atreviéndose a mirar a su amigo, se-

guía con la mirada húmeda una flor que huía en la corriente.

Comparó entonces su dicha con la pequeña flor; y había acertado.

¡Qué sueño, qué sueño! ¡Hubiera durado siempre; hubiera dormido ella la vida entera soñando el cuadro de aquella inolvidable mañana, sola con él, oyéndolo hablar de amor y sintiendo llegar con sus palabras la voz quejumbrosa del sauzal!

Cerró los ojos y vió el mismo cuadro algo cambiado: ella no era ya la novia, era la esposa; y él murmuraba en su oído las eternas palabras, y en su corazón, que era una flor abierta, caía el amor como un rocío...

La entrada de una sirvienta la arrancó a sus pensamientos.

Era Micaela, la mucama de Lidia, que hacía tiempo la seguía como una sombra.

—Dice la niña Lidia que si quiere ir al corso la espera; ella está vestida.

Angelina, disgustada de que la hubiera sorprendido en aquella actitud meditativa, estuvo tentada de dar las gracias y quedarse, aduciendo cualquier razón; pero, acostumbrada a vencerse, contestó simplemente:

—Dígale que no estoy vestida; pero que si quiere aguardarme un cuarto de hora, la acompañaré con mucho gusto.

Y se vistió rápidamente.

Los primeros días de la muerte de Macario habían sido para ella bien amargos, porque en

las ocasiones en que se encontraba con misia Tere o Javierita, tenía que dominar su dignidad herida por los reproches que leía en sus miradas.

Misia Tere había tomado a pecho como una madre el trabajo de llorar al muerto, y era de ver, en las innumerables visitas de pésame que recibía, suspirando y restregándose la nariz con el pañuelo, el rosario de elogios que hacía del pobre muchacho.

De cuando en cuando escapábasela una frase indiscreta o torpemente velada que iba a herir como un latigazo a la causante de todo aquello, que no aparecía nunca en la sala.

Todos creían en la novela que había urdido misia Tere, y suspiraban con ella cuando llegaba el desenlace trágico.

—¡El pobre! ¡Cómo si no hubiera mujeres en el mundo! — solía añadir por vía de epílogo Javierita, que había aprendido de don Víctor aquella frase y la repetía con fruición.

Pero un día las visitas no oyeron más la trágica exclamación de misia Tere: "¡Ay de la causante de todo esto!", porque Mr. John, que había luchado en vano por convencerla de que era otra la causa del suicidio, acabó por mandar a paseo la memoria del muerto, para cuidar la honra de los vivos, y sacó la famosa carta y la leyó a las dos mujeres.

Misia Tere había quedado lívida; Javierita indignada. ¡Aquello era una calumnia!

¡Cómo calumnia! El había retirado y tenía en

su poder los dos pagarés falsificados. Lo primero de lo primero era ser justo; si ellas le hubiesen hecho caso y se hubieran callado la boca, se habrían ahorrado aquella mala noticia; y aun había algo más, sólo que con eso bastaba por entonces; pero si volvían a las andadas...

Si misia Tere no salía porque no tenía espíritu para paseos, Lidia, en cambio, deseosa de lucir su luto que le quedaba muy bien y que al fin y al cabo era bien ligero, salía más que antes, acompañada de Javierita, que no amaba el encierro.

Pero una tarde Javierita no pudo ir con ella, y Angelina fué invitada.

Lidia se alegró mucho de la nueva compañera y hablóle como nunca, de sus ilusiones, de sus amores, de sus penas, porque en su cabecita de muñeca, más que en su corazón, también había penas; y cuando volvieron a casa, los pensamientos de Angelina habían cambiado de dirección.

¡No! Ella no tenía derecho de turbar la dicha de su linda prima, tan alegre con su traje de luto, tan feliz con su automóvil y su novio.

¡Oh! ¡Las penas que Lidia le contaba con tanta seriedad, cómo cabían en el hueco de su mano!

Bendito paseo que había venido a tiempo de contener la ola que amenazaba romper el dique de su voluntad fatigada.

Esa noche, al cerrar la ventana de su cuarto,

sintiendo en el aliento del jardín el mismo perfume que esa tarde la había hecho soñar despierta, pasó por su imaginación el cuadro del arroyo, el dulce sueño...

—¡No, no, no! — dijo llena de lágrimas la voz, sacudiendo la cabeza para echar lejos, lejos, aquel pensamiento que la turbaba.

Dormir eternamente, vivir sin pensar, vivir como los niños, amando siempre, pero sin pensar, porque con sus pensamientos llegaba la ora que combatía su dique. ¡Qué iba a ser de ella si cedía! ¡No, no, no!

XX

LA CALMA EN EL MAR INQUIETO

Micaela, a quien Javierita había convertido en centinela de Angelina, llevó a aquélla la noticia de que don Víctor había conversado largamente con ella en la glorieta, y que ella habíalo condecorado con una rosa, sin duda porque no había jazmines.

Y era que el coronel, perdido con el triunfo un poco del entusiasmo que en él había despertado su conquista de la huérfana de Leoni, volvió a torcerse los bigotes en honor de Angelina.

"¡Como si no hubiera mujeres en el mundo!" pensaba Javierita viéndolo descarrilado de nuevo.

Parecía que a don Víctor le hubiera llegado entonces la época de la cordura, pues sorprendíase a sí mismo cavilando.

¿Qué se hacía él en su soledad? ¿De qué servían el lujo y las comodidades amontonadas en su hotelito de la calle Maipú?

Desde algún tiempo atrás, quizás desde que

vió a Angelina, sentía cierto despego hacia la vida de célibe, de la que teórica y prácticamente había hecho brillantes apologías delante de la desesperada Javierita.

A sus ojos la existencia tomaba otro color. Sus teorías iban aflojándose como un barril puesto al sol, y más de una vez, tendido en una hamaca paraguaya donde dormía la siesta, consideró que al matrimonio quizás le pasa lo que al león; que no es tan malo como lo pintan.

Algunos de esos pensamientos debió dejar traslucir en casa de los Smith, porque las esperanzas de Javierita retoñaron un día, aunque para perder muy pronto sus brotes; don Víctor declaraba categóricamente que le gustaban las mujeres de veinte para abajo.

—Sí, sí; al burro viejo le gusta el pasto tierno—dijo socarronamente Mr. John.

Y con don Víctor aceptara aquello riéndose, Javierita insinuaba melancólicamente que el pasto enfardado es quizás menos florido, pero también menos indigesto.

Cuando el coronel, antes de la muerte de Macario, perdió las esperanzas de conquistar a Angelina, dedicóse a Magdalena Leoni, y acabó por preguntarse cómo quedaría ella dueña de casa, en su hotelito.

Allí estaba el marco natural de la gentil florentina, que tenía en sus venas sangre de nobles.

Pero de la noche a la mañana, aquel tenorio impenitente que había logrado despertar en

Magdalena todo lo que puede haber de amor y de confianza en el corazón de una mujer que se entrega, orientó sus velas hacia otro rumbo.

¿Comprendió él qué drama se desenvolvía en aquella alma que él había ganado y que ahora abandonaba?

Angelina, ignorante de los asuntos de Magdalena, sintióse halagada viendo tornar a ella la amistad de don Víctor, que un momento pudo creer comprometida por aquella absurda historia del suicidio.

Y aceptó con agrado sus atenciones que hacían consumirse de celos a Javierita.

Una tarde encontróla don Víctor en la glorieta leyendo las Rimas de Bécquer.

Tomóle el libro y comenzó a hojearlo.

—¡Versos, versos! Mira sobrina, yo no conozco más versos que los del himno nacional y me parecen bastante malos.

—Si conociera los de este libro no hablaría mal de los versos.

El coronel leía saltando las páginas. De pronto miró a Angelina que llevaba una rosa en el pecho, y sonriendo le leyó una estrofa que era una delicia:

—¿Cómo vive esa rosa que has prendido
Junto a tu corazón?
Nunca hasta ahora contemplé en la tierra
Sobre el volcán la flor.

Angelina soltó una alegre carcajada.

—Se la regalo, tío; — dijo desprendiéndose la rosa, que él se apresuró a poner en el ojal — así estará tranquilo por la suerte de esta pobre flor, y ella vivirá sobre el hielo.

Fué esa la rosa de que Micaela hizo el cuento a Javierita.

A punto estuvo don Víctor de quemar sus naves; vínole como un vértigo y un torbellino de palabras llegó hasta su garganta..., pero no pasó de allí.

Angelina adivinó el combate que se libraba en el espíritu de su amigo, y temerosa de la declaración que veía inminente, como fuera ya la hora en que ella, que hacía de jardinera desde algún tiempo atrás, regaba sus flores, dejóle allí plantado y volvió al rato con una manguera que arrojaba una ducha de agua pulverizada; pero no vino sola, sino con María Esther.

Don Víctor miraba encantado el cuadro de la niña que bañaba sus plantas, con un amable placer de hacer bien.

—Angelina—díjole acercándose,—no es sólo el himno nacional; también sé otros versos.

Y el coronel, que tenía una hermosa voz, tarareó la música de una zarzuela viejísima y cantó bajito:

Antoñuelo se me acerca
Cuando riego mi rosal,
Y echarle agua me es preciso
Para hacerlo retirar.

Angelina sonrió amenazándolo con la manguera. Pero fué todo lo que don Víctor dijo aquella tarde. No se explicaba cómo aquella muchacha lo volvía tímido, y ante ella las frases de amor se anudaban en su garganta.

Hacía algún tiempo que misia Tere había despedido al jardinero, y como aun no hubiera encontrado otro, substituyóle Angelina, que había hallado en el cuidado de sus flores una ocupación más en que entretener sus actividad y su espíritu.

Regándolas, podándolas, cuidándolas cuando estaban enfermas, como a criaturas humanas, vínole una vez la idea de un proyecto que entonces acogió con una sonrisa, pero que no tardaría en desarrollar hasta el heroísmo su corazón fácil para el bien.

Todos los días visitaba a don Anselmo, y escuchaba los consejos de que antes había querido huir, con un gusto indecible, como si la caridad que respiraban las palabras del buen viejo, fueran un bálsamo para su corazón y la voluntad de Dios estuviera entrando en él.

¡Qué hermosa paz había logrado edificar sobre el inquieto mar de su pasión!

Julio, aquel tímido Julio con quien se encontraba algunas noches en la sala o en el comedor, porque misia Tere había extremado su cariño hacia él y lo obligaba a concurrir más a menudo, mirábala con una muda súplica.

—¡Soy débil!—quería decirle,—no puedo más... ¿Me manda aún ser fuerte?

Pero ella, que no quería leer esa mirada, porque agitaba su mar, pasaba indiferente y tranquila, diciéndole con su modo:

—¡Sea fuerte! Ya ve, yo lo soy.

Sí, era fuerte, pero a costa de cuánto trabajo.

Y aun no estaba segura.

Temía oir su palabra suplicante; temía leer en sus ojos la queja de su corazón; temía verlo llegarse a ella vencido y cobarde, a pedirle una tregua.

¿Cómo hubiera podido rechazarle sin herirlo? ¿Y cómo hubiera podido herirlo si en su existencia solitaria era aquel grande y puro amor una bendición de Dios que caía sobre su alma afligida?

Alguna vez pensó en que aquella fuerza fecunda era el alma de su madre que desde el cielo descendía hasta ella. Porque si era buena, si era humilde, si era fuerte, a su amor, a su gran amor lo debía.

¿Qué habría hecho ella sin lo que era el resorte de su vida?

¡Pero cuántas veces, al dormirse, cuando recostaba su pobre cabecita cansada de no pensar, porque más le costaba huir de sus pensamientos que dejarse llevar por ellos, sucedióle ver en sueños el cuadro de su felicidad truncada!

Y al otro día, cuando en medio de sus tareas la asaltaban las dulces vanidades del sueño, en el que no había tenido culpa, pero en el que su corazón había vivido un momento de vida

dichosa, era la lucha tremenda para arrancar de raíz aquel sentimiento prohibido.

¡Cómo enervaba su voluntad la extraña dicha que había quedado en su alma como el dejo de un filtro mágico!.

Pero luchaba y triunfaba, y su amor a Julio, inmenso y tranquilo como un mar amansado por su constancia y por el nuevo espíritu que le infundían las palabras del viejo sacerdote amigo, iba transformándose en amor a la humanidad.

¡Qué profunda, qué dulce paz!

XXI

LA INUTIL VICTORIA

Era la víspera del Carnaval. La familia de los Smith, tentada por don Victor, que les escribía desde Montevideo, adonde lo habían desterrado momentáneamente algunos chismes políticos relacionados con la revolución del 4 de febrero de 1905, se marchaba a la capital uruguaya por toda la semana.

La más entusiasmada era Javierita, y a ella se debía que misia Tere hubiera consentido en renunciar por un tiempo a su aparatoso dolor. La verdad era que aunque la dama se obstinaba en seguir llorando al sobrino, estaba interiormente aburrida de su manía.

Tras larga lucha venció por fin Javierita, que más que la muerte de todos los sobrinos del mundo había llorado la ausencia de su gran hombre, y que ansiaba rendirlo a fuerza de flores en los corsos.

Molestábale, sin embargo, la idea de que An-

gelina estaría allí para estorbarle su triunfo, porque ya para ella no era un misterio que el codiciado solterón estaba a punto de perderse por la muchacha. Por eso fué inexpresable su gozo, cuando la víspera del viaje la oyó decir:

—Lo que siento es por mis flores, que van a sufrir; no hay jardinero todavía... Y también por don Anselmo, que está enfermo y los sirvientes no lo sabrán cuidar.

Javierita volvió hacia ella los ojos suplicantes. Por primera vez la miraba así.

—¡Quédese!—decíale aquella mirada, mientras hablaba con su voz meliflua:

—Esto es; el pobre está bastante mal; hoy lo fuí a ver, y si no hay quien lo cuide...

—Si les parece podría quedarme yo—insinuó Angelina.

A misia Tere, que en todo veía complots y que no había hecho los sutiles razonamientos de Javierita, no le agradó la idea; pero arrastrada por ésta, dijo al cabo:

—Bueno, quédate; estarás sola y podrás regar las plantas a tu gusto.

María Esther, que había seguido ansiosa el debate, suplicó a su vez:

—Yo también me quedo.. para acompañarla...

—No, nadie la va a comer.

—Déjame que me quede, mamá; a mí me aburre el corso...

—He dicho que no, y no.

Y bastó que le entrara la convicción de que sus revoluciones eran irrevocables, y de que era necesario cortar aquella amistad, para que las súplicas de la pequeña, decidida a dormirse en los corsos, se estrellaran en la inflexibilidad de la madre.

Sintiólo en el alma Angelina porque cada día iba queriendo más a su cariñosa amiguita, pero había en ella, que maduraba en su espiritu cierta idea, un gran deseo de soledad y de retiro, y se consoló viendo la tranquilidad en que quedó sumida la casa desde que todos partieron.

Javierita se iba radiante; Lidia loca de gusto porque Julio las esperaba en el vapor, y misia Tere suspirando porque aquel viaje recordábale otro hecho en épocas más felices, en que iban todos, todos... y aquel todos se refería a los muertos...

Bajo el grupo de naranjos que sombreaban su rincón encontró Angelina a don Anselmo, sentado en su viejo sillón de cuero, dando pez al arco de su violín, dormido desde hacía tiempo por orden de misia Tere.

—¡La pobre ha sufrido tanto con esta desgracia!— díjole el viejo que continuó frotando las blandas cerdas contra la gastada pez, — que la música le lastima el ánimo..., todo lo contrario me pasa a mí, pues me lo endulza. Cuando estoy encolerizado, como al rey Saúl el arpa de David, mi violín me calma.

Viendo la dulzura de aquel semblante evangélico por el que parecía correr la serenidad de

la conciencia como un río tranquilo, Angelina sonreía pensando en las cóleras del anciano.

—Ahora que no está la pobre, voy a ver si no he perdido del todo el pulso.

La música de don Anselmo tenía una expresión singular; a pesar de su ignorancia completa de la técnica del arte, al tocar ponía en las notas su ingenuidad dolorida, llena de eterna esperanza...

Angelina, desde que lo oyó tocar "Tutte le feste", sentía miedo por el violín del señor Paganini, un miedo infantil de dejarse envolver por un hechizo.

Vamos, me alegro de que esté tan animoso; sería bueno, sin embargo, que se acostara temprano—dijo apresuradamente, viendo que don Anselmo había concluído de dar pez y comenzaba a afinar precisamente con la frase de Rigoletto que ella temía. — Tengo que hacer algunas cositas y regar mis plantas; volveré más tarde y le traeré flores para sus santos...

Y se alejó huyendo del espíritu del pasado, temerosa de que se destruyera la obra de transformación que se operaba en ella.

Pero como si el corazón le anunciara un gran peligro, tembló entera cuando al llegar a la galería oyó sonar la campanilla.

Corrió a refugiarse en su cuarto, con un presentimiento de lo que iba a suceder.

No se había equivocado.

Era Julio que venía a hablarla humildoso y

triste y que temblaba casi más que ella, que apenas pudo responder a su saludo.

Angelina entró en la salita cuyo balcón daba sobre el jardín interior, y él la siguió.

Comprendía que se iba a librar la gran batalla, y firme en sus propósitos, cerró su corazón a la ternura y habló la primera.

—Yo lo creía en viaje

—No, no he ido; me he quedado con el pasaje en la cartera... ¿Para qué ir? ¡Van tantos que a mí no me necesitan!

—No diga eso; usted sabe que Lidia iba contenta porque estaba segura de que usted iría.

—¿Sí?... No creo...

—Ahora estará disgustada; usted conoce lo impresionable que es... ¿Por qué le da ese disgusto?

—¡Bah! ¡Lidia, Lidia! Se consuela fácilmente. Si el traje que mañana va a estrenar, ya sabe usted, el traje de fantasía de Mme. Carraud, produce efecto y la miran mucho, estará contenta. Si no, ¿qué quiere usted, que la consuele yo que no puedo con mis propios pesares?

—Usted es cruel; está herido, no sé por qué ni por quién; ella es buena y cariñosa y bonita, ¿no es cierto que es bonita?; ¿por qué, pues, piensa así de ella, usted que la conoce todavía mejor que yo? ¡Es gusto de hacerse daño! Yo no sé por qué siempre ha de haber en nosotros mismos otro ser maligno que se empeña en hacernos sufrir; cuando no tenemos la felicidad, somos modestos, sus-

piramos por ella y con cualquier cosa nos contentamos; cuando la tenemos, somos soberbios y la desdeñamos, y la arriesgamos, y la perdemos muchas veces... ¡Raro modo de ser!, ¿verdad?...

Hablaba lentamente, casi sin conciencia de lo que decía, como si fueran sus propios pensamientos que se asomaran a sus labios.

Se calló, porque le chocó el tono confidencial en que se había expresado. ¿Por qué había dicho eso? ¿que tenía que ver con el asunto?

El le contestó:

—Sí, tiene razón; somos así; buscamos la dicha donde no está...

Su palabra era vaga, su frase tímida; por último se decidió a entrar en la cuestión, y, sin mirarla, siguiendo con los ojos el dibujo de la alfombra, dijo:

—Angelina, ya lo habrá adivinado; he venido por usted.

—Ha hecho mal—contestó ella con firmeza.

—Bueno, sí, he hecho mal; ¿pero qué iba a hacer? No tengo ánimo para otra cosa; hacía ocho días que no la veía y tenía sed de verla; viéndola sufro; es como si su visión me quemara el alma, pero no viéndola me muero... En vano cada vez que venía miraba hacia el jardín por si alcanzaba a ver siquiera su silueta; usted nunca está allí, y, sin embargo, las flores eran antes sus amigas...

—Ha hecho mal, ha hecho mal; muy mal—repitió ella con vehemencia, más para sí que para

Julio, porque desde el fondo de su sacrificio, nacía una voz que ahogaba sus palabras duras... ¡Dios! ¡Que acabara pronto aquel martirio; que se fuera!...

—Sí, lo sé, he hecho mal, pero no me lo diga más; me duele, me extravía oirla hablar así; soy débil, perdóneme, pero no puedo más. Quise ser fuerte, pero me ha vencido el recuerdo, ese recuerdo que yo no puedo matar, de los días en que era feliz..., ¡en que éramos!, ¡usted y yo!, y he querido hablarla, porque tengo una infinidad de cosas que decirle..., de cosas tristes.

—No, usted no tiene nada que decirme a mí; sus confidencias son de Lidia..., a mí nada, nada.

—Sí, sí, bueno; pero no hable de Lidia; déjeme pensar sólo en usted, un momentito, sólo un...

—No, ni un momento... Usted no debe...

Se levantó ofendida, queriendo terminar la escena; pero él se quedó sentado suplicándole con la mirada que lo escuchara un momento.

—No me arroje de aquí—murmuró dulcemente—como me ha arrojado de su corazón... ¡Soy débil!

—Una vez me lo dijo; yo le contesté: "¡Sea fuerte!" ¿Lo ha olvidado ya?—preguntó ella de pie, soberbia, inaccesible, dura...

—¡Ay! Le tengo envidia a usted que sabe ser fuerte, o que ha sabido olvidar... Quizás es más fácil olvidar que ser fuerte...

La miró por si hallaba en su expresión una respuesta, pero Angelina era una estatua... Bebió

un momento la amargura de aquel silencio desdeñoso y continuó:

—También yo querría ser fuerte, pero no puedo. Antes vine en busca de un poquito de su fortaleza, pero ahora no; ahora vengo en busca de un consuelo. Ya no tengo derecho a pedírselos; pero la he querido tanto, he sufrido tanto, he llorado en silencio tanto, tanto, que si fuí culpable estoy redimido... Usted no sabe lo que es amar así, usted no sabe lo que es sufrir así, usted no sabe lo que es estar a cada hora, a cada minuto, temblando por un secreto que querríamos ver a la luz del sol y que debemos guardar, que nos tortura y que, sin embargo, no cambiaríamos por nada del mundo, porque es lo único nuestro que hay en nosotros, porque en medio del cansancio es un aliento, en medio de la lucha es una esperanza, en medio de la noche es la luz, la luz del camino que hemos de seguir... Angelina, usted no sabe lo que es amar así, ¡no sabe, no sabe!

Ella lo miró; estaba palidísima; tenía los labios apretados fuertemente para no traicionar el suyo; ¡su pobre secreto de amor ignorado!, porque su dique iba cediendo ante la ola... Sin saber qué fuerza la obligaba a hacer lo que no quería, se volvió a sentar.

El continuó sin mirarla:

—He visto morir todas mis ilusiones, como esas luces del altar que se apagan una por una; pero en medio de la noche me quedaba esa luz.

Es más fácil olvidar, pero yo no quiero, tengo miedo a esa calma fría; sufro mucho amándola, sufro tanto que a veces creo volverme loco, pero ni aun así quiero olvidar; a veces le pido a Dios que se acuerde de mí, pero no le pido nunca descanso ni olvido, le pido amor, amor ¡y fuerzas!

Se puso de pie; ella creyó que se iba y lo miró compasivamente para no dejarle la amarga impresión. Pero no se fué; al contrario, acercósele más, sentándose a su lado en una butaquita baja y continuó abriéndole su corazón.

—Yo no puedo amarla; yo no debo amarla... ¿Con qué cara, a usted que es la justicia misma, voy a pedirle perdón y olvido de mi culpa, cuando mi perdón sería una injusticia?

—No, no lo sería; pero no tengo nada que perdonarle...

—No hable así, Angelina; no sea cruel; dígame que sí tiene qué perdonarme; dígame al menos que si tuviera me perdonaría...

—Bueno..., si tuviera lo perdonaría...

—¡Qué frías son sus palabras! No importa, escúcheme; quiero contarle todo. Usted no sabe lo que es el desamparo en que me encuentro; usted no sabe cómo está mi corazón de acongojado; sólo en usted pienso, sólo con usted sueño... ¡Benditos sueños! En ellos soy feliz, porque en ellos vuelvo a los días pasados, porque en ellos vuelve usted a ser mía, como era antes..., ¿se acuerda, Angelina?

—No hable así—suplicóle ella con dulzura, con-

movida por la tristeza de su voz y sintiendo un placer infinito en no herirlo con palabras hostiles. ¿No sabe que eso está muerto y enterrado?; ¡a qué volver sobre esas cosas? No hablemos de eso.

—Bueno, sí, usted es como una reina y manda; pero ahora prométame escucharme; sea buena y déjeme leer su pensamiento; será la última vez que hable de estas tristezas, ¡lo juro!; después volveré a ser fuerte, como me lo ha ordenado; pero necesito saber qué piensa, qué siente; saber si me ha perdonado, saber si me odia...

—¡No, no, no!

—Saber si me ama... un poquito...

—No hable así, por favor; eso pertenece al pasado...

—Eso será en adelante toda mi fuerza — interrumpió él, acercando más la butaca. — Contésteme; vea, si me contesta, no diré nada más, y me iré, dichoso con su palabra; pero la necesito, será como una luz en medio de mi noche, de mi eterna noche; será mi fuerza en medio de mi cansancio y de mi desesperación... ¿Qué diría si mañana me cupiera la suerte de Macario?

—¡Oh, por Dios, no hable así! Usted no haría eso. ¿Verdad que nunca, nunca haría eso?—preguntó ella mirándolo a su pesar con una ternura inmensa, y añadió con voz muy baja y muy dulce, como un suspiro que él casi no oyó:—Yo me moriría de pena...

—No, nunca; la amo tanto Angelina, y es tan abnegado y tan puro ese amor, que aunque en mi

vida no hubiera más resorte que ése para alejarme del abismo, ese bastaría...

Quiso volver ella a su frialdad, pero volvió él a sus palabras ardientes; y como la ola del amor y del dolor iba creciendo, creciendo, en el alma de Angelina, y sus labios no podían contener el torrente de amargos reproches que en ellos se agolpaban y en sus ojos temblaban las lágrimas, para que él no comprendiera lo que le pasaba, levantóse y salió al balconcito que daba al jardín.

¿Por qué siempre sus dolores o sus alegrías elegían la hora del crepúsculo para nacer o para morir?

Por entre la fronda estival de la arboleda, pasaba el alma del jardín con un pequeño rumor doliente y era un vientecito manso, que se impregnaba en perfumes, estremeciendo las hojas, y subía en oleadas hasta el balcón.

Iba cayendo la noche silenciosamente, como si la naturaleza contemplara absorta el nacimiento de las estrellas que, una a una, se encendían en el cielo cada vez más azul.

Angelina miraba el firmamento buscando sus conocidas, como si quisiera adivinar por ellas el secreto de su destino.

Julio, palpitando de esperanza, de una loca esperanza, acercóse al balcón y murmuró bien cerca de ella:

—¡Qué calma! ¡Qué dulzura! ¿No parece una tarde de la sierra?

Ella no contestó, pero en su memoria se encendieron los viejos recuerdos.

De pronto se estremeció, porque al fondo de la huerta, en las alas del viento, llegó como la voz del pasado, indecisa, impregnada en nostalgias, la música de Rigoletto, que don Anselmo tocaba en su violín, con su rara expresión, mezcla de pena y de alegría.

¡Cómo tembló por su paz! Julio le habló, adivinando su emoción.

Sintió así derrumbarse toda su fortaleza. ¿Qué culpa tenía ella? ¿Por qué Dios la sometió a aquella prueba, y por qué la abandonó en el instante en que el pasado se juntó con el presente y con el porvenir, evocados por las palabras de Julio, para vencerla anegándola en una enervante dulzura?

—¡Mi música!—le dijo él—, ¿se acuerda? ¡Hace tres años! No sé cómo los he contado, porque me parecen siglos. El domingo pasado sentí como nunca todo el poder de esa música. Iba a misa, a la misa a que iría usted, y en la calle oí que la tocaba un organito. No sé si estaba bien o mal tocada; sé que fué una evocación, y que entré en la iglesia con el espíritu lleno del pasado. Usted estaba allí; la miré largo tiempo, saturándome en esa aureola que la rodea: ¡es tan distinta de cuantas mujeres he visto en mi vida! Después salí antes que nadie.. ¡Cómo me dolía el corazón! Me fuí, me encerré en mi cuarto y lloré

a solas. Las mujeres creen que los hombres no sabemos llorar...

Ella se había recostado contra la celosía del balcón... No tenía fuerzas; el torrente de vida, de amor, de dicha..., ¡porque era dichosa!, se la llevaba consigo. Su corazón olvidado, a cada palabra suya, latía como una palomita asustada. Era débil, era mujer, era amante. Cuando él la nombraba con la triunfante pasión de otros tiempos, sentía la turbia corriente que la arrastraba hacia él, a amarlo, a sentirse toda suya, a confesarle su amor, como antes, a la margen del arroyo en la mañana inolvidable de la despedida.

No quería pensar; habría querido morir allí, anegada en su efímera dicha.

El volvió a hablar:

—Angelina, ¿no me dice nada? Yo querría, ya que nada puedo pedir, querría ver un instante lo que hay en su pensamiento, se me ha olvidado, si...

Ella no contestó; pero como él se quedara en silencio aguardando la respuesta, volvió la cara para que él no viera cómo sus labios figuraban la dulce palabra que nadie oyó:

—¡Te amo!

El no comprendió, mas su invencible esperanza lo ofuscó, y habló con vehemencia.

—Angelina, yo he visto en sueños el cuadro de nuestra felicidad en un porvenir que no vendrá nunca: mía, en un rincón ignorado del mundo,

dejando correr el tiempo como un río de amor y de vida, sereno y cubierto de flores.

—¡Oh, no! — protestó ella, mansamente.

Pero él prosiguió:

—Yo sé que es una mentira, pero sería tan fácil transformarlo en verdad... Yo trabajaría a su lado con más valor y confianza; seríamos felices.

Hubo un momento de silencio en que los dos pensamientos persiguieron la misma visión.

—Si se viene conmigo, ¿quién llorará su ausencia?... ¿Qué hay en el mundo que tenga derecho a separar las almas?

—El deber — murmuró ella con pena, por decir algo, no porque en ese instante creyera que el deber podía hacerla desgraciada.

—¡El deber! ¿Quién lo ha hecho a ese deber? ¡Usted, Angelina! ¿Y quién cae en cuenta de lo que hace por cumplir con ese deber que aquí nadie adivina, ni nadie agradece?... No piense en él..., sea egoísta por primera vez. Nadie la extrañará cuando haya partido. No faltará algún buen cura que nos case y después huiremos; a nadie hace falta aquí, donde nadie la quiere... ¿Quién llorará su ausencia?

El recuerdo de María Esther invadió de pronto el indeciso espíritu de Angelina y fué el pretexto que necesitaba su voluntad para hacerse firme en la terrible pendiente... ¡Ella!, la amable chiquita, la lloraría; y pensaría que no la había querido nunca. ¡Oh, no le causaría esa pena!

Alejóse del balcón y habló con dureza para que sus palabras fueran irreparables.

—¡No, no! Eso está mal; no me hable así; usted no tiene derecho; me ofende; déjeme, váyase.

—¡Angelina!

—Sí, váyase; yo no puedo oirle hablar de ese modo; piense lo que diría la gente de mí, si supiera que está usted aquí; no me comprometa, sea caballero conmigo y con Lidia.

Y no dijo más, porque él, en un arranque de dolor y cólera, ante aquel inesperado cambio de expresión y de frase, se fué sin despedirse...

—¡Lo he herido! — pensó asustada de su propia obra, viéndolo salir.

Y le entró una desesperante angustia; se olvidaría de ella, la odiaría, la despreciaría, tendría derecho de creerla coqueta... ¡Oh! ¿Por qué le habló así? ¿Por qué no mezcló un poco de cariño en sus palabras crueles? Así como nadie en el mundo, mientras ella cumpliera con su deber, podía prohibirle que lo amara, nadie podía exigirle que lo hiciera sufrir. ¿Por qué lo había hecho? ¿Quién le iba a agradecer el sacrificio desconocido y estéril de sus ilusiones y de su amor?

Corrió al balcón de la calle para verlo, tal vez para llamarlo si tenía fuerzas, pero se había perdido ya entre los árboles sombríos de la avenida.

Comprendió el inmenso desamparo en que iba a quedar para siempre, y se arrojó llorando sobre el sofá.

Después, ansiosa de desahogar su corazón hinchado de lágrimas que no hallaban salida, se cerró en su cuarto y trazó, mojando el papel con sus lágrimas, que caían en gruesas gotas, una página del diario que había comenzado el día en que Julio le mandó la hoja del suyo.

"Febrero...

Lo he dejado irse con el pensamiento lleno de amarguras para mí. He estado loca. Su corazón se me ha cerrado para siempre, y ahora que lo pierdo siento que lo amo más que antes. ¿Por qué, Dios mío, por qué he hecho esto? ¿Qué necio orgullo me hizo creer que el deber me mandaba ser cruel y hacerme daño a mí misma y daño a él? ¡Ay, si volviera, cómo cambiaría mi suerte! ¡La novela que él soñaba quizás no sería sólo un sueño! ¡Pero no volverá!; ¡se ha ido para siempre!"

Se levantó y se asomó a la ventana abstraída en su dolor.

Pero poco a poco la paz de las cosas fué entrando en su espíritu, y ese dolor tumultuoso que la había vencido, cedió su lugar a su habitual resignación.

Era Dios que todo lo arreglaba bien, a pesar de los obstáculos que su flaqueza le oponía. ¿No había renunciado hacía tiempo al amor? ¿Por qué, pues, afligirse por su pérdida, cuando, para ella, eso mismo debía ser una dicha?

Acercóse a la mesita donde estaba, abierto

aún, el cuadernito, y leyó lo que acaba de escribir.

¡Mentira, mentira! Aquello no estaba bien. Arrancó la hoja y la hizo pedazos. Fechó una nueva página y, tranquila ante los recuerdos que iba evocando, escribió:

"¡He triunfado! ¡Bendito sea Dios! Tenía miedo; lo amaba con todas las fuerzas de mi alma, y por un momento, ante su desesperada súplica, me sentí débil. Ahora, después de la lucha, segura de que se ha ido para siempre, la alegría del deber cumplido va inundando mi pecho. Siento que este amor que creí inmutable, va transformándose. Dios no quiere que se pierda: hay muchos solos en el mundo a quienes acompañar; hay muchos hambrientos de justicia a quienes comprender; hay muchos sedientos de amor a quienes amar. Entre mi corazón y el mundo, todo lo viejo ha concluído y comienza el nuevo amor. ¡Bendito sea Dios!"

Salió al jardín.

Desde el fondo de la huerta el vientecito de la noche traía la frase de Rigoletto, que don Anselmo no se cansaba de tocar.

Angelina la oyó, y en vano habría buscado en ella el misterioso poder de antes. Nada la evocaba, como si se hubieran borrado para siempre los viejos recuerdos, y ya no la alcanzara el espíritu del mundo.

XXII

ELEGIDA ENTRE MIL

Días de paz como una tregua en la batalla, gozó Angelina después del triunfo.

Don Anselmo habíale prestado un librito pequeño que ella leyó en la semana de silencio, que duró la ausencia de los Smith.

Como una lluvia mansa cayeron en su corazón los serenos versículos, y su espíritu se llenó de ellos como el cáliz de una flor. ¡Qué dulzura, qué dulzura había en las santas palabras!—"¿Qué miras aquí no siendo este lugar de tu reposo?" —decía el Señor.

"Conviene dejar un amor por otro amor... El amor de las criaturas es engañoso y voluble. El amor de Jesús es fiel y constante".

"Todas las cosas pasan y tú pasas con ellas. ¿De qué te quejas? Cristo tuvo enemigos y detractores, ¿y tú quieres tener a todos por bienhechores y amigos?"

Fué una resurrección en ella de los cristianos

principios que como una santa semilla había depositado en ella su madre.

Habían caído en él las heladas de la indiferencia de muchos años; pero como sin duda la pobre mujer velaba desde el cielo por su dulce criatura abandonada en el mundo, no murió la semilla, sino que germinó al calor de la adversidad y del consejo.

Hacía meses que bajo la influencia de don Anselmo se operaba en Angelina una transformación.

Comenzó por las prácticas devotas, ejercitadas por misia Tere con tal pobreza de espíritu que ella empezó a huir de las misas aristocráticas, en las iglesias de moda, para asistir a otras más modestas y solitarias, en donde hallaba el atractivo de las cosas que no despiertan recuerdos de la infancia.

Era como si en su memoria se rasgara el velo que ocultaba la niñez: ella había visto todo aquello, ella había oído misa en aquellos mismos templos, ella había rezado las mismas oraciones al lado de su madre... ¡Qué lejos estaba eso y qué triste era; pero aun así, cuánta ilusión había en despertar al pasado!

Pero estaba escrito que sus días en el mundo iban a ser días de lucha.

Como un antiguo sueño se había borrado de su memoria la escena con Julio, que él también parecía haber olvidado.

Poco tiempo después de la vuelta de los Smith

regresó don Víctor, a quien la ausencia le reveló que estaba enamorado de Angelina como un colegial de veinte años. Debía confesarle su amor, pero sentíase más tímido que antes.

De noche, en el silencio de su alcoba, pensaba en su declaración, componía sus diálogos y combinaba preguntas intencionadas para atraerla a la temible cuestión, y le parecía tan llano todo, que se dormía decidido a no pasar del día siguiente sin hablarla de ello.

Pero la mañana traíale nuevas incertidumbres. Llegábase a ella, entablaba una conversación indiferente, le hacía un elogio que la niña premiaba con una sonrisa, buscaba sus preguntas; pero parecíale todo tan fuera de propósito, que enmudecía o se alejaba del tema. Después era Javierita, o misia Tere, con alguna impertinencia, o la misma Angelina con alguna tarea, los que se encargaban de dar fin a la infructuosa conferencia.

Iba siempre a la casita de la calle Ayacucho, donde vivía Magdalena; pero con una inocencia lastimosa en él, que se preciaba de gran conocedor del carácter de las mujeres, aunque en realidad nada era menos cierto, hacía a la hermosa florentina confidente casi de sus entusiasmos por Angelina.

—"Ex abundantia cordis, os loquitur" — habría dicho don Anselmo.

El enamorado coronel no podía callarse y hahablaba de lo que le llenaba su pensamiento, sin darse cuenta de que hacía dos meses iba envenenan-

do la vida de la huérfana, que se entregara a él llena de amor y de confianza.

Fué una lucha continua la que ella sostuvo con su temperamento de mujer enamorada para vencer los arrebatos de celos que la asaltaban algunas veces, y no desmintió su sangre, porque fué el sentimiento de su dignidad lo que la contuvo.

Una vez don Víctor llegó a la casa de los Smith en ocasión que sólo estaban en ella Angelina y María Esther, regando sus plantas. Las otras mujeres andaban de paseo.

Las circunstancias, propicias como nunca, o el gesto amable con que la niña le tendió la mano, lo impulsaron a hablar, y en cuanto hubo pronunciado las primeras palabras, su declaración brotó ardiente y espontánea.

Angelina lo escuchó conmovida, deshojando con gran cuidado una rosa marchita que había en un rosal.

—Eso no es para mí — contestóle dulcemente.

—¿Por qué?

—Usted dice que sueña con una mujercita cariñosa para llenar ese vacío que dice que hay en... ¿en su corazón, no?

—Sí, en mi corazón y en mi casa—respondió él, encantado con sus palabras suaves.

¿Y bien? — preguntó después de un momento de silencio.

Ella alzó los ojos y lo miró, deshojando siempre su rosa.

—Y bien—repitió; eso no es para mí; yo no sa-

bría vivir en ese gran mundo adonde usted querría llevarme; sería como una golondrina aturdida que se ha entrado en una habitación; ¿no le parece?

—¡No, no, no! Es que me rechazas, me rechazas — murmuró con un sentimiento tan grande que ella se sintió apenada.

—No, yo no lo rechazo — respondió; — es que las cosas son así; ¿qué dirán mañana de mí?

—¡Cómo! ¡Qué dirán! ¿Quiénes?

—Esas otras señoritas que lo querrían a usted.

—¿Qué señoritas?

—Usted sabe...

—Por ejemplo...

—Javierita.

—¡Oh! ¿Te importa acaso algo de lo que pueda decir Javierita?

—Por ella no, pero por tía sí, y por Lidia, que repetirán lo que ella diga...

Tomóle él una mano y se la estrechó entre las suyas como un viejo amigo.

—¡Pobrecita, pobrecita! Por eso, porque necesitas quien te ampare, quien te consuele, quien te defienda, quien te quiera, te he ofrecido mi amparo y mi cariño; y porque eres dulce y humilde y buena, te he elegido entre mil...

—No, no; eso no es para mí; es en el gran mundo donde debe buscar usted su mujer; eso no es para mí, que estoy tan lejos del mundo.

¿Sintió él la verdad de la última frase? No, pero no insistió.

—Quiero que no me contestes ahora; quiero que lo pienses, Angelina, para que otra vez me digas qué debo hacer de mis ilusiones; tu respuesta será mi sentencia, y quiero que no la dicte ni tu humildad ni tu coquetería... ¿Sabes, Angelina, que estás aprendiendo a serlo?... Quiero que la dicte tu corazón... ¿Me das una rosa?

Ella cortó una rosa y se la dió sonrojándose.

El comprendió el significado de ese rubor, y como si en ello hubiera ido envuelta una esperanza, se despidió alegremente y salió a la calle tarareando la marcha nupcial de Mendelsshon.

XXIII

"PORQUE ERES DULCE Y HUMILDE Y BUENA..."

Estaba, pues, escrito que los días de Angelina iban a ser de prueba.

La mucama de Javierita no había perdido un gesto de la conversación de don Víctor con ella.

Tampoco se le había pasado por alto la extraña conferencia de Julio en aquella tarde en que debió salir para Montevideo, y ambas noticias se las dió juntas a la solterona, que se puso verde de ira.

—¡ Habráse visto mayor escándalo!

Media hora después misia Tere conocía el suceso. Mas era necesario avergonzar a la delincuente delante de todo el mundo, y este "todo el mundo" se refería a Mr. John, el defensor de Angelina, que había ido a Bahía Blanca con María Esther, y tuvo que contener su indignación hasta que él volviera.

Esa noche, en el comedor, Angelina se dió cuen-

ta de que la habitual hostilidad contra ella había crecido.

Pero estaba su espíritu tan empapado en mansedumbre y humildad, que cuando se retiró a su cuarto no llevaba en su corazón ni una sombra de pena, sino una gran dulzura triste y un gran sometimiento a todas las cosas que pudieran venir.

Sin embargo, al día siguiente, sola en su cuarto, sintiéndose más aislada y solitaria que nunca, desde que faltaba Mr. John, que era su protector, y María Fsther, que era su cariño, se echó a llorar.

Las palabras de don Víctor cruzaron por su memoria.

"Porque tú necesitas quien te ampare y quien te quiera, te he ofrecido mi amparo y mi cariño; y porque eres dulce y humilde y buena, te he elegido entre mil..."

¿Pero era verdad? ¿Era verdad que había en el mundo alguien que la comprendiera, alguien que le dijera eso, allí donde todos la creían soberbia y egoísta? ¿Era verdad que alguien le ofrecía su amor, un noble amor que podía aceptar, allí donde para ella no había más que frialdad y despego y quizás odio?

Sintió una gran simpatía y un inmenso reconocimiento hacia quien así sabía quererla. Recordó la simpática figura de don Víctor y algo como el calor de una ilusión se derramó en su alma, una ilusión de vida tranquila y libre, sin amarguras, sin humillaciones, sin combate.

¡Qué sueño tan hermoso vivir al lado del excelente amigo, llenando su corazón y su casa! ¡Qué descansado apoyarse en aquel brazo fuerte que sabría defenderla, vivir al amparo de aquel gran cariño!

¿Por qué rechazarlo? ¿Por qué empeñarse en ser sola siempre?

No estaba ya de por medio ese tremendo deber que tronchaba siempre sus alegrías. ¿Por qué, pues, no aceptar la dicha, cuando la dicha venía a ella?

Cerró los ojos y su alma se sumergió en el recuerdo de las pequeñas y delicadas atenciones con que don Víctor había ganado su simpatía.

"Porque eres dulce y humilde y buena, te he querido..."

Sacóla de su ensueño el sonido de la campanilla.

Salió al vestíbulo, con la esperanza de que fuese Mr. John, cuya vuelta se aguardaba para ese día.

Su sorpresa fué grande por lo desacostumbrado de la visita.

Era Magdalena. Hacía mucho tiempo que Angelina no iba a la casa de la huérfana, porque evitaba cuanto podía el andar sola, y ya a María Esther no se la cedían fácilmente para que la acomñara.

Por eso notó mejor el cambio operado en las facciones de la hermosa muchacha. Estaba pálida y sus magníficos ojos azules llenos de una gran tristeza, por lo que Angelina adivinó que venía a

hacerla confidente de sus penas, y se llenó de indulgencia y de simpatía.

Quería de veras a Magdalena por la semejanza entre su propia vida y la vida desamparada y pobre de la huérfana.

—¡Ah, por usted venía!—dijo ella al verla, con un suspiro de alivio.—Temía no encontrarla o no poderla hablar.

Estaba trémula, como poseída de un gran espanto.

Angelina la besó cariñosamente y la hizo pasar.

—¿Qué hay?—le dijo afligida también ella con la aflicción de la otra.

—Escúcheme y perdóneme; usted no me conoce casi, pero yo la conozco a usted bien, ¡oh, muy bien! Así he aprendido a quererla... ¡Si no estuviera segura de usted, no habría venido! — dijo esto anhelante, y añadió sonriendo con una sonrisa triste: — ¿Sabe cómo he aprendido a conocerla y a quererla?

—¿Cómo? — preguntó Angelina ingenuamente.

—Oyéndolo a don Víctor...

Cerró los ojos, como si aquel pensamiento la apenara, y después, serenando su rostro y su expresión, habló con más confianza.

¡Que la perdonara! Le pedía que la perdonara porque necesitaba toda su indulgencia para disculpar el pedido que iba a hacerle. No podía imaginarse las noches que había pasado, sin dormir, pensando en ir a verla, y dudando... Sólo ella podía salvarla; no sospecharía nunca las angus-

tias que tuvo que vencer cuando por fin se decidió.... ¡Sólo Dios sabía lo que le costaba hacer lo que hacía!

Llorando le contó su triste historia.

Llena de confianza en un mundo ignorado de ella, oyó que le hablaban de amor, y amó con todas las fuerzas de su corazón virgen, que no tenía ya en el mundo a quien amar. Inocente, crédula, enamorada, fué débil, ¡oh, que la perdonara de nuevo si hería sus oídos santos con aquella triste confesión! Amaba siempre, sin rencor y sin celos, a quien la engañó, porque sabía que el primer engañado había sido él.

Lo conocía muy bien, quizás como él mismo no se conocía: era noble y bueno, pero era caprichoso como un niño grande que se enamora de un juguete y después lo olvida. Tan niño era, que no había caído en cuenta de que él mismo se delataba sin querer, hablando de ella.

El viernes—le dijo—fué a casa. Iba alegre; usted sabe que siempre lo está, pero era otra la alegría que entonces llevaba; se traiciona él mismo; cuando ese hombre tiene algo adentro, necesita hablar porque el secreto lo quema. Tal vez quiso callarse, pero no pudo y habló de usted con un modo que delataba su nueva pasión... ¡Me hacía sufrir! Es como un niño y no sabe lo que hace. Comprendí..., usted sabe que las mujeres, cuando queremos bien, lo adivinamos todo, comprendí que se le había declarado..., ¿no es verdad?

Angelina contestó que sí con la cabeza.

—¡Ya ve!... También comprendí otra cosa... he venido a decírselo todo, discúlpeme; comprendí que usted no lo quería..., mejor dicho, que no lo quería como se quiere a un novio... pero adiviné que lo iba a querer.

Lo dijo con una especie de exaltación, como si llevara el corazón en la mano y quisiera mostrarlo a todo el mundo.

Angelina no alzaba los ojos y pensaba mucho.

—¿No ha vuelto? — preguntó Magdalena.

—No — hizo ella, con la cabeza.

Magdalena respiró y, más tranquila, siguió hablando con su voz suplicante, llena de pasión y de esperanza.

Era duro para una mujer pedir lo que había venido a pedirle; pero es que no lo pedía sólo por ella; no era ya sola en el mundo, aunque ahora el desamparo habría sido más cruel; por eso y porque conocía lo grande que era su alma, venía a suplicarle que no la dejara pasar esa gran vergüenza.

—Don Víctor — dijo humildemente — se iba a casar conmigo; ya estaba todo preparado; entraba en mi casa como mi novio; creo que había comprado ya mi ajuar, usted sabe que yo soy pobre: era tan feliz yo, y parecía él tan feliz, que entonces no me di cuenta de por qué se fué enfriando poco a poco... Después pensé que otro amor lo desviaba de mí y así fué...

Angelina alzó por fin la cabeza, y echando los brazos al cuello de la joven murmuróle al oído:

—¿Pero usted creyó alguna vez... que yo, un minuto siquiera, con el pensamiento o con la voluntad, fuí culpable de esto y quise robarle su amor?

—¡No, no, nunca la creí! — protestó Magdalena con un acento en que palpitó la verdad. — A usted se la ama por usted misma, sin que quiera ser amada....

—¡Gracias, gracias! Y ahora ¿qué quiere que haga?

Magdalena se acercó más a ella, y sin mirarla, le hizo el gran pedido.

¡Que no la dejara olvidar!, ¡que lo hiciera volver al ingrato! ¡Lo amaba tanto, que sabría hacerse amar! Y lo haría feliz...

Tenía los ojos llenos de lágrimas, de un llanto alegre como una lluvia de primavera, y estaba tan linda con el semblante animado por la esperanza, que Angelina comprendió que no era tan ardua la empresa que le confiaba.

Ni por un momento lamentó que el destino tronchara de nuevo la ilusión que había estado acariciando con el pensamiento puesto en las palabras de don Víctor, "porque eres dulce y humilde y buena te he elegido entre mil..."

Porque en el fondo de su alma había sentido nacer una ilusión más grande que todas, la ilusión de hacer el bien, de derramar la alegría y la felicidad alrededor de ella.

XXIV

EN CASA DEL CORONEL

No podía decirse que era el corazón lo que le anunciaba a Javierita que sus ilusiones corrían un gran peligro. La solterona, sentimentalmente hablando, no tenía corazón; suplíalo haciendo funcionar su vanidad y un deseo rabioso de cambiar de estado: eso era todo.

Pero justamente por eso, los presentimientos vagos de otras, en ella eran sutiles adivinaciones.

Ese domingo sentía Javierita una verdadera ansiedad por saber qué hacía don Víctor, mientras ella con su hermana y sobrina empleaban el tiempo en vanas visitas. Muy bien a esa hora podía estar el gran diablo haciendo la corte a Angelina.

Como a las cuatro, en casa de las amigas adonde ellas se habían quedado, anunciaron que su automóvil acababa de llegar.

Javierita experimentó una sensación de alivio.

Y, sin embargo, cuando despedidas ya, iban a

subir para regresar, sintió un antojo de pasar por casa de don Víctor, antes de volver a la suya, pero sin su hermana, por si acaso estaba allí el ex coronel a quien deseaba darle una noticia. ¡A ver qué cara pondría cuando le contara, como quien no quiere la cosa, lo de la entrevista de Angelina con Julio!

—Tere — dijo quedándose de pie en la acera cuando su hermana se arrellenaba en el automóvil, — déjamela a Lidia, vamos a irnos a pie; hace días que no hacemos ejercicio.

Misia Tere accedió, porque era imposible que no accediera a las cosas de Javierita.

Cuando el automóvil hubo partido, la solterona se orientó mentalmente.

—¿Sabes, Lidia, que estamos a siete cuadras de lo de Víctor? ¿Vamos a hacerle una visita, a ver en qué gasta los domingos el muy bribón? Hace tres días que no va por casa.

Y como la niña asintiera, echáronse las dos a trotar por la amplia acera, la falda recogida con una artificiosa exageración Javierita, y Lidia con una gracia coqueta.

¿Pero qué era lo que a Javierita le daba esa sensación de maligno placer al hacer una visita que tantas veces había hecho?

Cuando Magdalena salió de casa de los Smith, era temprano todavía. En el gran reloj del comedor sonaron las tres.

Con su rápida imaginación, hostigada por el

deseo de aprovecharse de la ausencia de misia Tere, Angelina ideó su plan.

Hacíasele un poco cuesta arriba el primer paso que había de dar.

Tenía que ir a casa de don Víctor, sabía dónde era, porque una vez con María Esther entraron, invitadas por el tío, a comer bombones, de que el coronel tenía siempre un buen surtido.

Pero entonces era distinto, iba acompañada y, más que todo, don Víctor no aguardaba como ahora su respuesta.

Mas estaba decidida a hacer las cosas bien, y no vaciló. Vistióse rápidamente; miróse al espejo y viéndose tan hermosa acarició su imagen con una sonrisa, y salió.

¡Cómo le latía el corazón cuando llegó a la puerta del hotelito!

Sentía que la sangre le encendía el rostro, porque tenía muchísima vergüenza de ir a esa casa en tales circunstancias. Parecíale que si hubiera visto pasar a algún conocido mientras ella aguardaba que abrieran, se habría caído redonda, como un pajarito insolado.

Don Víctor en persona salió a recibirla a la puerta.

—¡Oh! — exclamó enormemente admirado. — ¿Tú, mi sobrina, tú?

Aquella justísima sorpresa la avergonzó más y apenas pudo darle la mano, sin articular palabra.

—¿Pero qué tienes? — preguntó él notando su gran turbación.

—Nada, tío, ya verá...

Hízola pasar, mas no a la sala, sino al comedor, dejándose abierta la puerta cancel, con una distracción muy natural en el coronel, transportado al quinto cielo por aquella dicha inesperada.

Había decidido ir esa noche a lo de los Smith, por la respuesta de Angelina. No estaba seguro de poder hablarla; pero con aquella naturaleza sin artificios ni coqueterías, no eran necesarias las conferencias largas; con la primera mirada le diría Angelina si lo aceptaba o no. ¡Pero allí estaba lo tremendo del caso! Con una mirada iba a dictarle una sentencia de vida o muerte, y el corazón le decía que las sentencias de Angelina eran irrevocables.

Tenía un gran miedo. Había hecho tantos castillos en el aire, que temblaba por ellos.

Pensando que ella venía a eso, y naturalmente a darle el sí, porque si no no hubiera venido, remordióle la conciencia su desconfianza y lo apesadumbró su cobardía.

¡Qué dicha, qué inmensa dicha!

Al pasar por el vestíbulo echó una furtiva mirada al ancho espejo de la bastonera y se torció el bigote. ¡Diablo!, tenía que estar buen mozo para no desilusionarla.

En el comedor don Víctor sacó una bombonera.

—¿Quieres?

—No, gracias; después, cuando hayamos hablado...

El sonrió y quedóse callado aguardando que

comenzara; pero estaba la pobre tan emocionada que no acertaba a hacerlo, y como quisiera ayudarla, atrevióse a insinuarla suavemente, admirado él mismo de su audacia:

—¿Pensaste ya?

—¿En qué, tío? — preguntó ella sin caer en la cuenta.

—En lo que te dije el jueves, ¿recuerdas? Quedamos en que me contestarías. ¿Me traes esa respuesta? ¿Es alegre, es triste?

Aquello le dió ánimo.

—¡Oh, no!, no se trata de eso, tío. Usted comprende que si fuera así, no habría venido.

El coronel se puso rojo hasta la raíz de los cabellos, pero disimuló su sobresalto.

—Bueno, habla, dime lo que sea.

—Se trata de Magdalena — comenzó resueltamente Angelina; y siguió sin hacer caso de la cara estupefacta de don Víctor;—he estado con ella, ¡oh, la pobre!, hemos hablado largo, largo; yo no sé cómo se animó a contármelo todo; ¡es tan triste su historia!; pero bendigo esa valentía que tuvo. Tío..., con el corazón en la mano me va a hablar usted, como me habló a mí y como yo le estoy hablando. Usted la ha querido, usted le prometió casarse con ella, ¿no es verdad? Bueno, ¿por qué, pues, usted que es caballero y hombre de palabra, por qué la deja? Usted no la conoce bien; creyó que era una pobre muchacha frívola como muchas de la clase en que ella ha vivido siempre, porque no sabe qué delicadeza de senti-

mientos hay en ella; no sabe cuánto lo ama. Ella ha venido a mí, ¡ya ve usted, a mí, a quien cree su rival, porque usted mismo se lo ha hecho comprender! Si la hubiera visto cómo llegó, pálida, miedosa, avergonzada; y cómo se fué, consolada, llena de alegría y de confianza porque esperaba en mí. Usted no la ha visto nunca así, porque si la hubiera visto no la habría abandonado... ¿por qué la dejó?

—Yo no la he dejado—murmuró don Víctor, que no sabía dónde meterse con su confusión y con su plancha.

—Bueno; ya veo que todo tengo que decirlo yo, porque a usted no le voy a sacar la verdad. La dejó porque es así, perdóneme la franqueza: tantas veo, tantas quiero.

El sonrió animado por la sonrisa de ella.

—Yo no diría nada de eso, mientras eso no causara daño a nadie..., ¿pero sabe usted todos los corazones que puede llenar de tristeza con un carácter así? Mire, tío, usted no conoce bien a las mujeres; las juzga por tres o cuatro que habrá conocido un poquito; usted no sabe que cuando nosotras amamos sin ser comprendidas, o cuando nos engañan, tenemos el orgullo del silencio y sufrimos sin quejarnos, aunque las penas nos maten..., pero eso, ¡cuando amamos!

—Entonces — insinuó desventuradamente don Víctor, por decir algo, — Magdalena que se queja, no...

—No, no diga eso; no hable así, porque no pa-

rece un hombre serio, tío. Magdalena lo quiere con toda su alma, ¿no se ha dado cuenta usted?, y habría muerto con su secreto y con su pena si hubiera sido sólo por ella. Cuando ha venido a hablarme, a contarme su historia en sus detalles más íntimos, esa pobre historia de huérfana abandonada que ha confiado en el primer hombre honrado que la habló de amor, y a quien amó con toda su alma, no ha sido sólo por ella. Toda mujer que se estima tiene orgullo, y basta verla a ella, altiva como una reina, para saber que lo tiene y más arraigado y más legítimo que nadie... ¿Calcula usted, tío, lo que le habrá costado vencerlo, para venir a mí, que era su rival, a confesarme su amor y su vergüenza?... ¿Cree usted que por ella sola habría hecho eso?

Angelina se quedó silenciosa mirando a don Víctor en los ojos. A los dos segundos, don Víctor tenía toda la sangre en la cara; a los cinco segundos, había bajado la vista y murmuraba compungido:

—Ya comprendo..., yo no sabía..., ¡la pobre Magdalena!

—¿Verdad, tío?... Vamos a hablar como viejos confidentes, ¿la cree usted buena?

—Sí.

—¿La cree hermosa?

—¡Diablo!, ¡hermosísima! ¿No te parece?

—Ya lo creo que me parece... ¿La quiere?

Don Víctor, tosió.

—No me engañe, ni se engañe usted mismo; diga

la verdad... ¡Ah! Ya veo que no se atreve a decir que sí porque estoy yo... ¡Si supiera que ya no soy del mundo! Escuche un secreto, tío.

Acercóse más y le dijo algo al oído, y luego añadió:

—Ahora, contésteme: ¿la quiere?

—Sí — respondió don Víctor con el tono de un acusado que confiesa su crimen y está orgulloso de él — sí, la quiero; la había olvidado por tí, ingratona; tú tienes la culpa de todo; pero ya que no perteneces al mundo, y quieres...

—¡Chist! Es mi secreto; que ni las paredes lo oigan.

—Bueno, ya que te empeñas... ¿Crees que la rubia me hará feliz?

Don Víctor, en los primeros tiempos, llamaba *la rubia* a Magdalena, sobrenombre cariñoso que más tarde olvidó.

—¡Que si lo hará feliz! ¡Dios santo! ¡Pero usted no sabe el tesoro que es esa muchacha!

—Entonces no tengo inconveniente en...

Don Víctor se mordió la punta del bigote, vacilando en decir la palabra delante de aquella su novia de un día.

—En casarse — añadió Angelina. — ¡Oh, sí! ¡Qué felices serán ustedes! ¿Cree que haya en el mundo otra mujer que lo merezca como Magdalena? ¡No! Ahora vamos a fijar la fecha... ¿Será pronto?

—Lo más pronto posible; lo que se ha de empe-

ñar que se funda, — respondió el coronel entusiasmado ya.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro! Ahora, sí, tío, traiga sus bombones.

—Bombones, no; ¡champagne!

Y fué un hermoso espectáculo el ver a Angelina y a don Víctor, cuyos destinos estuvieron a punto de unirse para siempre esa mañana, brindando alegremente por su separación para siempre también.

La niña no hizo más que mojar sus labios. No quería demorarse: apenas si tendría tiempo de volver a su casa antes que misia Tere.

Pero hecho el bien a los otros, pensó un momento en ella, y más conmovida de lo que creyó, dijo a don Víctor:

—Y aunque yo no sea casi del mundo ya, no me olvide... — y agregó esbozando una de esas sonrisas que disimulan las quejas del alma: — me gusta que me quiera a mí también... como a una hija.

—¡Oh, sí!, — exclamó el coronel conmovido por la desconocida emoción que vibraba en la voz de Angelina: — ¡como a una hija! — y le tomó la mano, acariciándosela dulcemente.

Quedáronse los dos en silencio. Don Víctor miraba a Angelina que tenía los ojos en tierra. En medio de la alegría del bien, que respiraba siempre su semblante, adivinábase una interna tristeza que se derramaba en su rostro como la luz de una lámpara en el globo esmerilado que la cubre.

Era el eterno pesar de aquella gran alma conde-

nada a la oscuridad y al olvido, ella que era pura luz.

Por una rápida intuición, don Víctor, que no era fuerte en psicologías femeninas, comprendió el dolor silencioso de Angelina, y con la voz trémula de un amor santo como el amor de un padre, la atrajo hacia sí:

—¡Oh, mi Angelina, qué gran alma tienes! — y sin que ella opusiera la menor resistencia, la besó en la frente.

Y a tiempo que ella exclamaba alegremente para deshacer la niebla de melancolía que había caído sobre ellos: "¡el casamiento para el quince del mes que viene, ¿verdad?", entraban Lidia y Javerita en el comedor.

—¡Vaya! — exclamó ésta. — ¿No nos convidan al champagne?

Don Víctor la miró indignado, comprendiendo en la expresión diabólicamente triunfante de la solterona que había sorprendido la escena.

—¿Quién les abrió la puerta? — preguntó con tono seco?

—Estaba abierta — contestó Lidia.

—Esto es; y no creímos hacer nada inconveniente entrando en casa de un tío viejo, sin llamar — contestó Javierita con un tonito más seco y más agrio que decía a gritos: "¡A mí ya no me importa nada de tí, vejestorio, puesto que te casas!"

Angelina no había dicho una palabra. Por un instante sintió que el rubor le subía a la cara, pero logró dominarse. Ni un músculo crispado en su

rostro, reveló su disgusto; sólo la mirada, la tierna mirada endurecida como un reproche, envolvió la impertinente figura de la solterona.

—Se me hace tarde; me voy, tío.

—¿No quieres irte con nosotras? — preguntó Lidia.

—No, gracias — respondió ella con su habitual dulzura.

Y salió acompañada hasta la puerta por don Víctor.

XXV

BAJO LOS NARANJOS

Terrible fué el alboroto que se armó en lo de misia Tere cuando llegó Javierita con el cuento.

La solterona se había largado detrás de Angelina, consiguiendo llegar antes, porque tomó un coche, mientras la otra, con menos recursos, subió modestamente a su tranvía que la llevaba dando un largo rodeo.

Cuando Javierita llegó a su casa con Lidia, viendo el automóvil a la puerta y hallando ante un espejo a misia Tere que se ponía el sombrero para salir al corso, hizo un gesto enigmático.

—Hoy no vamos.

—¿No? — preguntó la cara asombrada de misia Tere.

—¡No! ¡Verás lo que te traemos! Mira, despide el automóvil y siéntate—y aplastándose en la primera silla con que tropezó, comenzó a abanicarse furiosamente, como si el aire le faltara. —¡Qué escándalo!, ¡qué escándalo! ¡Y tenga una

confianza en los hombres!, ¡y atrévase una a visitar a estos solterones!

Misia Tere, que primero había fruncido el ceño, abrió enormemente los ojos y la boca para no ahogarse con la estupefacción que le producía semejante alharaca.

—Serénate, hija — pudo decir al fin, y tocó el timbre. — Dile a Gervasio que se vaya — ordenó al criado que acudió.

Gervasio era el *chauffeur*.

Quitóse el sombrero, y serenada ella misma por la curiosidad de averiguar el enigma, se hundió en un sillón.

—¿Qué ha sucedido?, ¿es algo de Angelina?

—Verás — contestó la otra, tirando los guantes y el abanico y el sombrero, porque todo le estorbaba para ilustrar en el aire a manotones la relación de aquel escándalo mayúsculo.

—¡Lidia, vete! — ordenó a su sobrina.

La niña quiso protestar, porque le habría gustado colaborar en las descripciones de Javierita; pero su madre, que había comprendido, acentuó mejor:

—¡Vete! ¡Estas cosas no son para tí!

Lidia se retiró, pero quedóse escondida detrás de una cortina para escuchar la interesante narración, aun a riesgo de que arañara su pudor de sensitiva.

Solas ya, con una elocuencia que para sí la hubiera querido el padre Jordán, Javierita contó la escena oscureciendo sus tonos para que resultara horrenda.

—¡Figúrate! ¡Ha ido a buscarlo, a buscarlo! Es claro; como hacía tres días que no aportaba por aquí, la señorita estaba afligida, y lo más natural era eso; y el otro, que es un viejo verde, qué iba a hacer sino recibirla de mil amores, en el comedor, ¡figúrate!, y servirle champagne, para entusiasmarla o marearla, ¡Dios sabe qué!, y al fin, como postre, besuquearla; eso sí, dándole palabra de casamiento que ella le pedía... Para el 15 del mes que viene, te lo participo, porque seguramente ellos no lo harán, tendremos bodas. ¡Ja, ja, ja! Los azahares ésos que me los claven en la frente! ¡Si conoceré yo las mañas de ese pícaro!, ¡si sabré yo los bueyes con que ara, como diría tu marido!

—¡Pero mujer!, eso es grave; ¿lo has visto bien? — inquirió misia Tere, anhelosa de que la historia fuera bien cierta, porque su conciencia rechazaba los juicios temerarios.

—¡Vaya si lo he visto!, ¡lo hemos visto! La puerta cancel estaba abierta, y como no se veía a nadie, nos entramos así de sopetón, ¡cualquier día vuelvo a meterme yo en casa de estos solterones!; entramos como te digo, y despacito, despacito, porque nos decía el corazón que allí había gato encerrado, llegamos al comedor, justo en el momento en que él la besaba, ni más ni menos, la besaba, ¡qué horror! No sería la primera vez seguramente, y no te sabré decir si era el prólogo o el epílogo de algo peor; yo cuento lo que ví y nada más. Y luego la mosca muerta, zalamera, como un gato, le decía,

sin ponerse colorada siquiera: "el casamiento para el 15 del mes que viene, ¿verdad?..."

—¿Y cuando ustedes entraron...?

—¡Ah! ¿Crees que se asustaron mucho? ¡Bah! Mentiría si dijera que les salieron colores a la cara a ninguno de los dos; ella tan fresca, y él, por supuesto, de estas cosas tendrá a montones en su vida...

Oyóse en ese momento el ruido de la puerta cancel que se abría porque alguien llegaba de la calle. Era Angelina, que pasó sin inmutarse.

—¡Esa mujer es cínica! — dijo la solterona con un gesto de repugnancia.

—Ya la voy a arreglar; ¡esto es intolerable! — exclamó la señora. — No aguardo ni un minuto más; las cosas hay que hacerlas sobre caliente; cuando venga Smith, se enterará, si quiere, de quién es su protegida.

Y la mandó llamar.

Angelina había entrado en su cuarto con el corazón acongojado, pero con el espíritu firme, porque su conciencia estaba tranquila.

Preveía la escena que iba a tener lugar, y estaba preparada a sufrirlo todo, porque tenía puesto su pensamiento en el juicio de lo alto, más que en el juicio de los hombres.

Pero cuando entró la mucama y con ese tono altanero que afectan los criados al tratar con personas humilladas por sus señores, le dijo que misia Tere la aguardaba en la salita, todo su valor

se deshizo como una espuma, y sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Esperaba aquello, pero no tan pronto. ¡Le habría gustado tanto que estuviera Mr. John para que la defendiera, o al menos María Esther para que la consolara!

Pero estaba sola en medio de la hostilidad.

Estremecida y pálida fué a la salita, el lugar de las grandes deliberaciones de misia Tere, donde se reunía el consejo de familia en los momentos graves, donde se amasaban las cóleras y se condensaban los rayos. Misia Tere, sentada en su hamaca habitual, aguardaba a la niña, revestida de la gravedad de un magistrado.

Cerca de ella, en un escritorio de laca, escribía Javierita.

Cuando entró Angelina, misia Tere, cargado el gesto de desdén, le indicó que cerrara la puerta y se acercara.

Tales preparativos no eran a propósito para infundirle ánimo, pero por su exageración misma le devolvieron un poco de calma, y sin observar a Javierita, a quien adivinaba con los ojos clavados en ella, posó su mirada serena — ¡oh, qué esfuerzos le costaba esa serenidad! — en misia Tere, y aguardó de pie el chubasco.

—Escúcheme — comenzó la señora tratándola de usted, porque el tú, en esos momentos, habría tenido un dejo cariñoso: — hasta Nuestro Señor, con ser quien era, se quejó de la ingratitud de los hombres.

Angelina conocía aquello: era el exordio de los grandes discursos de misia Tere. A continuación venía infaliblemente lo de su magno corazón y lo de "¡porque así era ella!"

No pensó, sin embargo, en el aspecto cómico de aquel comienzo, porque estaba azorada como una palomita en presencia del gavilán.

—Un día — prosiguió la señora, satisfecha de su entonación y de su voz y halagada por un "esto es" que Javierita no pudo tragarse — sabiendo que tú vivías en la sierra a la de Dios que es Padre, con grave peligro de perderte por tu carácter indómito y egoísta, sin que nadie me lo insinuara y sólo porque yo soy así, puro corazón, te quise hacer un gran beneficio y te traje a mi casa. Te traje para servirte yo de madre, para darte a Lidia por hermana; para enseñarte, para educarte, para civilizarte. No me dejaron de advertir los inconvenientes que había en traer a mi casa y poner al lado de mi hija, que es pura inocencia y candor, a una muchacha que había vivido desperdigada en los montes—¡sí, desperdigada, no protestes! — clamó alzando más la voz, porque Angelina abría los labios, aunque su protesta no salió, ahogada por el dolor; — pero fuí sorda, porque cuando me entra un cariño soy así. Y te traje a pesar de todo, y mi casa fué tuya, y yo fuí tu madre, y Lidia fué tu hermana, y... yo no sé si me lo has agradecido.

—Sí, señora — alcanzó a murmurar Angelina.

—Lo que sé es que no lo parece, y que tuvieron

razón los que me dijeron que era absurdo mi empeño en querer modificar un carácter como el tuyo, porque la cabra tira al monte.

—Esto es, la cabra tira al monte — dijo Javierita colaborando en el agravio.

Angelina no oía, no quería oir, sentía que todos sus propósitos de resignación se sublevaban ante aquellos insultos que restallaban con furia en boca de la dama, a quien su silencio daba alas y bríos y elocuencia para seguir hiriendo sin piedad.

—Todo eso hemos hecho por tí, y ahora quiero saber con qué me has retribuído a mí el amor de madre, a Lidia el afecto de hermàna, a Javierita la solicitud de amiga de que te hicieron objeto. ¿Para qué te sirvió la confianza que depositamos en tí, dejándote sola, cuando nos fuímos a Montevideo, sino para burlarnos y afrentarnos y traicionarnos?... ¡Cállese usted, no hable, estoy hablando yo! ¿Creías acaso que porque nosotros no te veíamos, el ojo de Dios no te espiaba...?

Toda la timidez de la niña huía de su corazón, porque siempre la injusticia obraba en ella como un resorte para levantarle el espíritu. Comenzaba a ser dueña de su voluntad y escuchaba las torpes injurias sin dolor, porque ya no la herían, y callaba esperando que misia Tere la dejara hablar a ella.

Pero la señora no estaba dispuesta a terminar, porque la misma humildad de Angelina, en vez de desarmarla, la enardecía. Salió del terreno vago

de las alusiones y entró en los cargos concretos.

—¿Por qué no quisiste acompañarnos a Montevideo?, ¿por regar tus plantas?, ¿por cuidar a ese viejo chocho de Anselmo, que muy bien se cuida solo hace sesenta años? ¡Valiente hermana de caridad! ¡No, no fué por eso! Fué por tener una cita! ¡con un hombre! ¡en mi casa!

—¡Señora! — exclamó Angelina en una llamarada de rebeldía.

Pero misia Tere no quiso oirla y siguió en el mismo tono.

—¿Crees tú que es papel decente el que hace una joven que se precia de honrada, dando hora a un hombre,—¡y a qué hombre!, ¡al novio de la hija de la casa donde la han recogido y donde la colman de atenciones!—, para estarse con él en una sala escondida, en medio de las sombras del anochecer, sin luz, ni nada? ¿Crees tú que es muy moral eso de ir sola a casa de otro hombre, cuyas costumbres debes conocer muy bien, a dejarse besuquear por él, y no quiero pensar nada más, a costa de sacarle una promesa de matrimonio a él, que sabes muy bien está comprometido con la que es como tu hermana mayor, con Javierita?

—¡Señora! — volvió a clamar la voz doliente de Angelina, que no pudo seguir más de pie y se abatió sollozando en un sofá.

—¿Cuándo se había visto en mi casa nada parecido? — prosiguió implacable la dama. — ¿Es esa tu educación, es esa tu moral, es esa la reli-

gión que te enseña el padre Anselmo, eso lo que aprendes en la Imitación de Cristo? Hoy mismo escribiré a tu padre... Puedes irte a arreglar tus cosas, porque ni un día más quiero tener en mi casa la piedra del escándalo... ¡Santo Dios, qué diría el padre Jordán si supiera esto!

—¡Sí, sí, ni un día más! — gimió Angelina y corrió a su cuarto y se echó sobre la cama y se puso a llorar con la cara en las almohadas.

Pero se ahogaba, la asfixiaba la angustia horrible de la calumnia. Necesitaba hablar, desahogarse, llorar a sus anchas, pero llorar con otro que llorara con ella...

Corrió a la huerta a confiar al pecho noble de don Anselmo todas sus congojas.

El buen viejo, sentado en su sillón, bajo los frescos naranjos, rezaba su oficio.

Cuando vió "a su niña", como la llamaba con afecto, llegar azorada y descompuesta, comprendió que había allí algún gran dolor que consolar, y con su voz apacible de pastor de las almas que acoge con más amor las penas que las alegrías, dijóle:

—¿Qué es eso, mi niña, qué es? ¡Por Dios! ¿lloramos? ¿Quién la ha hecho llorar, hija? ¿Qué le pasa? Cuente, cuente a su viejo amigo...

El tono mimoso del anciano le infundió ánimo, y arrodillándose junto al sillón, como una penitente, la joven exhaló su queja:

—Muchas penas, don Anselmo, y muchas injusticias... He sido humilde y me han humillado, he

sido justa y me han calumniado, he sido buena y me han maltratado. He amado, he perdonado, he olvidado las ofensas de los otros, y mis ofensas no han sido ni olvidadas ni perdonadas. He acompañado a los solos, y a mi nadie me ha acompañado; he consolado a los tristes, y a mí nadie me ha consolado. Me he cansado de buscar la justicia y la paz y la alegría en el mundo, y vengo a buscarlas en Dios. He sufrido mucho y estoy cansada de tanta guerra, cansada del mundo y de la vida. Padre Anselmo, ¿puede ser pecado estar cansada de la vida?

—No hija, no; Job tenía tedio de su vida y pedía a Dios la muerte, pero Job fué más probado que tú... ¿No has oído las palabras del Señor? "¿por qué te turbas cuando las cosas no suceden a medida de tu gusto? ¿Quién es el que en el mundo logra todos sus deseos? Ni tú, ni yo, ni hombre alguno sobre la tierra..."

Calló el viejo y prosiguió la joven:

—He vivido en guerra continua, yo que amaba la paz; no ha habido un gesto mío ni una palabra mía que no fueran interpretados y cargados de maldad...

—Hija, la vida del hombre es un combate, dice Job: *militia est vita hominis.* ¿Por qué te amarga, pues, la lucha?, ¿por qué tu corazón siente la alabanza o el vituperio, sino porque aun el mundo está en él y amas la estimación de los hombres? La gloria del bueno está en el testimonio de su propia conciencia y no en la boca de los demás.

Si tu corazón no te reprende, descansa en él. Oye las palabras de Dios y no cuidarás de cuantas te digan los hombres. Míralas como pajas que lleva el viento. ¿Qué son?, ¿qué valen? ¿Podrán por ventura arrancarte un solo cabello?

—Sí, don Anselmo, ¿pero dónde está la justicia? He consolado a los tristes, y yo era triste y a mí nadie me ha consolado — exhaló Angelina como una íntima queja.

—Vano es y breve todo consuelo humano — contestó la voz grave de don Anselmo, repitiendo las palabras de la Imitación que vivía hecha carne en su memoria. — Disponte para la paciencia más que para el consuelo. *Consolatores onerosi vos estis,* dice Job a sus amigos; consoladores pesados sois. Los hombres pasarán delante de tí sin mirarte. ¿Qué le importan al mundo tus penas, hija? ¿qué les importan a los felices que no las comprenden?, ¿qué les importa a los desgraciados que apenas pueden con las suyas? No quieras el consuelo de los hombres, busca el de Dios, y verás cómo no es gran cosa despreciar el humano cuando tenemos el divino.

Angelina lloraba con la cara entre las manos, apoyadas sobre el brazo del sillón de don Anselmo.

—¡Llora! — díjole el buen viejo, golpeándole dulcemente la cabeza con su mano paternal. — Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados; llora por tí, que estás en la edad de las lágrimas; llora por los viejos que no podemos llorar; llora por los felices que hoy ríen, pa-

ra que algún día no lloren; llora por los desgraciados que no lloran porque tienen el corazón endurecido, y da gracias a Dios que con las penas te manda lágrimas...

Ella alzó la cara mojada y triste.

—Don Anselmo — le dijo, — ¿sabe usted por qué me quejo y por qué lloro? Escúcheme; tengo necesidad de arrojar de mí esta congoja; es mi historia.

Y allí arrodillada, junto a don Anselmo que la escuchaba como un confesor, le contó la historia de aquella tenaz persecución de todos los minutos, con hambre de dañarla ¡a ella, que nunca había hecho daño a nadie!

Y mientras la queja brotaba como una dulce fóntana, el viejo pensaba que hay almas que no son para el mundo.

Cuando ella terminó con su palabra inspirada que parecía seguir el dictado de lo alto, tan empapada estaba en el espíritu de Dios, le dijo:

—Es tu cruz, hija mía, abrázate con ella. ¿Por qué temes? ¿por qué vacilas?, ¿por qué buscas el descanso habiendo nacido para el trabajo? Jesús llevó también su cruz y era más pesada que la tuya. En el mundo y fuera del mundo, en tí y fuera de tí, huyendo o buscándola, encontrarás tu cruz. Acéptala con alegría de corazón y hallarás en ella la salud y la vida, el valor en las adversidades, la humildad, la paz, la fortaleza y la alegría del espíritu, la suma virtud, la perfección, la santidad...

Habló largo rato, y cuando descendió la noche

apacible y perfumada sobre la naturaleza que se dormía, en medio del sosiego de la huerta, adonde llegaban los ruidos del mundo con una acongojada algazara como la voz de las cosas perecederas, mientras en el cielo se iban despertando las estrellas, en el corazón de Angelina, templado en el aceite de la caridad, moría para siempre el amor al hombre y se encendía el amor a la humanidad.

Hacía tiempo que acariciaba un gran pensamiento, pero nunca la idea se le ofreció con tan irresistible encanto como entonces.

Quería ser una de las humildas hijas de San Vicente de Paul, Hermana de Caridad.

—¡Qué dulce — pensaba — será cuidar a los enfermos, amar a los desgraciados, alegrar a los tristes!

Se levantó consolada y resuelta.

En su cuarto encontró a María Esther que acababa de llegar con su padre.

Le tomó la cabecita entre las manos, la besó y le dijo:

—¿Qué harías tú, chiquita, si me fuera yo para siempre, para siempre?

—Me iría contigo — contestó la niña muy decidida.

—¿Aunque me fuera lejos, aunque no volviera más?

—Sí. ¿No me crees?

—No.

—Entonces no sabes cómo te quiero — murmuró ofendida.

Angelina vió en aquellas serenas pupilas azules una pregunta que no pudo contestar, y adivinó por la carita nublada de la chiquilla que sus palabras la habían entristecido como un presentimiento.

Con el corazón dolorido, la vió irse, y al perderse su figurita graciosa en el fondo de la galería, parecióle que se desataba el último lazo que la unía al mundo.

XXVI

SU UNICA ALEGRIA

Con la carta de su padre en la mano probó Angelina un nuevo dolor.

Habíale escrito ella una cartita llena de amor y de humildad, en que después de pedirle perdón a él y a su esposa del mal que les hubiera hecho en la vida, solicitaba su permiso para seguir la vocación que Dios le enviaba.

Contestáronle con otra carta escrita por Bernarda y firmada por los dos.

¿Qué? ¿Acaso su padre no sabía escribir para que la única carta que había de escribirle en la vida fuera redactada por otra persona, que seguramente se inspiraba en las calumnias de la solterona al llenarla de reproches por su ingratitud para con la gran familia que la había acogido?

Por disculparle y endulzar un poco la amargura que le causaba aquel injusto despego, pensó que esa vez, como todas las veces que se trataba de

asuntos domésticos, su padre lo había dejado todo en manos de su mujer.

Después firmaría sin leer o sin sospechar, en su ignorancia de las cosas del corazón, que aquel estilo seco y desdeñoso, en el solemne momento en que daba permiso a su hija para que dispusiera de su libertad huyendo del mundo para siempre, había de herirla dándole a gustar una hiel nunca gustada.

Venía el permiso amplio y eso la consoló.

Todo lo tenía ya arreglado. Iría a París con algunas otras Hermanas de Caridad que partían en esos días, y haría su noviciado en los hospitales de la gran ciudad.

Despidióse de don Anselmo confiándole los humildes objetos con que había adornado su cuarto, su imagencita de la Virgen, sus floreros, la pobre libretita en que escribía su diario. No había tenido valor para romperla, y aunque eso la hizo pensar que quizás el mundo no había huído del todo de su corazón, se la entregó diciéndole que era su confesión general.

De don Víctor se despidió también; el coronel estaba bien conmovido.

—Mira, llévate esto como recuerdo — dijo sacando de la cartera un papelito.

Angelina lo miró sin comprender: era un certificado de confesión.

—¿No sabes lo que significa? Que mañana me caso. Supe que no estarías tú si demoraba, y por

esto y por hacer callar muchas bocas adelanté la fecha.

—¡Ah — exclamó Angelina, — qué alegría! ¡Habría deseado tanto verla! Pero... no importa; yo rogaré a Dios por ustedes...

Don Víctor se fué; había ido únicamente a despedirse de la joven, porque con los demás apenas habló, resentido profundamente por el chisme y por el gesto hosco que aún se atrevían a ponerle misia Tere y Javierita.

A las siete de la noche debía estar Angelina en casa de las Hermanas de Caridad.

Cuando llegó la hora de la despedida, haciendo un esfuerzo para romper el hielo, abrazó a misia Tere, que se dejó abrazar como una estatua, y dió la mano, una mano tímida que pedía perdón y olvido de ofensas que no había cometido, a Javierita que le estiró la suya como una limosna.

Habló un momentito, dulcemente, en voz baja, como si fuera ya una monja, haciendo tiempo para que volviera Lidia, que había corrido hasta el hall porque alguien venía.

Pero Lidia no volvió.

Desde donde estaba la vió cruzar del brazo de Julio, que acababa de llegar, reconciliados nuevamente.

¿Fué sueño, fué realidad? Parecióle que la mirada de Julio, tan noble antes, llegó hasta ella cargada de los mismos rencores y de los mismos agravios que se leían en las miradas de las tres mujeres, hasta en ese momento en que ella, con su

dulce actitud sometida, aceptaba todas las humillaciones.

Viólos pasar y perderse en la galería que circundaba la casa, y comprendiendo que huían de ella, se levantó huyendo también ella de las almas mezquinas y de los corazones débiles.

Mr. John la esperaba con el automóvil a la puerta.

Cuando llegó a la verja, encontró a María Esther que lloraba con la carita oculta detrás de una columna.

Llorando se le colgó del cuello y le susurró al oído con su vocecita adorada llena de una amable seriedad:

—Dile a papá que me deje ir contigo; dile que quiero ser Hermana yo también; díselo, porque si no, me voy a morir...!

Aquel dolor tan infantil, pero tan sincero, le llegó al alma.

Consiguió que Mr. John la dejara ir con ellos, así como estaba, sin sombrero, robada al egoísmo de la madre.

El automóvil partió.

Angelina cerró los ojos.

Al alejarse de aquella casa donde tanto había sufrido, parecióle que se alejaba de sus penas, y sintiendo junto a sí a María Esther y en sus manos las manitas de ella y en su hombro apoyada su cabecita, entró en su alma una gran dulzura, como si al dejar sus muchas tristezas se llevara su única alegría.

—¡Qué lindo si no llegáramos nunca!—oyó que decía la niña.

—¡Nunca, nunca!—contestó ella como un eco de su corazón.

En el último instante, en el último adiós, mientras Mr. John conversaba con la Madre, se apartó un momentito con María Esther.

Con una ternura inmensa la miró en los ojos—en aquellos sus ojos grandes, límpidos, en que se veía el alma de la niña—ansiosa de impregnarse en su imagen querida, para que su recuerdo le durara siempre y fuera como su luz en el eterno crepúsculo adonde se iba a hundir.

Abandonaba el mundo con la alegría del pájaro que huye de la jaula; pero en su embriaguez de santa libertad sentía el solo dolor de dejar a su amiguita.

La halló arrasada en lágrimas, y para no prolongar más aquella inútil pena, dióle el último beso en la boquita, que ella le ofreció, sedienta de un cariño que perdía.

Un minuto después la puerta se cerró tras ella, y al lado de la Madre se hundió en la serenidad de un claustro.

XXVIII

¡TU LA COMPRENDIAS!

Seis meses después, en una cruda noche de agosto, estaba de sobremesa en el comedor la familia de Mr. John. Eran los mismos de antes, en los mismos sitios alrededor de la mesa ovalada. Sólo en el de Angelina se notaba un cambio, porque en lugar de la ausente sentábase don Anselmo, arrojado de la huerta por la crudeza del invierno y alojado en el mismo cuarto donde viviera su joven amiga, por la caprichosa caridad de misia Tere.

Ni un minuto durante el día había cesado la lluvia, que caía despiadada sobre la inmensa ciudad entristecida.

Por los vidrios de las ventanas, cubiertos de gotitas, divisábanse apenas, a la luz de los focos, las brumosas copas de los árboles de la avenida, inmóviles y friolentos, alineados a lo largo de las aceras.

Como si la tristeza de la noche hubiérase infiltrado en los espíritus, todos estaban silenciosos: Mr. John, fumando un puro, cuya ceniza dejaba caer

por rodajitas en el platillo del café; las tres mujeres mayores mirando un figurín y María Esther, con el codo sobre la mesa, la cabeza en la mano y los ojos en el techo, pensando... ¿en qué pensaba?

Don Anselmo parecía muy ocupado en hacer una balancita con la cucharilla del te, no sabiendo si retirarse o no, ardua cuestión que se le ofrecía todas las noches a la misma hora, temeroso de desagradar a Tere si se iba, y aburrido de estarse allí sin hacer nada, cuando muy bien podía aguardar el sueño rezando su Oficio. Oyóse de pronto el ruido de unos pasos muy marciales que resonaron en el mosaico del hall.

—Es Víctor—murmuró Mr. John.

El coronel entró frotándose las manos, y como hombre de confianza que era, saludó apenas y se fué a sentar al lado de María Esther, en el extremo de la mesa.

Las relaciones de don Víctor con misia Tere y Javierita estaban un poco frías, por su casamiento de sopetón y también por una ruda explicación que un día tuvo con la solterona en defensa de Angelina.

Pero no era el coronel hombre de resentirse por frialdades de más o menos, y de vuelta de un largo viaje de bodas con Magdalena, que entró con los honores de una reina en su hotelito de la calle Maipú, volvió a visitar a sus parientes. Casi siempre iba solo, porque no quería exponer de cuerpo presente a su mujer a desaires que si a él no le hacían mella, a ella tenían que lastimarla.

Poco a poco la relación se fué caldeando, aunque las mujeres nunca le perdonaron aquel matrimonio morganático, como decía Javierita, que había pescado la frase en la portada de una novela de Max Nordau.

María Esther quería mucho a su tío y al acercársele acogiólo con una linda sonrisa. Pero esa noche el viejo amigo tenía un aire tristón y serio.

—Nena—dijo a la niña besándola en la frente—¿por qué no se va a dormir?

—Es muy temprano todavía; ¿crees que soy tan dormilona?—contestó ella pasando su mejilla sedosa por la ruda barba del coronel, que en ciertas ocasiones le imponía aquella caricia como un castigo.

—¡Bah!—masculló entre dientes don Víctor dejando a la niña.—¡Mejor! Que lo oiga; de todos modos, será la única a quien interese el relato—y añadió en voz alta:—¿No saben la noticia?

—¿Qué noticia?—preguntó misia Tere—¿la del casamiento de...?

—No, nada de casamientos—interrumpió él, con gesto duro;—otra cosa: es de Angelina...

—¡Ay!—exclamó con un alegre suspiro María Esther al oir aquel hombre querido.

Don Víctor la miró con tristeza, los ojos húmedos; después sacó una carta.

—¿Sabían dónde estaba?

—¡Está en París!—contestó María Esther.—De allí me mandó una postal.

—No; en Porth Arthur, en la guerra... ¡estaba...!

Hubo un momento de silencio.

—He recibido una carta; no es de ella; es de la Generala de las Hermanas; me cuenta que le han escrito de Porth Arthur. La habían mandado allí, porque la Cruz Roja necesitaba muchas enfermeras...

Don Víctor hablaba lentamente, como si no quisiera llegar al fin. María Esther se le había acercado, y lo miraba en la cara como para entenderle mejor.

—Es una historia triste—continuó,—pero es una gran historia... Yo siempre había dicho que Angelina era una gran alma, y ya van a ver cómo no me equivocaba: ¡era una gran alma!

—¿Era?...—murmuró cerrando los ojos María Esther sin comprender bien.

—¿No saben? Ha muerto...

La palabra cayó sobre el salón como un inmenso velo negro. Don Víctor desplegó la carta y leyó:

—"Ha sido la víspera de uno de los últimos combates; los japoneses estaban cerca, invisibles en sus trincheras. Al caer la noche, el jefe ruso ordenó el reconocimiento de una posición enemiga y salió un hombre para cumplir la orden. Pero fué sentido, y a corta distancia de los bastiones cayó envuelto por una granizada de balas. No había muerto: desde las posiciones rusas, en el silencio de la noche, se oían los gemidos del desgraciado, y aunque estaba a pocos pasos, era imposible auxi-

liarlo sin correr a una muerte segura. No valía la pena—como contestó un jefe a una de nuestras Hermanas.—Pero Sor Angelina, su compatriota y pariente, según creo, que desde que llegó se había hecho notar de todo el mundo por una valentía singular en medio de tantas valientes, consiguió permiso para ir ella a recoger al herido. Y así lo hizo; pero sentida también por los nipones, que en la obscuridad no pudieron darse cuenta de que era una mujer, una Hermana de Caridad, fué recibida a tiros. Cuando llegó con su carga se asombraron todos de la energía sobrehumana que había tenido que desplegar, porque venía herida, con dos balazos graves. La acostaron en una camilla; era caso perdido, según decían los cirujanos, y debía sufrir atrozmente, aunque ni en su rostro plácido ni en su palabra serena se le conocía. Preguntó por su herido y como le dijeran que lo atendían ya, se quedó tranquila. Al rato habló llamó a una Hermana y le dijo que cuando muriera, porque veía que se estaba muriendo, escribiera a su patria, y dió sus señas, señor coronel. No habló más porque empleó en rezar las pocas fuerzas que le quedaban. Murió al anochecer; no necesito decirle que murió como mueren los santos..."

Don Víctor terminó la lectura de la carta con la voz llena de lágrimas. El silencio en el gran comedor pesaba como una lápida. Mr. John había inclinado la cabeza murmurando: "¡Era una gran alma!"

Don Anselmo rezaba, y en sus ojos claros temblaba el árido llanto del viejo.

Pero ni una lágrima de las tres mujeres silenciosas había caído sobre la dulce memoria de la muerta.

Sólo María Esther, en el extremo más alejado de la mesa, con la cabecita entre los brazos, ahogando sus sollozos con un pañuelo, lloraba en silencio. Don Víctor se acercó a ella y la besó en los cabellos.

—¡Llora, chiquita, llora!—le dijo amargamente. —¡Tú la comprendías!

Santa Fe, enero de 1917.

ÍNDICE

IMPRENTA MERCATALI
CALLE JOSÉ A. TERRY 285 - 95
:: :: BUENOS AIRES :: ::

HUGO WAST

NOVIA
DE
VACACIONES

17° MILLAR

BUENOS AIRES
AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
1571 - Rivadavia - 1573